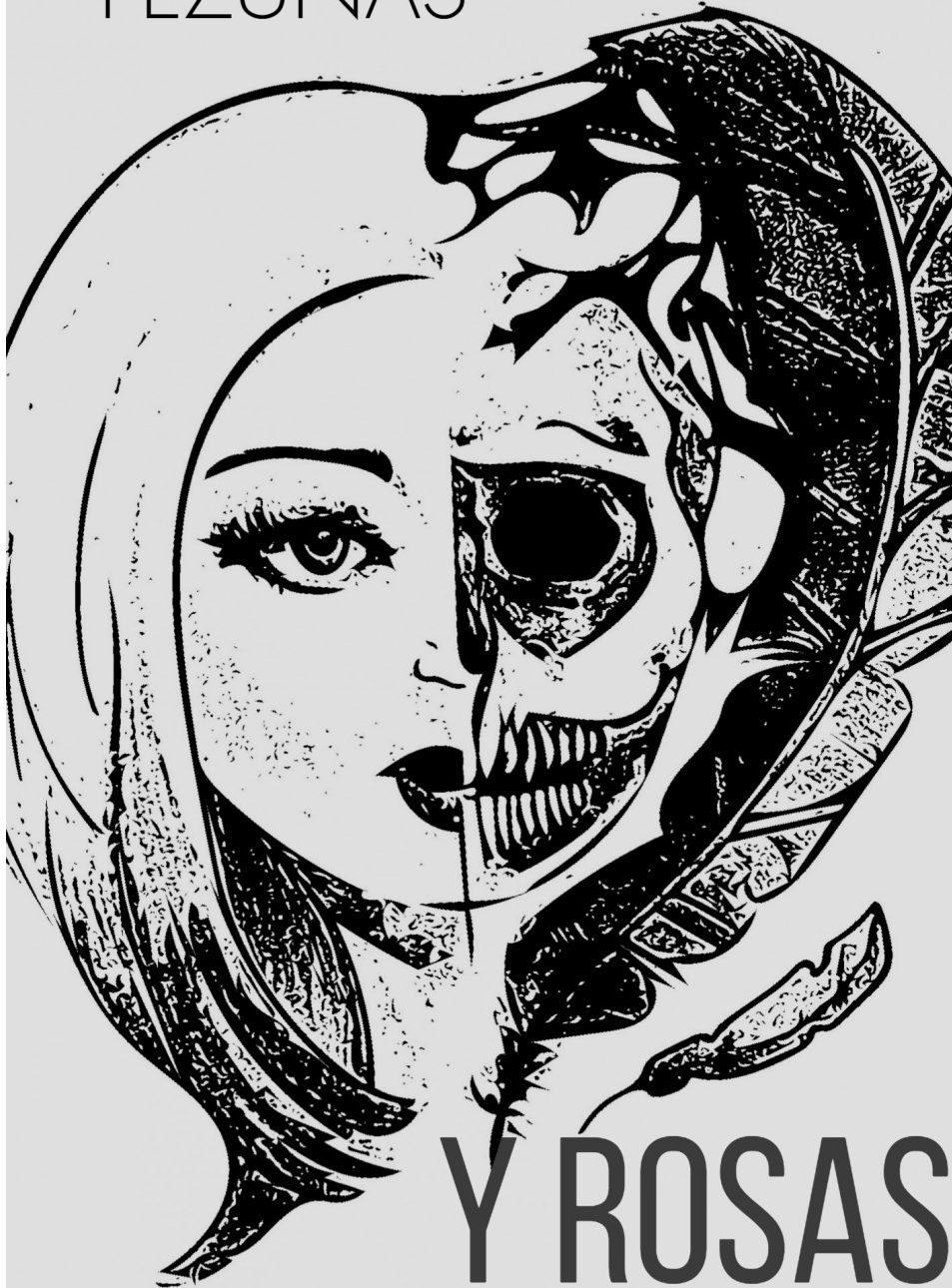


Pezuñas y Rosas

Alicia Lebén

PEZUÑAS



Y ROSAS

Capítulo 1

Capítulo 1

Marionetas Aladas

Le había dicho que si no aparecía en dos horas era porque algo había pasado, de ser así, debía coger el maletín y la llave y esperar a que llegara el contacto.

No sabía lo que le había sucedido, estaría muerto ya o posiblemente estaría buscándoles las notas que les había dicho Estela los llevarían a encontrar el amuleto y a frenar a Carlos. De cualquier forma, Antonio decidió esperar unos minutos.

Ya habían transcurrido dos horas y media y nada, Maximiliano había desaparecido y el forastero estaría a punto de desatar el fin del mundo. La única forma de detenerlo era con lo que había dentro del maletín y que solo podría abrir el propio Maximiliano, de estar vivo.

Nunca pensaron en un plan alternativo en caso de que se dieran cuenta de Max y el lector dentro de la casa, aunque recordó que él había estado desvelado toda la noche y no le había querido mostrar la carta. Ahí estaba la clave de todo. Las instrucciones estaban claras en ese pedazo de papel que quien sabe dónde estaba ahora. Maximiliano solo se había llevado la ropa que tenía puesta y las cuatro botellitas, incluso se rehusó a llevar a "la bonita"; la calibre treinta y ocho que llevaban a todas las negociaciones. Si simplemente le hubiera contado lo que decía ese maldito papel no estaría en esas, ya sabría dónde estaban Carlos y esa maldita vieja y al menos podría intentar detenerlos.

El lector había sido claro con la traducción del manuscrito, pero había estado actuando muy raro durante los últimos días y no podía dejar de pensar que algo tenía que ver con lo que les estaba pasando. ¿Cómo habían dado con ellos tan rápido? Nadie conocía su paradero y las dos

únicas personas que pudieron haber escuchado algo, ya estaban muertas.

Por ahora tenía que intentar salir sin que lo vieran y dejar el mensaje, la figura de las marionetas y las alas sobresaliéndoles del pecho era una imagen demasiado inquietante pero debía dejarse tal cual lo había pedido la señora. No estaba seguro si la mujer vendría por la nota directamente, pero era muy probable, además muy seguramente conocía el contenido de la carta, Max no acostumbraba guardarle ningún secreto. Esperarla era un riesgo demasiado grande, pero no podía continuar con el plan sin la siguiente pista. Tratar de cambiar las cosas por casi cinco años había sido una mierda y estaba cansado. Ya habían sido demasiadas cosas y si no lo conseguían ahora, este sería el final.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 2

Capítulo 2

La hora del té

Antonio sacó la hoja de papel empapada completamente en sudor de su bolsillo trasero, el líquido salado había corrido la tinta y ahora no se alcanzaba a leer el código de siete números que Maximiliano había dejado. – ¡Maldita noche! nada parece salir bien cuando tienes un papel mojado y tres monedas de a veinte en el bolsillo –dice mientras espera en la entrada y se fuma un cigarrillo. Durante horas espero en frente y ya se estaba haciendo sospechosa su presencia.

Dos faros alumbraron la ventana haciendo un continuo parpadeo como en clave morse, Antonio no reconoció en el parpadeo algún mensaje que pudiera darle una mínima idea de cómo entrar sin ser avistado por las bestias que si notaban su presencia le desprenderían el pellejo.

Había dejado en el apartamento a Valentina otra vez sola y estaba seguro que ahora sí lo abandonaría, estaba cansada de sus continuas salidas sin una explicación clara y a las mujeres no les gusta sentirse excluidas, ignoradas. Ella sabía que no la estaba engañando, le había revisado hasta los calzones descocidos en busca de algún olor de hembra diferente que alertara su sexto sentido, "como lo llaman" y que Valentina estaba convencida de tenerlo supra desarrollado. Sin que Antonio lo supiera le había estado dando ese bebedizo que la pitonisa del barrio le había recomendado. Un poco de orina descansada a la luz de la luna llena y mezclada con un polvito amarillento que le decía la vieja era una mezcla de cabello y uñas que Valentina le había llevado y que ella misma había triturado para completar el ritual.

La vieja siempre contaba sus historias mientras entraba y salía de la cocina y se acercaba a las mesas de los comensales, a la gente y a Valentina le encantaba la forma jocosa en que sabía contar todo lo que le había pasado utilizando los menjurjes que le había dado a sus cuatro maridos, todos ya difuntos.

Cuando el té empezaba a hacer su efecto, la vieja a voz completa contaba que no siempre había sido tan feliz por lo que hacía –Al principio tenía problemas de moral y duré mucho tiempo evitando hacer los rituales

porque según yo, violaban el libre albedrío de la gente, finalmente entendí —decía —Que era mi deber hacer que el curso natural de dominante y dominado continuara. —Siendo apenas una niña veía a mi papá humillar a mi mamá y a mis hermanitos sin siquiera poder hacer nada, la gritaría constante y los males tratos de ese... y se tapaba la boca antes de terminar la frase —Como sea se lo merecen, se lo merecen —decía mientras miraba el cuncho de la taza.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 3

Capítulo 3

Una obra de arte

De un sopetón le jalaron el brazo y lo adentraron con fuerza entre los perros que ladraban endemoniados esperando que se les arrojara un pedazo de esa carne humana que olía tan succulento. Estos no eran perros de compañía, habían sido criados para cuidar la casona y destruir a cualquiera que quisiera traspasar la puerta.

Antonio no alcanzó siquiera a reaccionar, una mano suave lo metió con fuerza a empujones y lo lanzó sobre el piso con forma de ajedrez, luego de eso, todo se volvió oscuro. Ya habían pasado varias horas desde que había entrado en la casa, el reloj de la sala principal ya marcaba las 12:30 y Valentina estaría volviéndose loca, ya habría botado toda su ropa por la ventana del segundo piso gritando a alaridos y escuchando una canción del *Chente* o de *Ana Gabriel* a todo volumen. Era bastante extraño que a pesar de las circunstancias, habiendo podido ser secuestrado por algún demente de la ciudad, de esa *maldita* casa a la que Maximiliano lo había obligado a ir, estuviera pensando precisamente en la escena que con mucha gracia estaría montando su mujer y que lo esperaría cuando llegara.

La casa no era como se la había imaginado, era de esas antiguas, grandes y no parecía estar deshabitada, todo se encontraba en su lugar, se podía percibir un cierto olor a frambuesas en el aire y ni una gota de polvo.

Antonio se paró con algo de borrachera, de esas que no tenía desde que Max ya no estaba y que por el solo recuerdo había preferido dejar en el olvido. Le dolía la cabeza y tenía un pequeño chichón en la frente, lo último que recordaba era un olor a frambuesas intenso que en ese momento ya estaba por toda la casa y una voz como de mujer, suave y ligera que le decía entre gritos – ¡Entra hombre, entra ya!

Mientras se incorporaba y se sacudía un poco, metió la mano en el bolsillo del pantalón y encontró una nota que solo contenía dos letras B.W. La casa parecía haber sido decorada con un gusto peculiar por las pinturas grotescas y el Art Brunt. Antonio sabía un poco de eso y los cuadros inmediatamente le remontaron a sus épocas en el Montesano; un hospital

de carácter psiquiátrico, lo que muchos llamarían coloquialmente “un loquero”. Varias imágenes le atravesaron la mente mientras observaba cuidadosamente cada cuadro colgado, una serie de imágenes sostenidas por una pequeña puntilla de acero y puestas de manera magistral a lo largo de un pasadizo que al igual que las pinturas tenía un carácter lóbrego. No había pensado en el Montesano desde hace varios años, precisamente desde que conoció a Max. Él había sido en ese entonces quien sacara aquel sitio de su mente y lo adentrara en otro, claro está que Antonio no sabía que había sido peor.

–Viejo Max, trayéndome recuerdos, ahí estas pintado anciano, ni siquiera en tu ausencia me dejas de recordar el favor que te debo – decía mientras se tocaba la cabeza sobándose suavemente el chichón y guardando con la otra mano la nota que aunque en ese momento no tenía la menor idea que significaba y que había querido decirle ese demente, sabía le serviría en algún momento, como una llave que muy seguramente abriría alguna otra puerta.

Mientras seguía caminando uno de los cuadros se le hizo bastante familiar, la firma con letras grandes A.C en negro chorreado y las imágenes de cierta similitud con el mural de la Guernica de Picasso, ese caos entre cabezas que miran hacia abajo y que desprenden formas corpóreas difíciles de interpretar, imágenes de desolación y muerte. – ¡Mi cuadro! viejo cacreco, tenías que traerlo y ponerlo en mis narices –dijo mientras pegaba un grito que retumbo en un eco largo por toda la antesala. Antonio no sabía cómo había llegado el dichoso cuadro y él a esa casa rodeada de matorrales profundos y perros rabiosos. –Es una pista –musitó mientras sacaba una botellita de ginebra que tenía guardada en la solapa del saco. El Montesano probablemente sería la siguiente parada, el muy *huevon* lo hacía de nuevo, ponía otra vez su vida de cabeza y eso aunque no lo quiso admitir en ese momento a Antonio le pareció interesante.

Mientras continuaba viendo el cuadro, un dibujo de una botellita alargada sobre puesta en uno de las esquinas de la obra llamo rápidamente su atención, la botella era exactamente igual a la que a modo de decoración se ubicaba delicadamente sobre una chimenea gigante que se imponía sobre los otros artefactos. La botella estaba llena hasta la mitad de un líquido color amarillento y un tanto espeso.

Antonio levanto la botella y debajo encontró una nota con la palabra “bebe A.C” escrita con pintura de oleo negra y chorreada levemente. Antonio se tomó la cabeza, olvidándose por un momento del intenso dolor punzante que tenía y el promontorio que le palpitaba entre los pelos, encogió los hombros mientras pensaba si sería una buena idea tomar el dichoso menjurje, el viejo se había caracterizado por la poca delicadeza y la demencia extrema, tomarse esa vaina sería casi aceptar que ahora en vez

de dios, Maximiliano llevaría los hilos de la historia.

–Igual para el caso es lo mismo –dijo, al mismo tiempo que tomaba la botella por el culo y le daba tumbos tratando de unir la mezcla. Antes de tomarse el contenido dejo una nota por el revés que decía –Para mi amada Valentina, lo siento creo que esta vez llegaré tarde.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 4

Capítulo 4

La gorda

No era extraño que Maximiliano le hubiera dejado como preámbulo de su primera búsqueda un líquido raro y nauseabundo, el hombre había pasado los últimos veinticinco años de su vida tomándose todo el líquido que podía encontrar, entre más nauseabundo mejor. El mejor lugar para beber era *la gorda*; un barcito pequeño y de esos que se pueden denominar de "mala muerte". Max decía que su problema con la bebida radicaba en que sufría de una sed que no se calmaba con nada; ni con mujeres, ni con arte, ni con guerras, ni con muerte, con nada que hubiera conocido. Bebía hasta quedarse dormido mientras yo lo miraba y lo levantaba hasta la barra para que Raúl nos ayudara con lo de la cuenta –Tome la tarjeta hombre y páguese –Le decía. Maximiliano me miraba con cierta ternura que se alcanzaba a ver entre los ojos enrojecidos que trataban de abrirse mientras me abrazaba con la fraternidad de los amigos que se vuelven cómplices.

La gorda era de nuestros favoritos, desde afuera parecía una tiendita de barrio como cualquiera. Al entrar encontrabas tres espacios perfectamente separados que para nosotros "los clientes de siempre" eran fácilmente deducibles. El primero era como el enamoramiento, había cierta claridad en el ambiente, podías ver los rostros de los que parecían departir con alegría, se les veía lozanos y felices gastando la plata que se habían ganado durante todo un mes de trabajo, la música se oía suave y te daba una idea de que la noche sería maravillosa. Habían hermosas mujeres sentadas en las mesas, eso sí, todas acompañadas de un macho que las custodiaba de los muchos buitres que entrábamos a revisar si había quedado un poco de carroña. En las mesas trago de la mejor calidad; Brandy, ron blanco y una que otra botella de Old Parr.

El segundo espacio del pequeño *cuchitril*, estaba conformado por algunos pobres diablos que esperaron toda la semana para gastarse hasta el último peso, esos que dejaron con un poco menos de mercado a sus hijos y que a duras penas les alcanza para darle regalitos a la *moza* y a la mujer para mantenerla tranquila. Cada uno sentado con un par de sus amigos exactamente igual a ellos, regodeándose de sus juegos de fútbol

sala y el torneo de banquitas.

–Les ganamos a esos hijueputas, dice uno de los hombres de la primera mesa mientras se pavonea de sus movimientos en la cancha y de cómo dejo al *huevon* del otro equipo comiendo mierda. Claro que también encuentras mujeres de calidad en esta zona, algunas con sus hijos esperándolas en la casa mientras su mamá se los cuida, igual, han trabajado toda la semana y se merecen un descanso.

En esta parte se siente un olor a ansiedad y a labial rojo; ese que se les ve tan putamente sensual. Aquí la mayoría de las féminas están en grupos de amigas, algunas no son tan amigas fuera del *cuchitril*, sin embargo aquí se dan frenéticos abrazos mientras se dan en la boca uno a uno los traguitos de la media de guaro que pidieron hace más de una hora. –Es una perra –dice una de las mujeres a las que no se le ve el rostro porque las piernotas que sobresalen de la minifalda no dejan que la vista se dirija mas arriba. –Se ha acostado con todos los de la oficina se alcanza a oír entre gritos de júbilo de las otras hembras que dan su visto bueno a la falta de pureza de esa compañera que según ellas suponen le ha quitado el marido a más de una.

Aunque es un lugar interesante entre olor a anís, perfume de mujer y hermosas minifaldas, aún no hemos llegado a nuestro lugar favorito, a donde Max y yo decimos pertenecemos. El tercer nivel y que es por entredicho un lugar para locos. La mesera se mueve rápidamente, más rápido que en los otros niveles tratando de esquivar alguno de los toques que los viejos de ojos rojos y mirada esquiva le mandan a las nalgas mientras le piden más cerveza y *guaro* para la mesa. Las sillas aquí son más pequeñas y las mesas están más juntas, casi como si Laura, *la gorda* hubiera adivinado que en esta última parte estaríamos los esperpentos y los olvidados, los que necesitábamos la cercanía de nuestros pares para no sentir tan fría la noche.

En esta parte no hay muchas mujeres, aquí las féminas parecen vomitar con el olor a orina y vomito que proviene del orinal junto a la barra y con los ojos fermentados de los presentes. Cada noche apenas nos visitan dos hermosas mujeres; la belleza de la mesera que pobre debe aguantar todos los piropos desgastados que le decimos al pasar por el lado y que enciende los motores al complementar la tremenda figura con ese olorcito a fresas silvestres que le sale del pecho. Un tremendo escote que sobresale donde muchos le metemos un billetico de a diez o de a cinco, depende el día. La mesera sonrío mientras Maximiliano le deja una notica en la mano y un billete entre el escote. El billete es de alta denominacion. La nota incluye el número de su celular y el precio que pagara por un ratico de compañía. –¡Hombre que la mujerzota debe ser casada! –le grito mientras jaloneo el saco de Maximiliano y le embuto otra cerveza.

Claro que es casada, lleva un anillo en el dedo anular de su mano derecha.

-No se preocupe don Antonio, mi esposo sabe que a veces toca hacer horas extras -dice mientras se levanta y coge a Maximiliano de la mano y se desaparecen entre las cortinas fluorescentes.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 5

Capítulo 5

Perfume de Gardenias

Valentina se había levantado más temprano ese día, como si presintiera que algo estaba por suceder, la cama del cuarto del lado estaba tendida y no se veía ni rastro de Antonio. Le empaco la ropa en dos bolsas de basura de las grandes y tal como Antonio lo estaría pensando, lo esperarían a la entrada del apartamento con una *notica* anexa.

–iUyyy, como te odio! –dice mientras se limpia una lágrima que le asoma por el ojo derecho. La entrevista de trabajo era la última cosa en la que pensaba ese día, sin embargo se bañó el pelo y se embadurnó de cremas y perfumes, se puso esa falda corta que a Antonio le encantaba y se preparó un discurso frente al espejo mientras se pintaba los labios. Tenía que conseguir ese trabajo y así le sería más fácil empezar de nuevo, la vida que había llevado le disgustaba demasiado, ya no era feliz – decía mientras se acomodaba un poco el escote.

La hinchazón de los ojos se la cubrió con un poco de polvo y una crema especial que le había regalado la *pitonisa*, el brillo le volvió al rostro y no se veía ni el rastro de haber llorado durante horas.

iHijo de perra! –decía una y otra vez mientras se ponía los tacones y se arreglaba un poco las medias que se le habían ido hasta donde empieza la nalga. Eran las únicas que le quedaban al igual que un billete de a veinte que Antonio le había dejado sobre la mesita de noche y una nota anexa –Feliz aniversario *señorina*, con letra mayúscula y una rosa pintada.

– *iArtistucho* de mierda!, no sé en qué momento se me ocurrió meterme contigo –decía mientras se limpiaba el rímel ligeramente regado sobre el regazo del ojo.

El hombre que la había llamado para la entrevista tenía una voz bastante sugerente, una voz masculina y muy interesante. Se había comunicado a las dos horas después de que Valentina enviara su HV y le adjuntara la mejor foto que había encontrado. La foto se la había tomado Antonio durante un viaje imaginario que hicieron a Italia; su lugar favorito. Antonio había dedicado toda la mañana a recrear la vieja Italia y su

ambiente *pintoresco*. Le había pintado la torre de pisa y recreado en arcilla un pequeño coliseo romano mientras se contaban mutuamente historias que les sucedían cuando caminaban por sus calles llenas de autos clásicos y bicicletas y mientras Valentina se imaginaba la torre de pisa cayéndoles al lado, el bullicio, el polvo cubriendo la ciudad y el escándalo de las multitudes.

–Esa imaginación tuya mujer, yo tratando de ser romántico y tú te imaginas destruyendo monumentos y una ciudad en llamas –decía Antonio, mientras le acomodaba un poco el pelo.

Ese era realmente el problema pensaba Valentina mientras Antonio le tomaba una foto entre los monumentos y las decoraciones baratas. Él era un soñador, un artista de esos que se la pasan la vida intentando mostrarle al mundo lo que hacen, ella en cambio era una mujer de mundo, nunca había viajado fuera de la ciudad pero se había hecho amiga de muchos extranjeros que le contaban historias y que sin vacilar estaban dispuestos a llevarla a la luna si fuera necesario. Antonio se molestaba cuando ella se sentaba por horas frente al computador y se reía viendo las fotos de lugares lejanos. Valentina lo había convencido de que las largas conversaciones que sostenía todas las noches eran con una de sus amigas del colegio, Sandra Huertas; su única amiga de la infancia.

No había sido siempre una mujer de casa, cuando se juntó con Antonio decidió dejar la discoteca donde trabajo por años como mesera y donde había conocido al hombre que según ella, la sacaría de ese infierno. Antonio llegó por casualidad, una noche que no había vendido ni un solo cuadro en la plazoleta *los recuerdos*, una pequeña plaza del centro que poco se veía entre los mastodontes de edificios corporativos y uno que otro condominio de apartamentos de lujo donde vivían algunos de los ejecutivos de la zona.

Antonio quedó de inmediato flechado por la belleza de la muchacha de carita angelical y hermoso cuerpo, la musa que había estado buscando por años. La mujer parecía indiferente mientras se pavonaba por entre los lugares de los VIP y atendía una que otra mesa del otro lado. –Buenas noches *señorina*, que hermosa luce hoy, claro, eso se lo deben decir todos los días –le decía mientras le sonreía un poco y le mostraba una *sietecueros* purpura. Esta flor es como usted, de colores vistosos y florece en verano, además le cuento que nace de un árbol lleno de escamas que lo hacen más fuerte, así como usted, recia – le decía mientras tarareaba *stair way to heaven* y se tomaba un *guaro*.

A Valentina nunca le habían llamado la atención los *muertos de hambre* de la plaza, como les solía decir cuando ya estaba totalmente borracha, sentada en el suelo del bar y con los tacones en la mano. –¡Póngala otra vez! –repetía mientras se tomaba otro cóctel de *amaretto* y apagaba el cigarrillo, se quedaba con la mirada perdida mirando hacia la barra del bar

y conteniendo las lágrimas. Antonio parecía diferente. Esa noche se dejó invitar unas copas y le dejó el número de teléfono sobre la mesita de noche de uno de los cuartos del bar luego de vestirse y salir corriendo del sitio.

Por algunos momentos esa noche, le fue inevitable pensar en Edgar y en lo que había pasado. El tipo, un gran hombre de mundo, la había conocido durante sus viajes a la ciudad de Bogotá mientras se fumaba uno que otro cigarrillo en la *tiendita* de doña Ana, la tía de Valentina; una señora humilde de pueblo que había enseñado a la muchacha a trabajar en lo que tocara y no sentirse menos que nadie. La había levantado a punta de cigarrillos, galletas, caramelos y alguno que otro trago de licor barato que metía en el bar mientras Valentina estudiaba en las tardes y le ayudaba con la venta.

–Una gran madre es usted mi señora –le decía Edgar mientras pagaba los cigarrillos y unos *clorets* para quitarse el tufo y el mal sabor de boca. Su hija es muy bonita yo podría conseguirle un trabajo como modelo, está en la edad perfecta y con esa carita mi señora, ni le cuento. Antes de salir del bar esa noche le había entregado una tarjeta que decía; *Productor ejecutivo agencia nuevos talentos*.

A Valentina le encantaba la idea de ser modelo de revistas o salir en televisión, irse de ese lugar donde había estado los últimos años y que le parecía un asco.

Una historia nada sorprendente, todas las niñas de su barrio querían ser famosas, operarse las tetas y salir en televisión. ¡Vaya! que novedad –pensaba su tía mientras se guardaba la tarjeta en el bolso y se quitaba el delantal. La señora Ana nunca decía mucho de lo que pensaba, se había acostumbrado como muchas mujeres de su generación a callar mientras la vida se le echaba encima, así era más fácil, su madre y su abuela lo habían hecho sin chistar y se habían criado lo mejor que pudieron, tuvieron hijos, marido y lo suficiente para vivir, una casita humilde trabajada con orgullo por los maridos que les mostraban cariño teniéndoles un lugar confortable y llevándoles el sustento a los hijos.

Le había sonado un poco lo de meter a la muchacha en lo de modelaje, pero no le convencía la idea del todo, eran otros tiempos. Valentina era una niña todavía, parecida a todas las niñas de su generación; consentidas y acostumbradas a que todo les llegara fácil, soñando con ser una de esas *mujerzuelas* de la televisión, llenas de maquillaje y siempre con una sonrisa.

Derechos reservados

Capítulo 6

Capítulo 6

La muñequita

Ese día Maximiliano se despertó lavado en sudor y con una punzada certera que le recorría la parte superior del cráneo. Extrañamente no recordaba ningún evento sucedido durante las últimas 24 horas, no sabía cómo había llegado hasta ahí y que le había pasado a Pamela.

Pamela aun con todo su infierno se había convertido en su pequeño remanso. El último día que la vio estaba toda salpicada de sangre y con los tacones partidos a la mitad. Durante horas había estado escuchando el bullicio desde su apartamento que provenía del bailadero de la esquina, un lugar donde los travestidos disfrutaban de bailes exóticos y una excelente música. Esa noche se quedó mirando por la ventana mientras dos de ellos se quitaban las pelucas a mordiscos y se golpeaban con furia, era casi como ver una pelea en la UFC pero con un poco más de colorido y ciertamente más interesante.

Ella salió como disparada al ver que una de las chicas sacó una navaja de la cartera y no alcanzó a llegar cuando ya le estaba propinando las puñaladas a Camila, una de las bailarinas principales que luego de unos minutos la dejarían muerta. Maximiliano intentó alcanzarla pero en unos minutos había desaparecido entre la muchedumbre.

La policía había estado buscando a Pamela por más de setenta y dos horas sin encontrar ningún rastro. Los tacones que tenía la última vez que la vieron habían quedado expuestos a la mitad de la sala, los dos estaban quebrados por la mitad al lado de un vestido fucsia que él le había regalado en su último cumpleaños.

Antonio llegó a la hora. Maximiliano se veía calmado y le estaba contando con detalles a la policía lo sucedido con la muñequita y no parecía preocupado por el hecho de ser el primer sospechoso de la lista. Lo que pasaba por su cabeza y por la cabeza de esa muñequita era todo un misterio. Esa misma noche Max conversaba tranquilamente con Antonio mientras empujaba la bola naranja número cinco que golpeaba a su vez a la siete verde y a la negra número ocho, haciendo una espectacular

carambola que le quitó a Antonio los últimos cien de la noche.

–¡Maldito vago de mierda Max! me quitaste todo el sueldo del mes, ahora sí que Valentina va a estar contenta cuando le llegue a la casa con una bolsa de leche y dos mil de pan para el desayuno, almuerzo y comida –decía Antonio mientras se escocía a carcajadas y se echaba otro cigarrillo a la boca. –Por eso es que me dice que eres una mala influencia viejo, porque contigo lo que no es diversión es sufrimiento hombre.

Pamela seguía perdida y al pasar de las horas Maximiliano parecía estar dándose cuenta de lo que estaba sucediendo. Llevaban más de tres días metidos en el billar y eludiendo el hecho de que la muñeca de sus sueños estaba quien sabe donde y él no estaba haciendo nada.

Durante varios días posteriores a la desaparición de Pamela empezaron a desaparecer varias personas del barrio, entre ellos doña Claudia; la tendera de la cuadra, Belisario y su hijo Alexander; los "micreros" más feroces del barrio y Valentina, la esposa de Antonio.

Eso sí que se convirtió en un problema, ahora se la pasaban día y noche buscando hasta por debajo de las piedras, pensando que tal vez los habían abandonado por estar tan desorientados y se habían comprado un apartamento en algún lugar de esos de alcurnia que tanto les fascinaban a las muñecas como ellas. No faltaba dinero y la ropa estaba *quieta* en el armario, era imposible que esas muñequitas se hubieran ido sin llevarse absolutamente nada y estuvieran deambulando con la misma ropa hace tres días y sin un peso en el bolsillo.

Maximiliano empezó a revolver todo en el cajón donde Pamela le guardaba las fotografías juntos, ella era una artista de la fotografía, se había hecho cuanta foto se le había ocurrido y el cajón estaba hasta el cuello de papel mate y uno que otro cigarrillo.

Precisamente, tomándose una foto fue cuando se le ocurrió la brillante idea meterse en las Orquideas y conseguir imágenes inéditas de la noche. Estas en tremendo alucine muñequita – le dijo Maximiliano, cuando trato de convencerlo de conseguirle unos equipos del alta seguridad para que no la detectaran en el metedero. Algo extraño había estado pasando hace días y a la muñeca se le metió en la cabeza desenredar esa maraña.

Ya llevaba dos meses metiéndose cada noche al menos una hora al sitio. Nadie la había detectado pero hasta ahora solo había conseguido imágenes de travestis medio desnudos y uno que otro político conocido metiendoles billetes en las nalgas.

Antes de su desaparición Max recordó que Pamela le había estado hablando de un menjurje que se había tomado una de las "chicas" del bailadero, ella había escuchado que uno de los políticos de la zona

comercializaba con el bebedizo y que aunque algunos decían que había matado a tres de ellos días después de tomarse la dosis, el menjurje era lo que más se movía en el sitio después de las doce. Lo único que había alcanzado a ver era el aspecto viscoso y extraño que tenía el líquido y el hedor fuerte que emanaba cuando se abría la botella .

Ella siempre había querido ser actriz e hizo varios talleres en el salón comunal del barrio donde había aprendido a expresarse mejor y a representar personajes con cierta facilidad, además de ese carisma que le brotaba naturalmente y con el muy seguramente se hubiera hecho amiga de todas al instante.

Le había alcanzado a contar una historia que le había contado uno de sus contactos adentro, un día que se hizo pasar como clienta, el bebedizo había puesto a alucinar fuerte a una mujer que según sus compañeras estuvo muerta por algunos minutos y de pronto se levanto como ida y desapareció entre la gente que la rodeaba.

Maximiliano debía empezar por algún lado, tendría que buscar las respuestas incluso en estos cuentos irrisorios de bebedizos y travestis en trance, de fantasmas que desaparecían sin dejar rastro, de las mujeres hermosas y los tacones quebrados de Pamela y los repetidos sueños en los que se le presentaba y le dejaba una pequeña nota sobre la almohada.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 7

Capítulo 7

Estro

Maximiliano y Antonio se levantaron temprano ese domingo, todavía no se alcanzaba a ver el sol y ya se disponían a empezar la búsqueda. Esa madrugada le recordó a Max sus aventuras con una vieja noviecita de cuando tenía como diecisiete. Por alguna extraña razón empezó a tener recuerdos cada vez más vividos de sus caderas bien formadas y unos besos que daba como nadie.

– ¿Qué te pasa viejo? Te quedaste como frío –Antonio mientras cuadraba una maleta con víveres y una botella de whisky

–¿Estas preocupado por las nenas? Relájate hermano que estoy seguro que estarán de farra en algún *cuchitril* de esos que tú y yo conocemos muy bien, llorando a moco tendido por nosotros y despotricando a diestra y siniestra, después de que nos recuerden a nuestra madresita y unos tres o cuatro traguitos dobles de guaro, estarán dormidas en la mesa y abrazadas, esperando que el mesero les coquetee un poco y luego las saque sin ninguna consideración y las deje en un taxi que las lleve a la casa.

Tú sabes que Valentina no es ninguna santa, y eso lo sabía yo cuando me junte con ella, pero, ¿Quién se resistiría a esas hermosas piernas y a esa envergadura cuando está abierta y disponible?, lo demás es solucionable hermano, su maniaca forma de colocar las cosas en el baño, de guardarme las botellas bajo llave y fumarse todos mis putos cigarrillos, esa forma de comer con la boca entreabierta y de ocupar el baño por horas...

– ¡Maldita mujer! Como amo hasta esas noches en que no quiere hacer el amor porque según ella le duele la cabeza y me deja ahí mirándole el trasero tan bien formado debajo de esos pantaloncitos cortos y ese escote. ¡Ay no viejo! estoy seguro que aparecen porque aparecen, no te

preocupes.

Maximiliano no había escuchado ni una sola palabra de lo que estaba regurgitando Antonio mientras alistaba las cosas y se había fumado toda la cajetilla – Tranquilo hermanito, yo sé que Valentina lo ama y que lo extraña y que seguro va a aparecer por esa puerta pronto – dijo esperando que terminara el lloriqueo.

En ese momento olvido a su noviecita de la juventud y volvió a su mente la hermosa figura de Pamela, estaría furiosa con él porque se la paso echándole la sal con lo del acto en las Orquídeas – ¡Que te van a pillar, que algo malo va a pasar si sigues con esa vaina! le dijo antes de que saliera corriendo buscando no se sabe qué para después no dejar ni el polvo.

Estaría diciéndole a Valentina lo que había descubierto durante las dos semanas que estuvo fisgoneando entre las nahuas de los bailarines y las botellas de los clientes. – Se estarían felicitando mutuamente por la suspicacia que las caracterizaba, ella una artista en ascenso y Valentina a punto de firmar un gran contrato de modelaje. El rostro de Ana Sofía se le dibujo en la cabeza mientras pensaba en las dos muñecas conversando de la vida y se entremezclo con el perfume que usaba Pamela en esas noches cuando lo sorprendia desnuda y lo esperaba en la cama con cajas de comida china y un vino tinto barato que le recordaba su época de universidad.

Mientras caminaban por la acera y Antonio hacia alarde de su gran voz de cantante de rancheras y se había tomado ya la mitad de la botella de whisky, Maximiliano empezó a sentir una picadas en el pecho y un dolor en la parte superior del brazo, también unos recuerdos de él y Sofía haciendo el amor le estrangulaban la mente, los recuerdos iban y venían como se les daba la gana y el dolor se pasó a la cabeza y a la parte central del vientre.

– ¿Qué te pasa Maxi? Estas pálido –dice Antonio despabilándose del efecto del licor y pisando el cigarro con fuerza. Nada, estoy bien solo es un poco de cansancio.

Maximiliano continuó caminando así por varias horas mientras con foto en mano y un discurso bastante deprimente las buscaban en todos los metederos, hostales y hospitales de la zona. –Nada hermano, a estas viejas se las trago la tierra –decía Antonio mientras se agarraba la cabeza peinándose la semi calva y entrecerrando los ojos.

Lo de Maximiliano y Ana Sofía era toda una historia; se habían conocido en una fiesta de quince de la prima de ella, la muchacha tenía apenas dieciseis cumplidos y era toda una figurita. Todos los amigos de Maximiliano querían con ella y él por supuesto no era la excepción. El

gordo Vásquez fue el primero en caerle y como era de esperarse recibió un rechazo inminente. Era bastante burdo, se quería comer a cualquier hembra que se le atravesara, le gustaba roer el hueso o saborear la carne, le daba igual. Había cumplido la mayoría de edad y estaba inquieto por tener relaciones, él nos decía que desde los quince que su maestra de la escuela lo había desvirgado un día que se quedaron solos haciendo una recuperación – ¡La vieja estaba buenísima! –decía mientras se relamía el bigote que le estaba creciendo, según él, que más adelante se convertiría en una barba frondosa y masculina.– Como le gusta a las hembras, todo un macho – decía, mientras se limpiaba el mostacho.

Nosotros apenas podíamos ver unos cuatro pelitos que se le asomaban en la quijada y ver su carota tocándose la barbilla y sintiéndose todo un semental. Todos los demás sabíamos que al gordo la única que lo había desvirgado era *magnolia* su mano derecha y que por eso la tenía toda llena de callos.

Sofía estaba demasiado ansiosa por conseguir novio y eso se le notaba, se paseaba con un pantalón ajustadito en la cintura y se le alcanzaban a ver las nalgas no demasiado prominentes pero bien acomodaditas que tenía, ondeaba el pelo de lado a lado mientras hablaba con sus amigas y miraba al grupo de *chinos* tomándose una cerveza.

–Saludos hermosa –dijo Roberto Acosta; el pelado inteligente de la cuadra, mientras le sonreía mostrando sus treinta y un dientes perfectamente alineados, solo le faltaba uno que le había tumbado el papá en una de sus borracheras cuando Acosta intento defender a su madre de la trifulca casera.

Este man sí que era *pinta* y era más que seguro que la niña se fuera con él. El tipo se había graduado a los catorce de la secundaria y ya estaba haciendo una carrera en la universidad, además de ayudarle a su papá en el negocio familiar; venta y distribución de mercancía en el San Andresito de la treinta y ocho. El hombre era todo un duro en las tecnologías, y conocía de “pe a pa” todo el funcionamiento de los motores de un carro y también de las mujeres. Se había relacionado con varias de ellas desde que comenzó a sentir los cambios propios de la pubertad, el berraco tenía una labia poderosa, se les acercaba; una, dos, tres palabras y listo. Todos lo admirábamos por esa facilidad que tenía de llevarse a una mujer a la cama, le teníamos envidia de la buena, como llaman, entre hombres es diferente, le aplaudes a tu amigo el traer hembras a la manada y luego se comparten porque es pecado desperdiciar. Como se podría decir; Acosta las cazaba y nosotros comíamos las sobras.

Exactamente así sucedería con Sofía, el problema era que Maximiliano la quería para novia, la quería bien–eso era lo que les decía a sus amigos siempre que le ganaba la borrachera –Esa niña sí que vale la pena para tenerla un buen rato y porque no hasta para casarse y tener hijos –decía

entre los abucheos de los amigos y mientras le embutían cerveza para que dejara de hablar.

–Hombre por eso es que todavía eres virgen, por estar pensando esas maricadas –gritaba el gordo Vásquez mientras se tomaba la última birra de la mesa y se pegaba un porro. –Simple, como Acosta hermano, las traes con palabreras de esas que les gusta y luego eres claro con ellas –Mira yo no quiero tener novia pero tú eres realmente especial y todas esas huevonadas que ya tú conoces, seguro que la consigues antes que Acosta.

Ese fue el punto de partida para que se transara una apuesta entre los dos muchachos, Maximiliano estaba realmente interesado en ganarse a Sofía y claro ganarle al *gigolo* del grupo y Roberto no se dejaría echar tierra encima, tenía una reputación que cuidar y además estaba buenísima. Apretaron manos y brindaron en lo que sería una larga noche.

Maximiliano no sabía porque estaba recordando estos eventos ahora, cuando su mujer estaba desaparecida y quien sabe que le habría pasado. Entre más tiempo transcurría el desespero en los dos hombres se iba acrecentando y ya no quedaban ni cigarrillos ni trago y la poca comida que había en la maleta había desaparecido.

–Maximiliano tú estás bien raro –decía Antonio mientras se buscaba en los bolsillo algo de plata para comprar más cigarrillos. –Estás como ido hace horas, yo entiendo viejo que estés preocupado y que ya casi es medio día y no damos con ellas, pero si no te tranquilizas y te concentras vas a perder la cordura.

–Mira esta es la casa del Gordo Vásquez, ¿Te acuerdas? El marica está vendiendo mercancía de la buena y yo creo que en este momento la necesitamos. ¿El gordo Vásquez? –pregunto Maximiliano con una voz rasposa, ¿No jodas que estamos en el barrio otra vez? ¿A qué horas? Si habíamos cogido para el otro lado. ¿No se supone que estábamos siguiendo las montañas para llegar al centro que es muy seguramente donde estas viejas estarán caminando tranquilas mientras nosotros aquí como par huevones las buscamos hasta debajo de la tierra?

–Relájate Max, ¿Qué te pasa? No has escuchado una sola palabra de lo que dije, ¡*Brother* que nos fumemos un porro y te calmes! –musitó Antonio mientras golpeaban la puerta de la casa del gordo.

El miedo de Maximiliano empezó a crecer a medida que Antonio daba golpetazos en la puerta, un miedo irracional que se apoderaba de su mente en ese momento. El pasado estaba volviendo por alguna razón que aún desconocía pero eso le helaba la sangre, la historia de Sofía traía consigo muchas cuestiones sin resolver, él, el gordo y Acosta tenían una deuda demasiado grande que no habían querido pagar en su momento y

parecía que el cobro les estaba alcanzando el cuello.

Antes de que la puerta se abriera esa noche pensó—¡Qué va! pura mierda, lo que le estaba pasando no era casualidad y Antonio no tenía la menor idea de donde se estaban metiendo.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 8

Capítulo 8

Bola roja

—Para mi querido Antonio. Espero lo leas antes de que ocurra lo inevitable. Valentina.

“En medio de una oscuridad profunda camino tratando de salir de los infiernos, los engendros que vestidos de pasado vuelven para atormentar mi camino me persiguen sin tregua. Pensé que la bruma se había disipado pero aún flota en el aire, sigo oliendo la podredumbre en los escombros, en la basura que había arrojado debajo de la cama donde duermen los monstruos. El sueño acaba y me despierto sollozando y rogando no volver a cerrar los ojos”.

La carta que Valentina le había dejado apareció tres días después de su desaparición. Se la había dejado sobre la mesa de billar donde Antonio y Maximiliano jugaban todos los jueves.

—¿Quién podría saber que ellos estaban justo ese día, en ese lugar y a esa hora?

—Creo que es obvio — dijo Max leyendo por cuarta vez la carta y tratando de descifrar que podría estar escondiendo ese pedazo de papel. Estas viejas nos están jugando una de las suyas. ¿No te parece extraño que ambas desaparecieron el mismo día, solo con unas horas de diferencia?

— Pero y entonces... ¿Qué explicación le das a la desaparición de la tendera y los futbolistas? No tienen en absoluto ninguna relación con ellas hasta donde lo he pensado —dijo Antonio.

Después de un par de preguntas de ese estilo y unos diez juegos de pool, Antonio le quitó la carta a Maximiliano y se le guardó cuidadosamente en el bolsillo.

—No me digas que te vas a comer ese cuentico de la carta de amor ¡Hombre, ya estás muy viejo pa estar creyendo en esas bobadas! —Creo que es hora de que entiendas que esas mujeres lo único que han querido

siempre es jodernos la vida. — dijo Maximiliano apretando los puños con fuerza y sacando la bola por la tronera izquierda.

Antonio sabía que la carta si la había dejado Valentina y que entre las frases del poema estaría encriptado algún mensaje. Tal vez tendría relación con la información que días antes había obtenido Pamela en las Orquídeas y que según Maximiliano las podría haber puesto en peligro. Llevaban ya días buscándolas y era la primera pista para saber dónde podían estar o que les había pasado. Una clara señal que su mujer le había dejado y que por alguna razón que aún desconocía, había ocultado a través de uno de los poemas de su autora favorita; Lucinda Vallejo alias "la mona" autora caldense de poesía y cuento que hacía una presentación por noche en el club. Valentina había ido algunas noches para acompañar a Pamela, las dos se hacían pasar por clientes del lugar y cada vez que Lucinda salía a declamar "Durante la noche" ; un poema que le escribió a su ex esposa, Valentina brindaba con un poco de agua tónica con gas y limón para parecer que estaba tomando y esperar a que Pamela pudiera hacer lo suyo.

Lucinda había sido cantante de baladas pop en los años noventa después de estar casada durante treinta años con Isabel y tener el valor de parar con la mentira con la que había decidido vivir durante casi toda su vida, luego llegó a la ciudad y específicamente a las Orquídeas igual que ella buscando una nueva vida.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 9

Capítulo 9

Caja de pandora

Lucinda era como todo en el club una cajita de sorpresas. Fue registrada ante el notario Adolfo Santos Pedroza de la notaria ochenta y uno del municipio La Esperanza (un pequeño corregimiento del departamento del Cauca) como Felipe Vargas Nieto alias “panda” y reconocido hasta pasados los treinta y un años, como el mejor abogado del pueblo. Se casó con Isabel cuando apenas tenía veintidos y habían engendrado su único hijo ese mismo año. Felipe estaba urgido por acallar las voces de sus vecinos que habían mencionado en varios de los bazares y reuniones navideñas la extraña situación del joven que no podía disimular sus amaneramientos y su gusto por la ropa extravagante.

A Isabel le gustaba la forma en que “panda” se vestía, fue ella precisamente quien le puso el sobrenombre cuando cada vez que se dejaba abierta la camisa polo, se le salían unos vellos oscuros y crespos por entre las costuras que no le dejaban cerrar ni el primer botón—Mi hombre oso —decía mientras le acercaba los pechos —Pareces todo un panda. Con todo esto lograba que sus amigos y familiares se ahogaran entre risas y se lanzaran en chanzas hacia él, cosa que Felipe le agradecía haciéndole un guiño y besándole los labios.

Isabel supo la verdad desde el primer día, él nunca le ocultó sus continuas salidas a bares gays y encuentros fortuitos con hombres del pueblo. Ella sabía que la única forma en que podía tenerlo a su lado era aceptándolo por completo, sabía que no le gustaban las mujeres y sus formas pero quería creer que de una extraña manera él también la quería.

El día que le engendro al hijo se había tomado una botella y media de vino tinto y estaba particularmente cariñoso, la empezó a besar del cuello para abajo y a evocar sus surcos femeninos, la tocaba sin ningún remordimiento y la penetró con fuerza, más que amor a Isabel le pareció ira, una desmedida y dolorosa y en ese momento era lo único a lo que

podía acceder.

Ella también descargo todo sobre él de una manera que creía no haber hecho antes con ninguno, le arrancó los vellos del pecho con fiereza mientras le pedía que no parara y trataba de disimular los ojos llenos de lágrimas. La sensación de su cuerpo tembloroso y el olor a hombre la mantenían distraída, había olvidado por un corto instante la naturaleza del oso de felpa que la acompañaba en la cama y se abrazó a él con tanta fuerza como si hubiera descubierto en ese momento que esa sería la primera y última vez que lo tendría.

El nacimiento del "pandita" fue todo un acontecimiento, y todas las fiestas que incluían su nombre fueron seguidas de grandes eventos sociales donde nadie volvió a mencionar la posible homosexualidad de Felipe. Isabel por su parte decidió guardar el secreto hasta que Felipe decidiera "salir del closet" y mostrarse al mundo. Ella tenía muy claro que él no iba a aguantar demasiado la presión de un matrimonio como el que ellos aparentaban tener y ella tendría que decidir si continuar o no a su lado a pesar de las circunstancias.

Después de unos años, se hizo un poco más fácil la vida, ya cansada de los deprecios de su marido y albergando un sentimiento diferente hacia él, cada cuanto se veía a escondidas con un hombre que había conocido en una fiesta, el tipo parecía enamorado y ella debía aprovechar el hecho de que no conocía su historia para involucrarse, le contó que su esposo estaba demasiado ocupado como para fijarse en ella y que estaba necesitando cariño. Decidió contarle una verdad que le daba menos vergüenza, le dijo que todas las noches Felipe le restregaba mujeres de la vida alegre por la cara y hacia grandes fiestas en la casa incluso cuando estaba su hijo, sin importarle lo que pudiera pensar el niño.

Más que un simple desahogo empezó a buscar la forma de desquitarse del hombre, y se fue dando cuenta que su amante le sentía cada vez más rabia. Sería más fácil si un día decidía matarlo por su propia mano y de alguna manera resarcir todas las humillaciones a las que Felipe la había estado exponiendo.

Su amante era un periodista de la capital que hacía reportajes de personajes turbios de la política y de la farándula, su fuerte era mostrar escandalosos casos de corrupción y según le decía, hacer justicia. Había decidido tomar unas vacaciones en Cali; donde se conocieron. Isabel le gusto de inmediato, era una mujer hermosa y no fue difícil llamar su atención. Con la ayuda de uno de los contactos del periódico se consiguió su teléfono alegando que tenía mucho interés en hacerle un reportaje a su esposo.

Ella lo premeditó todo, el viaje a Cali, el encuentro de los hombres en el lobbie del hotel y el homicidio. Sabía que Felipe jamás la vería de un

modo diferente, siempre sería una buena amiga y la madre de su hijo y por supuesto no sospecharía de sus intenciones hasta que ya fuera demasiado tarde.

Lo único que le había importado a Felipe a parte de sus extravagantes camisas y su hijo, era su reputación. Se había hecho un abogado respetable y reconocido en toda la región a pulso; era una figura a seguir, tenía una hermosa mujer a su lado, un hijo maravilloso, inteligente y una carrera exitosa decorada con dinero a montones y un gran carisma. Todo lo que un hombre puede desear.

Isabel había sabido desde siempre que todo eso era una gran mentira a la que ya le estaban saliendo pezuñas. El primer arañazo le llegó de pronto y fue el primero de muchos que lo alcanzarían. No lo asesinaría a sangre fría, lo haría despacio hasta que le mermaran las fuerzas y deseara no haber nacido.

En los muchos encuentros sexuales con el periodista, Isabel había hecho ver a Felipe como un abusador de mujeres y un mal padre, además de encimarle la fama de ladrón de los bienes públicos y un pésimo esposo. — ¡No será por marica que te voy a coser las entrañas puto Panda! —decía mientras se bañaba a solas después de haber tenido sexo con el periodista y lo convencía de que estaba enamorada y que debía ser él, quien diera el último golpe.

—Siento que te amo, estos seis meses que hemos estado juntos han sido los mejores de mi vida— le decía, mientras le abría un poco las piernas y le dejaba ver entre el velo semitransparente las bragas y la entrepierna —Necesito que seas prudente con la información que te he dado de mi marido, él es un hombre bastante violento y tengo miedo de que me haga algo.

— No te preocupes mi amor nadie va a saber que fuiste tú la que me dio la información , voy a decirles que fue un informante anónimo, un político de ultra derecha que se ha visto perjudicado por los constantes ataques que tu marido ha perpetuado en su contra en los tribunales defendiendo a maleantes subversivos que lo acogen con sobornos y favores personales. —Le vamos a joder la existencia mamita, se va a arrepentir de haberte tratado como lo ha hecho.

El día había sido escogido, durante semanas había estado planeando como lo mataría y que coartada sería la más adecuada para que no la involucraran con el caso. Debía ser un crimen perfecto.

Felipe salió temprano esa mañana, durante horas estuvo pensando en la forma de terminar la relación con Isabel y dejar de vivir una farsa. Ella era una buena mujer y merecía algo mejor a lo que él le podía dar. Isabel no había llegado a dormir en la noche y posiblemente estaría en la casa de su

madre o de alguna amiga, iría a buscarla y terminaría definitivamente con todo. También le había preparado una compensación económica grande que aunque no resarciría los daños, al menos no la dejaría desamparada.

Mientras Felipe pensaba en la forma de cambiar las cosas, el último golpe de Isabel estaba por darse, estaba a punto de dejarlo sin nada, al casarse había firmado una cláusula que lo dejaba expuesto en caso de que ella pudiera comprobarle infidelidad y/o abuso y que su amigo el periodista había preparado en regla para darlo a conocer en público.

Lo había estado siguiendo por días, le tomó varias fotografías donde aparecía tomado de la mano de uno de los políticos más prestigiosos; el ingeniero Manuel Álvarez, además se evidenciaba como entraban de la mano a uno de los bares gays del pueblo y se besaban suavemente en los labios, un haz bajo la manga que Isabel sin duda usaría para destruirlo.

Con la ayuda del periodista también saco a la luz una serie de robos que se habían estado perpetuando desde el juzgado veintisiete, donde Felipe ejercía como servidor público, las cuentas estaban conectadas con alias "el tío" un narco de Aponte, un pueblo vecino que exportaba yuca y papa a toda la región. La conexión de Felipe y la malversación de fondos no era clara, pero era él, el único que aparecía en las firmas de los contratos.

En varias anotaciones del diario del tío se mencionaba la participación abierta de varios de los políticos y empresarios más respetados de la región, de los cuales solo se habían filtrado los nombres de Felipe y su asistente, la noticia se rego rápidamente y Felipe fue arrestado esa misma semana. Aunque trato de demostrar su inocencia defendiéndose a sí mismo en una serie de juicios que duraron casi un mes y en los cuales lo único que pudo demostrar fue que la plata se había agotado al punto de no poder pagar por una mejor defensa, todo esfuerzo fue inútil, Isabel estaba ganando la partida y él ni siquiera se había dado por enterado.

Al pasar de los meses, las cosas no estaban saliendo exactamente como Isabel quería, de algún modo se filtraron conversaciones de ella con el periodista en uno de los moteles de la ciudad y Felipe empezó a sospechar que su mujer estaba involucrada. Tenía que moverse rápido, él ya se estaba dando cuenta y todo el dinero de los bancos había sido desviado a una de las cuentas que él mismo le había abierto en las Bahamas, sería cuestión de tiempo para que la relacionaran con todo el fraude, además ya se estaba cansando del periodista y su constante presión para que dejara a su marido.

Lo convenció de que la única forma de que ella lo dejaría era muerto, de otra manera, él la buscaría y la mataría si se enteraba que tenía otro hombre y que además de eso, lo había dejado sin un peso.

Uno de los amigos del periodista, había conocido a Felipe en una conferencia y se habían vuelto amigos, habían salido un par de veces y aún guardaba su número. Por una casualidad se había enterado de las jugadas que Isabel estaba haciéndole en complicidad con uno de los contactos del tipo y decidió buscar a Felipe para contarle todo.

A minutos de que Isabel le tendiera la trampa y que su amante lo esperara con un revólver, una soga y una carta de suicidio, Felipe se despidió de su hijo en medio de la noche y salió ocultándose tras la fachada de Lucinda, la mujer que se convertiría de ahora en adelante en su nuevo yo.

Durante horas deambuló buscando la forma de salir del pueblo sin que lo vieran y sin que su hijo pensara que se había volado porque era un corrupto, abusador y malversador de bienes públicos como decían en las noticias. Por ahora le aceptaría a Isabel la jugada, se la daría como válida en favor de todos los años que lo acompañó y se aguantó metida en esa caja de Pandora para vivir una vida de mentiras. Según su fuente su mujer lo quería muerto y no descansaría hasta que pasara.

La caja de Pandora donde se había estado escondiendo toda la vida y donde su mujer había albergado el monstruo que ahora quería asesinarlo, había sido abierta; ahora él era un fugitivo de la justicia buscando escondites seguros en un afán de encontrar la forma para limpiar su nombre y reencontrarse con su hijo, además de intentar no morir a manos de su señora y su amante y recuperar la vida que tantas mentiras le habían quitado.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 10

Capítulo 10

Bruma

Maximiliano y Antonio habían esperado cerca de veinte minutos sin que nadie apareciera, no había señales del gordo o algún movimiento dentro de la casa.

Maximiliano sintió algo de alivio porque en definitiva no quería entrar y le pareció que era el momento propicio para salir de ahí lo más rápido posible. — ¡Vámonos hermano!, ese man ya no vive aquí y tenemos que seguir buscando.

—Esperémonos un momento más que estoy cansado – chilló Antonio, ya se había acomodado en el andén de enfrente y se había prendido un cigarrillo. Llevamos más de setenta y dos horas buscándolas y créame que si algo les hubiera pasado ya nos habríamos enterado. Le dejé el teléfono a toda la comisaria y a la mitad de las Orquídeas, imposible, donde hubieran aparecido ya nos hubieran avisado.

Mientras hablaban y Max se había tenido que resignar a esperar y a encender un cigarrillo, en la casa del gordo la luz se encendió y unos pasos apresurados corrieron hacia la puerta. Sintió nuevamente un escalofrío que le recorrió la espalda y se llevó las manos al estómago para detener el movimiento que le revolvió las tripas.

— ¡Uy hermano esto sí que es un milagro de la virgencita de Fátima! Pero pasen par de locas , no se queden ahí parados que está helando —dijo Vásquez con la boca llena y una botella de alcohol etílico a medio llenar

que sostenía en la mano derecha.

A Vásquez no le habían pasado los años, aun se veía vigoroso y tenía la misma mirada de años atrás, era como si el tiempo se hubiera detenido. Antonio había escuchado rumores de su muerte por allá en el noventa y ocho a manos de una pandilla del barrio Almorada donde el gordo vendía su mercancía y se había ganado el nombre. Como todos los rumores, este había resultado falso y el tipo estaba más vivo que nunca.

Las ganas de probar la mercancía y sentarse en un sillón calientico terminaron por quitarle del todo la idea de la cabeza, llevaban horas caminando y se les estaba helando el culo.

Al que no le gustó para nada la idea de entrar fue a Maximiliano, el gordo parecía un hombre de esos con los que no quieres estar a solas por mucho tiempo.

Entraron a la casa, cientos de colganderos colgaban por todo el techo y las paredes y un baúl pequeño de oro colocado en el centro del salón principal llamaba rápidamente la atención, parecía una urna funeraria. Dentro de la casa se percibía un olor amargoso como el del menjurje que Valentina le mezclaba al perfume y que decía que era para mantener alejado a los espíritus. El gordo no parecía del tipo que usara esas maricadas que le venden los brujos a los incautos.

— ¡Estoy alucinando viejo, esta casa está llena de sorpresas, el olorcito ese me tiene en las nubes! —dijo Antonio abrazando a Vásquez y palmeándole la espalda. ¡Esto es vida hermano! Como cuando éramos “chinos” buscando faldas y tomando bebedizos mágicos.

Maximiliano llevaba más de diez minutos sin decir una sola palabra, se había sentado y con el aliento detenido se empezó a imaginar que en un sitio como ese podría estar Pamela.

—Está en trance viejito, esa vaina tiene en otro mundo al gigolo del barrio, el gran Maximiliano Vera. —dijo Antonio.

El gordo estaba feliz, hace años que no veía a los dos amigos y tenía mucho que contarles. Les acercó unas tazas con un líquido oscuro y olor sumamente dulce. Esta es de la nueva Antonio —dijo mientras sonreía y se le veían los dos dientes de conejo separados que habían dado para infinidad de chistes durante todo el bachillerato.

El gordo les dijo que era un café especial traído del centro de la India y que les serviría para descansar toda la noche, ya era muy tarde y no era bueno que salieran a esa hora a buscar donde quedarse, Antonio le exigió al gordo algo mas fuerte para amenizar el encuentro y se tomo de un solo sorbo el café tibio que le había preparado. El gordo le aclaro que el café

no era un café común y que ya se daría cuenta.

A Max le pareció un sueño, unos minutos después de haberselo tomado, los estaba viendo caminar como en cámara lenta, cada uno llevaba sobre sus hombros una serpiente negra que les enrosacaba delicadamente sobre el cuello, de un momento a otro víctima de un sobre salto, saltó hasta el otro sillón y cayó como desmayado sobre la alfombra. Parecía dormido.

Para Antonio fue más que normal el escenario, llevaban días sin comer algo decente, bebiendo licor barato y fumándose hasta los dedos.

La urna en la mitad del cuarto le seguía quebrando la cabeza a Antonio, no quería incomodar al hombre y decidió esperar a que se hubieran tomado algunos tragos más y probado variedad de mercancía para entrar en confianza.

Mientras departían con la bebida Antonio pesó que al gordo le había ido bien en los negocios y ya que parecía todo un empresario tal vez podía ayudarlos a buscar a las muchachas. Maximiliano no se despertaba y entonces decidió contarle todo lo que les había pasado con la condición de que le contara también que había pasado la noche que conocieron a Ana Sofía y porque Maximiliano evitaba siempre sus preguntas sobre el tema.

La mirada del gordo se dirigió hacia la urna color dorado que había sobre la mesa de centro, se quedó observándola por unos minutos en completo silencio mientras Antonio esperaba atento. De pronto se paró y cogió la caja con ambas manos y la puso con cuidado sobre el piso, la abrió despacio hasta que quedó totalmente abierta y un olor a muerto llenó el salón por completo.

—Aquí esta Sofía, se la presento, lástima que el viejo Max se haya quedado dormido antes de que empezara la fiesta —dijo con una risita burlona y los dientes le volvieron a sobresalir de la boca.

Dentro de la urna, apenas se alcanzaban a ver dos crucifijos y una especie de círculo de color plata con una inscripción tallada. Tres retazos de pelo rubio y lo que parecían dos dientes sobresalían entre lo que parecía una pila de cenizas.

Antonio estaba demasiado llevado para comprender lo que estaba pasando y para calcular cuánto tiempo habían estado ahí metidos pero por la fecha del calendario sobre la pared marcada con una línea de color rojo, habían pasado al menos cinco días y Maximiliano no se levantaba del piso, parecía muerto.

Un susto se le metió en el pecho, cerró la urna y decidió despertar a Maximiliano botándole en la cara un vaso con agua, el tipo no se movió, pero Antonio se dio cuenta de que no estaba muerto porque aún

respiraba, estaba como inconsciente.

Intentó llegar a la ventana para respirar algo de aire, cuando un golpe seco en la cabeza lo dejó tambaleándose y botando sangre por la cara. Trató de mantenerse en pie pero el golpe había sido muy fuerte y poco a poco se fue desplomando cayendo al lado de Maximiliano, antes de que se le cerraran por completo los ojos, alcanzó a ver unos zapatos violeta que se acercaban despacio hasta su rostro y perdió el conocimiento.

.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 11

Capítulo 11

Criaturas

Valentina salió lo más rápido que pudo, no quería encontrarse con Antonio y verle la cara de trasnocho ni sentirle el olorcito a perfume barato. Estaba convencida de que aunque no la engañaba Maximiliano y él se la pasaban metidos en cuanto cuchitril podían y que seguramente estarían durmiendo la perra en alguna banqueta de esas que se desocupan cuando empieza a amanecer.

No quería ni asomarse por la ventana, el señor Guillen la estaba esperando y ya eran más de las ocho. La cita se había programado para las nueve de la mañana y a pesar de que había tratado de concentrarse en la entrevista, el tiempo se le había pasado demasiado rápido. La agencia de modelos le quedaba a unos treinta minutos. Le sería fácil llegar y se habría olvidado entonces de Antonio, las perras y la vida.

Mientras pensaba en el monólogo que había estado preparando durante los últimos días y que estaba segura la lanzaría al estrellato, alguien le cubrió el rostro con una bolsa negra y la jaloneo por todo el apartamento. Trato de defenderse pero no pudo zafarse, la falta de aire la aturdió rápidamente hasta que perdió el sentido.

Antonio llegó a eso de las once, estaba exhausto y se lanzó a la cama a medio tender sin siquiera darse cuenta del par de llaves que estaban encima y el bolso de Valentina tirado en el piso, asumió que ya estaría en la entrevista y con suerte si le daban el trabajo, vendría con una súper sonrisa y hasta de pronto le dejaría tocarle un poco los senos y hacerle el amor por un par de minutos, luego ya hablarían de porque no había llegado en toda la noche y empezaría la trifulca.

Valentina había despertado en una casa como de pueblo, se alcanzaban a ver algunos bichos que caminaban por las paredes y olía como a lluvia con tierra. Le recordó un poco la casa de su abuela y los días de la niñez al lado de su hermano y su primo Alejandro; esos dos hombres y su tía, eran la única familia que había conocido.

Su tía la había criado a ella y a su hermano desde que su padre decidió pegarse un tiro en la boca después de enterarse que su mujer lo había dejado por otro. Valentina no había conocido mucho a su madre, sabía que también lo había abandonado dejándole los hijos porque ya no aguantaba más las tundas que le ponía y la mujer que había dejado preñada y que llevo a vivir a la casa porque no tenía donde más pasar el embarazo. Según la tía de Valentina, la amante le estaba haciendo brujería a ambos, ella se encontraba los tabacos a medio fumar por todo el patio mientras barría y los guardaba en una bolsita para tener la evidencia.

Una noche encontró un sapo muerto con una costura en el vientre, no grito para no despertar al marido que dormía profundo la borrachera. Se lo llevo al comedor y lo examinó con cuidado, el asco casi la hacía vomitar pero se lo aguantó porque tenía que llegar al fondo. Abrió al animal con cuidado y dentro le encontró una foto de un hombre buen mozo y de ya pasados los cincuenta, la foto estaba mojada en los líquidos sanguinolentos del animal pero se alcanzaba a entre ver la figura del hombre.

Al día siguiente en el mercado del pueblo, todos estaban hablando de que el carnicero Ambrosio Estupiñan había amanecido muerto, le había dado un paro cardiaco en plena casa de citas, se le había caído encima a una mujer que lo acompañaba, mientras le desabrochaba la blusa. Todos decían que el tipo era un buen hombre con una debilidad por las mujeres de la vida alegre y las tomatas.

—Murió feliz el desgraciado — decía uno de los comerciantes de la plaza mientras se reía y empacaba una libra de papa y algunas legumbres.

— Mi señora, así es la vida— decía, a pesar de que dicen que la mujer de Ambrosio es de cuidado y ella no lo mató cuando lo encontró más de una vez en las andanzas... algo tenía que alcanzar al viejo, no le alcanzo la suerte ni las fuerzas para seguir con las corridas.

La madre de Valentina no había conocido al viejo, pero inmediatamente un frío le recorrió la espalda y no pudo evitar acordarse del animal muerto con la foto adentro que había encontrado un día antes.

La mujer de Ambrosio, decían, era una mujer de treinta y tantos, bastante bella y con unos veinte años menos, al viejo le gustaban más jóvenes y se la había llevado a vivir como a la semana de conocerla . Le gustaba andar coqueteándole a cualquier señorita, hasta que con la llegada de Mistre se le había acabado la pendejada.

—De una forma casi milagrosa, dejo de asistir a los eventos del pueblo y de un momento a otro le había pedido matrimonio. La china estaba contenta y lo pregono a los cuatro vientos, nadie en este pueblo conoce

tanto la historia como yo —decía una señora de aspecto calmado y la cabecita blanca, yo la conocí en mi pueblo, que queda como a diez kilómetros por la carretera del norte, de allá viene Mildre y en ese lugar dejo más de un corazón roto.

La muchachita enamoró a más de un ganadero y desató más de un historia de desenfreno en las caballerizas, salió huyendo porque decían que la querían matar después de que le quitó como quince millones a uno de los hacendados. La mujer era muy inteligente, siempre dijo que saldría del pueblo y sí que lo hizo. Dice la gente también, que se desapareció con los millones, otros en cambio, dicen que solo fue un rumor para desprestigiarla y que nunca se robó ni un centavo.

Meses después de eso, apareció aquí y Ambrosio la acogió tan rápido como los otros. Se peleaban bastante, casi siempre porque a él le gustaba la bebida y pues, porque era mujeriego, aunque desde que conoció a Mildre ya casi no se le veía con otras.

—El hombre estaba muy flaco últimamente y cuando yo venía a comprarle la carne de la semana, casi ni se le oía la voz y se la pasaba ojeroso, me contó personalmente que su mujer le estaba dando un remedio para la anemia, y que como Mildre había estudiado sobre todo eso, sabía bien como curar con hierbas y hacer curaciones. —El día antes de que el tipo cayera muerto me dijo que había decidido dejar de tomar las hierbas porque le causaban alucinaciones y ya no tenía ganas de nada.

Valentina había escuchado las historias cuando la mamá la llevaba al mercado y ella no pasaba los ocho años, eso era de lo pocos recuerdos que le quedaban de su madre.

La mamá estaba segura de que la mujer de Ambrosio era la misma persona que vivía con ellos y que su marido por tonto había dejado embarazada, además de comentarle varias veces a la niña que ella creía que le estaba haciendo algo para que el papá las dejará.

Unos días antes de que ella decidiera dejarlo porque se había vuelto muy violento y tenía miedo por su vida y la de su hija, le comentó a su hermana que ya no dormían juntos y que él estaba obsesionado con cambiar el testamento y dejarle todo a Lorena y al bebé que venía en camino. Estaba muy raro, ya casi no comía y dejó de darle dinero y de interesarse por sus otros hijos.

Aunque la mujer tenía otro nombre y una descripción física distinta, no se pudo quitar de la cabeza la idea de que era Mildre, la misma mujer que se había casado con el carnicero unos años atrás.

La noche que lo iba a abandonar con sus dos hijos, desapareció sin dejar rastro dejando una carta donde le pedía perdón a Valentina y a Alejandro

y le pedía a Ana; su hermana, que cuidara de los muchachos. Había estado hablando de llevárselos lejos y empezar una nueva vida pero según le dijo Lorena a Ana, la había visto salir a media noche con una maleta pequeña y de la mano de un tipo bien parecido, que según la mujer la había visitado varios meses atrás y que posiblemente sería el amante.

Después de eso, el papá de Valentina no volvió a salir a la calle y solo se le veía del brazo de Lorena, haciendo compras en el mercado pero según decían algunos vecinos parecía un muerto, estaba pálido y casi ni comía, el médico que ella había llevado a la casa le diagnosticó una anemia severa y recetó unas pastillas que ella debía darle durante la cena.

La mujer ya estaba a punto y fue entonces cuando en el pueblo se escuchó la noticia de que el hombre se había pegado un tiro en la boca y que lo había estado planeando desde que su mujer se había ido y que según creían todos lo había dejado por otro.

Lorena finalmente se quedó con todo y Ana tuvo que salir del pueblo con su hijo y los dos sobrinos a su cargo. Esa fue la última vez que Valentina estuvo en esa casa.

El olor a tierra mojada que se sentía en ese cuarto, le recordó de inmediato todo lo que había pasado, le trajo el olor del perfume de Lorena y el sonido de los zapatos de su papá cuando llegaba a la casa y hasta como sonaban los besos que le daba su madre en la frente cuando se despedía de ella antes de que la vida se le volviera una mierda.

No cabía duda, esa era la casa. Unos zapatos púrpuras en la esquina del cuarto y una nota sobre la mesa los únicos elementos que no le cuadraban en la historia. Antes de que pudiera seguir pensando una sensación de sueño la tumbó sobre la cama nuevamente, Tomás; alias el lector paró abruptamente de leer, hasta ahí estaba escrita la historia que Antonio había dejado en lo que parecía su diario, las demás páginas habían sido quemadas casi a totalidad y según la fecha que se alcanzaba a ver aún en las hojas, el documento había sido escrito hace al menos cinco años.

Copyright 2006014216244

Derechos reservados.

Capítulo 12

Capítulo 12

Cuestión de suerte

...Durante días lo vengo pensando, las hierbas me están haciendo ver cosas que cada vez se ven más reales, el niño que se para en la esquina de mi cuarto se queda mirándome por horas y luego revienta en llanto hasta que me duelen los oídos.

Esta mañana el ruido se ha hecho más fuerte, ya casi no puedo escribir y me cuesta concentrarme y coherencia en las palabras, creo que es mejor así y dejar todo ahora fue lo mejor sin duda.

Me despido de Mildre y de sus telarañas en el cuarto, la he visto envuelta en fibras y sus miles de ojos observándonos mientras tratamos de vivir y salir con vida de esto, de mi Valentina no me despido porque después de esta ella me va a encontrar de nuevo, no sé exactamente como, pero Mildre me lo dijo anoche, mientras trataba de introducirme sus huevos en la cabeza. Creo que uno alcanzó a pasarme el pellejo de la frente y ahora unas ideas raras me están rondando como moscas, toda la noche me la he pasado mirando el arma de dotación que el viejo guardaba en la caja fuerte.

No creo que Mildre le deje ver la carta a mi señora, anoche mientras tejía y sus huevos flotaban en la habitación dijo que la mataría ella misma después de que yo me fuera. ¡Maldita Mildre! siempre con sus humos en la alcoba y en la sala y en el cuarto de baño de al frente y en la alacena, ya sabe que conozco su verdadero rostro y el nombre por el que la llaman, por eso me tiene aquí encerrado hace días probando solo esa asquerosa comida que me sirve cada tarde.

Ayer trate de decirle a doña Eugenia pero no me salieron las palabras, entonces ella me cogió del brazo y me metió al carro rápido, luego me

volvió a encerrar con el niño.

(Sonido de disparo)

Copyrighth 2006014216244

Derechos reservados.

Capítulo 13

Capítulo 13

Amor a toda velocidad

La señora Estelita había estado trabajando horas extras para una mujer que le había pedido le trajera de vuelta al marido. La mujer se había llenado de ronchas y se le estaba cayendo el pelo, sufría repetidos ataques de ansiedad y se había intentado ya suicidar varias veces.

—Doña Estela usted me conoce desde siempre y sabe que yo soy una buena mujer, nunca he hecho nada fuera de mi matrimonio y he respetado a ese vagabundo desde que lo conocí en el colegio. Fue mi primer hombre y el único, ni siquiera cuando se fue a trabajar por fuera dos semanas deje que me sedujeran las hermosas carnes de mi vecino. Lo rechacé varias veces, teniendo la oportunidad en las narices y ahora este ingrato se fue, no sé, supongo que por alguna zunga de su trabajo o hasta del mío. Imagínese que me decían mis compañeras que cuando nos reuníamos no perdía oportunidad para echarles miraditas y hasta les pedía el número, más de una vez lo cogí escribiéndole a más de una mujercita —¡Sabe que me decía el infeliz! Que era una cliente a la que le habían quedado dudas sobre el producto. Ese se fue porque ya no me quería y muy seguramente tenía otra, eso sí antes de irse, tuvo el descaro de recordarme que estábamos casados y debíamos hablar de lo que nos correspondía de acuerdo a la ley.

Estelita conocía bien a su clientela, esas mujeres abnegadas que lo habían sacrificado todo por esos hombres malvados y sin conciencia, una historia que se repetía durante la mayoría de sus sesiones. Lo que tenía claro y nunca les decía era que algunas personas necesitan tener una excusa para culpar a otros y accionar en su contra, no importa cuál sea, si no la tienen, van a buscarla de todos modos.

Esas mujeres dependientes y con la autoestima por los suelos eran sus mejores clientas, la habían posicionado como la mejor bruja en la localidad y a veces cuando cerraba los ojos para tratar de conciliar el

sueño, sentía algo de lastima por aprovecharse de sus vidas atribuladas, pero en seguida recordaba debajo del brasier el fajo de billetes y el roce entre sus pechos le causaba una sensación que rompía con todos esos detallitos.

Escuchaba a las clientas como la mejor de las amigas, les decía lo que querían escuchar y aunque sabía bien que las humillaciones de las que según ellas habían sido víctimas, habían sido consensuadas por ellas mismas una y otra vez, también tenía claro que no dejaría de recibir peticiones para que el marido no pudiera estar con otra, arruinarle la vida o incluso llevarlo hasta la muerte.

La excusa estaba servida, cualquiera fuera les serviría para retenerlos al lado a pesar de saber que no las querían y que siempre les habían decorado la frente con tremendos cuernos.

Entonces era ahí cuando ella entraba para hacer su trabajo.

—Mi señora linda, una mujer tan bella como usted, téngalo por seguro que se lo voy a traer rendido y doblegado, no se le va a parar en la vida si usted así lo decide. Y listo, las palabras habían sido servidas en bandeja de plata. La mujer estaría lista para llegar hasta las últimas consecuencias y a pagar lo que fuera necesario.

Luego una serie de preguntas que amenizarán el ambiente;

—Mi señora, ¿Desde hace cuánto que su marido no la toca?

La mujer le explicaría a la bruja que no había pasado sino un par de días, en una borrachera había decidido perdonarlo y se fue entonces fue cuando se pegaron un revolconcito. El sexo habría sido increíble, como nunca.

Entonces ahí es cuando la bruja asiente con la cabeza y le reconfirma a la clienta lo acertado de la decisión.

—El hombre la considera suya y no la soltará tan fácil, por lo cuál será el momento perfecto para recuperarlo. Es muy posible que los encuentros se repitan varias veces y es ahí donde usted mi señora tiene que actuar. Déjelo que se vaya, llore un poco pero no demasiado para que el crea que usted está resignada a su partida. Grítele un rato y dígame después cuanta incoherencia se le ocurra, rompa una que otra taza para que la representación este completa y él no tenga ninguna duda de que la está jodiendo en serio.

Cuando se haya ido llámelo un par de veces al celular y cuelgue, la tercera deje que él hable y usted llore bastante, que se le oiga acongojada, hágalo sentir culpable sin reprocharle su partida y al final de la conversación dígame que esta resignada a que se vaya y que le desea lo

mejor. Un poco de drama para amenizar lo que viene.

Luego le da las pautas del siguiente paso que dará inicio al amarre de la presa;

—Para realizar el conjuro se requiere que él la visite en su casa al menos una semana después de esta conversación. Debe inventarse alguna excusa para que él tenga que ir a la casa y se quede por aproximadamente dos horas. Puede hacer uso de sus rituales amatorios, recuerde que él no la habrá visto por más de una semana y así se esté viendo con otra, es muy probable que si lo hace bien no se aguante las ganas.

Algunas veces será necesario hacer uso de ciertos artilugios que le permitan a la bruja acelerar el proceso y dejar al cliente satisfecho y con ganas de pagar comisiones extras.

—Para esto mi señora y para no ponerla en correrías y claro si usted quiere aunque podría costarle un poco más, yo le consigo el pajarito, es difícil de encontrar y le tocaría matarlo a usted misma.

— ¿Matarlo? No, yo quiero matar a nadie — *dirá la mujer mientras la cara se le pone roja y empieza a sudar profusamente.* — Lo que usted necesita es un amarre poderoso, bien fuerte, sino téngalo por seguro que no vuelve, el hombre ya no la quiere y según lo que me cuenta estoy casi segura que desde hace tiempo tiene otra mujer —*diría la bruja asegurándole que el hechizo le garantizará el éxito.*

Y entonces, el puntillazo que hará que la mujer desesperada decida dejar todo en las manos de su salvadora.

—Como le digo, yo le hago el trabajito completo doña pero eso le costaría otros cien billetes. La mujer no estará dispuesta a dejarle a otra lo que considera le pertenece, lo que ha trabajado por años.

Entonces ahora ella asienta con la cabeza y el trato queda pactado.

— ¿Tiene que ser un colibrí Estela ? ¿No puede ser otro tipo de animal, alguno que no sea tan difícil de conseguir y más barato?

Una excelente pregunta a la cuál Estela contestará sin titubear. "En la magia y en el amor todo se vale, y es aquí donde le hace saber que se debe entregar algo siempre para obtener lo que se desea".

—No querida, tiene que ser ese que es el pájaro del amor y de la fertilidad, en una de esas estamos de suerte y la deja preñada. Ese ritual lo aprendí cuando viaje a México y lo he probado en varias de mis clientas, todas satisfechas al cien por ciento. Debe ser el animalito a

cambio de su tranquilidad y su hombre amansado.

Para no dejar ninguna duda, le suelta una última advertencia que la dejará convencida de sus poderes sobrenaturales.

—Usted verá si consulta a otros de mi clase pero le aseguro que con este amarre ese tipo no se le vuelve a despegar de las nahuas.

Ya dicho todo, se ultiman detalles y ¡Manos a la obra!

—Para su situación, le voy a pedir que lo haga ir a su casa y lo convenza de tener relaciones durante varios días en un lapso de un mes, eso es fácil, le dice que lo ama y que no le importa que este con otra o que ya no la quiera pero que no puede dejar de sentir su piel y bueno todas esas cosas que los ponen de cabeza. La idea es que el acto suceda en el dormitorio y que se recuesten unos quince minutos, mientras él está dormido usted tendrá que darse la maña para meterle el amuleto debajo de la almohada.

Toda buena bruja conoce a la perfección sus elementos de trabajo.

—Yo tengo aquí uno para que usted lo vea, solo necesito que traiga miel de abejas y uno de sus calzones favoritos. Cuando lo tenga listo se lo entrego y lo demás corre por su cuenta. En una semana vuelve y me cuenta los resultados.

Al final todo se ha hecho según solicitud del cliente y esta se despedirá esperando que la buena fe de la bruja y el dinero invertido le alcancen para cambiar sus estrellas.

Cuando eso haya pasado, la bruja se quedará pensando en que este es uno de los amarres que más plata le ha dejado y que le ha resultado increíblemente efectivo, casi todas las veces.

Claro está que lo que más la dejará impresionada es ver que cantidad de mujeres desesperadas quieren retener a buenos para nada que solo las quieren para un rato.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 14

Capítulo 14

Rosas negras

Valentina creía haber estado en ese lugar una eternidad, le dolía mucho el cuerpo y los olores putrefactos que emanaban eran un indicio de que posiblemente hubiera estado defecando y orinando ahí mismo por varios días, quizás semanas. No había rastro de otro ser humano cerca, solo escuchaba el cacareo continuo de las gallinas y algunos cerdos. Le habían amarrado las manos y cubierto los ojos, solo podía fiarse de los sonidos que lograba escuchar y uno que otro olor que trataba de reconocer a la distancia, por momentos le era inevitable pensar que sería mejor así, sí la mataban de una vez con los ojos vendados y amarrada como un animal indefenso, como toda una mártir.

En el pensamiento siempre llevaba a Antonio y a la pelea que habían tenido antes que todo eso pasara. Le gustaba pensar que estaría preocupado y buscándola por cielo y tierra, habría revolcado hasta el nido de la perra y estaría maldiciéndola por haberse ido persiguiendo ese sueño de mierda que les había dañado la vida. Sí, definitivamente así estaría ocurriendo.

Lo que mas le revolcaba la cabeza era pensar en lo que había podido decirle, le habría recriminado por sus constantes llegadas tarde y su necesidad de estar pegado al culo de Maximiliano, él realmente era la causa de todos sus problemas. En medio del encierro empezó a imaginarse que hubiera pasado si en vez de salir corriendo, llena de ira y despotricando de ese zángano que ahora extrañaba como a nadie, se hubiera quedado ahí, quieta, sin dejarse llevar como siempre del maldito impulso, de esa sangre caliente que la había jodido desde que tenía recuerdos.

Las lágrimas se le empezaron a asomar por entre el trapo que le habían amarrado en los ojos, le ardía el alma solo de imaginarse que moriría ahí como una donnadie, entre mierda y bichos. Solo recordaba haber visto cómo en un sueño los bichos subir y bajar de las paredes y pensar que le

olía demasiado a campo y a verde y después de eso nada, solo negro y ese olor nauseabundo.

Mientras divagaba entre sus recuerdos, una voz bajita habló desde el otro lado de la habitación. Le fue bastante familiar en primera instancia, un olor conocido le recorrió la nariz hasta el hipotálamo y una sensación de calidez le golpeó el rostro. Un ruido que provenía del otro lado de la pared, como una especie de golpeteo se repetía, en total cinco veces cada hora, asemejando las manecillas del reloj. Así continuó por casi doce horas corridas y paro súbitamente cuando dio la media noche.

Valentina empezó a tantear por toda la superficie hasta que dio con un pequeño hoyo del que ahora provenía un susurro.

—Valentina ¿Eres tú? La voz de una mujer que la llamaba por su nombre apareció. Unos minutos de silencio acompañaron la pausa y un profundo temor se apoderó de la poca cordura que había logrado mantener.

La mujer se presentó — Soy yo, Pamela, le dijo muy bajito, como si no quisiera ser oída por alguien que estaba cerca.

Dos preguntas le sobresaltaron el corazón y seguido a esto un llanto agudo que más bien parecía una risa.

— ¿Dónde estamos?

— ¿Sabes lo que ellos dijeron ayer a la medianoche? Deletrearon la palabra muerte y luego se llevaron a la chica.

La voz de la mujer que decía ser Pamela y quien se suponía que había desaparecido hace varias semanas sonaba extraña, diferente.

—No te puedo escuchar, si no me hablas más fuerte — Dijo Valentina tratando de entenderle exactamente lo que decía y descartar del todo que se tratara de una impostora.

Al parecer Pamela había sido llevada al cuarto contiguo y de alguna manera alguien estaba permitiendo que se comunicaran. Se escuchaba lenta e incoherente y además parecía estar sufriendo alucinaciones. Le empezó a contar de la chica; una mujer muy joven que según ella habían dejado en el cuarto y le habían sacado un espíritu.

—Sus gritos se habían escuchado toda la noche, desde que el reloj marcaba las doce de la noche hasta las seis de la mañana del día siguiente y en un intento de no escucharla más se había marcado los antebrazos con cinco líneas verticales y tocado la puerta las mismas veces hasta que el reloj volvió a marcar las doce. Luego se quedó dormida un

lapso solamente y fue entonces cuando se la llevaron.

Era imposible que algo así hubiera ocurrido la noche anterior, Valentina había estado ahí toda la noche pero absolutamente nada se escuchó entonces, de haber estado practicando un exorcismo o algo parecido, se habría dado cuenta de inmediato.

La mujer que decía ser Pamela le dijo que sobre una pequeña mesa habían dejado una navaja multiusos y fue entonces cuando nombró a Maximiliano, recordándole que él le había regalado a Antonio una muy parecida en su cumpleaños pasado. Además de esto una lupa pequeña y una llave plateada con un rombo dibujado y unas pequeñas letras en otro idioma habían sido dejadas junto a la puerta que unía las dos habitaciones.

No cabía duda que la mujer era Pamela la esposa de Maximiliano y la mujer con la que había estado hablando apenas unas horas antes de que la raptaran en su apartamento.

Había cogido primero la llave, claro, intentado abrir la puerta de unión y una que parecía dar hacia la calle pero obviamente no pudo. Había pasado al menos un día más, cuando se levantó y tomó la lupa intentando hallarle algún uso aparente y fue cuando se dio cuenta que junto a los tres elementos habían dejado también una pequeña libreta que solo contenía tres páginas y las demás habían sido arrancadas por completo.

El sueño les estaba ganando y Valentina tenía ciertas dudas de la versión que Pamela le había estado contando por horas. Le pidió una prueba para comprobar que realmente se trataba de su amiga y no era una trampa de los secuestradores.

—Necesito que me pases la navaja por debajo de la puerta, colócala en medio de la libreta y la deslizas despacio. Era una clara prueba de confianza a la que Valentina sabía no se rehusaría.

—La puta navaja la dejé quieta Valentina —Le dijo bastante alterada y como si le faltara el aire. Yo tampoco tengo forma de saber que eres tú detrás de esa puerta, necesito que me dejes algo a cambio de los dos objetos.

Lo único que tenía era el vendaje que le habían dejado puesto y que le había lastimado los dos ojos. No podía ver nada y no tenía la menor idea de que había en la habitación.

Era obvio que Pamela estaba demasiado drogada o definitivamente se trataba de una impostora, no había sido capaz de reconocerle la voz y aun cuando Valentina le había estado contando las historias entre Maximiliano, Antonio y ella durante la época universidad, la mujer parecía olvidar

rápidamente la información y volvía a iniciarlo todo de nuevo, además del hecho de que su voz se escuchaba diferente y por momentos unos sonidos raros salían de su voz delicada y pausada que extrañamente le recordaba a su madre.

El hedor seguía sin irse y a pesar de la ansiedad que tenía y de las ganas de salir de ahí era algo que no pasaba inadvertido.

De pronto la mujer volvió a hablar con una voz un poco más vieja, como de una mujer mayor.

— Ese mismo hedor del que hablas estaba por todos lados cuando estaban drenando a la mujer, ya hace horas que no se siente y ahora toda la habitación tiene un olor a rosas rojas.

Necesitaba la navaja para quitarse los vendajes y tratar de salir de ese lugar. El tema del exorcismo le daba escalofríos y el olor nauseabundo le empezó a generar muchas dudas.

Pasaron varias horas y seguía sin escuchar una sola palabra de la mujer que decía ser Pamela, de pronto la navaja se asomó por debajo de la puerta envuelta en una de las hojas de la libreta de cuadros. Ni una sola palabra se escuchó después de eso, Valentina preguntó por varios minutos si seguía ahí o si algo había pasado sin recibir ninguna respuesta.

No podía hacer nada por ahora y solo le quedaba tratar de soltarse la soga de las manos, romper la venda e intentar abrir la puerta que unía las dos habitaciones.

Después de varios intentos finalmente se quitó la venda y con la misma se limpió algunas laceraciones que tenía debajo de los ojos. Los abrió despacio, con cierto temor, le asustaba lo que podía encontrarse en ese lugar y las palabras de Pamela que le habían estado retumbado toda la noche.

Se tropezó contra lo que parecía una bolsa, pensó que sería posiblemente la fuente del olor insoportable que la estaba ahogando, la trato de levantar pero estaba demasiado pesada y una extraña figura se alcanzaba a visualizar por entre el plástico. La soltó de inmediato y recordó que junto a la navaja venía una de las hojas de la libreta que Pamela había encontrado en el cuarto, la hoja estaba doblada por la mitad y una extraña inscripción caía hacia abajo como en una especie de crucigrama o juego de letras.

La especie de clave encriptada entre las cincuenta letras perfectamente alineadas le fue imposible de resolver en casi seis horas. Ya estaba cansada y algunas de las letras estaban bastante borrosas y pequeñas y la

lupa seguía en la otra habitación con las otras dos páginas.

Desafortunadamente la única posibilidad para continuar con los malditos acertijos era abrir la bolsa y mirar si dentro habían dejado alguna otra pista que la ayudara a salir de ese lugar y a entender algo de lo que estaba pasando. Llevaba seis horas tratando de descifrar la clave y evitando llegar al momento en el que tuviera que abrir la bolsa y llevarse la sorpresa de su vida. La sangre le producía náuseas y una sensación de mareo que la llevaba casi al desmayo. En una ocasión se desmayó cuando Antonio tuvo que ser llevado a urgencias porque se rompió el tabique en una pelea y Maximiliano la llamo para que lo acompañara antes de entrar al quirófano. Le habían desviado el hueso y debían operar para evitar una hemorragia. Cuando entró a la habitación, Antonio sangraba profusamente y ella sin dar aviso se desplomo tan rápido como un rayo. Fue completamente penoso pero esta vez no habría nadie alrededor para cuando abriera la sorpresita. Las manos le sudaban demasiado y el corazón pasó de latirle setenta veces por minuto a unas ciento cincuenta, las mejillas se le ruborizaron al tope y sintió que las piernas no le sostendrían el cuerpo.

La bolsa había sido atada con dos sogas rojas de una forma bastante delicada, como se suelen envolver los regalos, además habían dejado dos rosas negras sujetas y una fotografía de Pamela, las tres cosas cerrando el paquete. En ese momento sintió más miedo que nunca, su amiga Pamela podría estar dentro de esa bolsa y entonces la mujer con la que había estado hablando toda la noche definitivamente habría sido una impostora y había servido como distractor mientras cometían el homicidio. Además si eso le había pasado a ella, ¿Qué le harían ahora que la tenían completamente en sus manos?

Tenía que salir de ahí lo más rápido posible, se cubrió la boca y la nariz con el vendaje y abrió la bolsa por la mitad con la ayuda de la navaja. Para su sorpresa no era Pamela la mujer que estaba dentro, una mujer joven y de apariencia inocente yacía con los ojos cerrados, dos rosas negras dibujadas a la perfección en los párpados y mejillas y las manos atadas con una soga delgada de color rojo similar a la que cerraba la bolsa.

No había rastro de Pamela o de algún elemento que la relacionara con la muerta. Valentina contuvo la respiración y se acercó al cuerpo que extrañamente aún conservaba un color normal y una temperatura adecuada, solo un fuerte olor a rosas muertas sobresalía de su vientre y una extraña hendidura hecha con lo que parecía un cuchillo había sido dejada en la mitad de su estómago cruzando el ombligo y llegando hasta la parte superior de la ingle.

La herida se asemejaba a una cesárea, Valentina había asistido a su tía en algunos partos en el pueblo y conocía muy bien esas marcas. Más de una

vez uno de los aprendices del doctor tuvo que ayudar haciéndole cesárea a la madre porque el niño tenía enredado el cordón umbilical en el cuello o porque se había sentado y de terco se había negado a acomodarse y salir, como si supiera lo difícil que iba a ser la cosa.

La marca era bastante parecida pero era demasiado extraña para tratarse de algo como eso.

Lo más extraño de todo era que la mujer no parecía muerta, sus mejillas estaban casi tan coloradas como las de ella y el hedor desapareció de la habitación después de unos minutos de abierta la bolsa.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 15

Capítulo 15

Rosas rojas

Pamela había estado en la habitación durante varias horas, el cuarto de un color rosa pálido se parecía mucho al que tenía cuando era niña. Un pequeño espejo al igual que un neceser y una bailarina que le había regalado su abuela cuando cumplió los doce, estaban colocados estratégicamente por toda la habitación.

Lo primero que pensó era que posiblemente se trataba de un sueño, un efecto producido por alguna sustancia que le habían suministrado durante la pelea en las Orquídeas mientras intentaba averiguar más sobre la serie de irregularidades que habían estado sucediendo hace ya varias noches y de las que nadie parecía querer decir nada. Tenía los pensamientos revueltos, los recuerdos se entremezclaban entre el tumulto de gente en la vía, Maximiliano observándola por la ventana, el olor de las galletas de su abuela y las palabras del informante.

No había tenido contacto con nadie hasta ese momento, incluso parecía que el lugar estaba totalmente deshabitado y que la habían dejado a su suerte. Cuando estaba oscureciendo una mujer con una túnica larga y una cabellera que le tocaba los tobillos abrió la puerta y se quedó parada por varios minutos hasta que dos hombres que la seguían se adelantaron y entraron hasta el centro de la habitación e hicieron lo que parecía un círculo con velas en cinco diferentes puntos. Otra mujer más joven entró con un cáliz de color rojo lleno de un líquido aceitoso pardo y con una fragancia a canela, se ubicó dentro del círculo y colocó el frasco sobre una mesita de hierro que estaba a su derecha.

El sol ya casi no se veía, mientras se hacía de noche la mujer de la túnica ingreso al círculo llevando en las manos unos maderos largos y una daga en forma de cruz, luego en un silencio absoluto las otras personas presentes rodearon el círculo y se sentaron en cada uno de los puntos donde estaban las velas.

La mujer empezó a moverse desde el centro donde estaba ubicada una vela color violeta y que era el único punto donde ninguna de las personas que la acompañaban se había sentado. Le hizo un gesto con la mano a Pamela para que entrara al círculo y se sentara frente a la vela mientras empezaba a moverse siguiendo la dirección de las manecillas del reloj. Tomo el aceite y lo vació en su mano izquierda y empezó a lanzarlo por todo el círculo mientras seguía caminando.

Como si ya conociera el ritual que se estaba llevando a cabo, Pamela ingreso sin titubear al círculo que ahora parecía estar rodeado de llamas inmensas que brotaban de las cinco velas. Se sentó frente a la vela de color violeta y como si lo hubiera hecho por años tomo el frasco y lo vertió sobre su cabeza mientras la mujer decía las palabras; *Fuego protector desciende sobre ella.*

La mujer les pidió que cerraran los ojos por un momento y repitieran la frase cinco veces golpeando el centro del círculo y encendiendo una vela roja que les había sido entregada previamente. Mientras Pamela repetía las palabras abrió los ojos y vio a la mujer joven que llevaba el cáliz acostada dentro del círculo y sosteniendo en la mano cinco rosas rojas, las espinas se habían clavado en sus dedos y la sangre que brotaba de ellos cayó sobre una daga de color oro que sostenía contra su pecho. La mujer de la túnica se le acercó despacio y le entregó cinco rosas rojas y una daga color oro con una inscripción que parecía contener las letras B.W al revés, sin musitar palabra le pidió que se ubicara al lado de la otra chica que parecía estar en trance y que emanaba un brillo que Pamela jamás había visto. Las rosas le cortaron la yema de los dedos y su sangre también se vertió sobre la daga.

La mujer de la túnica tomo la mano de Pamela y llevo la daga hasta su corazón, un sonido de tambores empezó a escucharse dentro de la casa y entonces las personas que rodeaban el círculo se levantaron dejando a las tres mujeres expuestas al fuego. Una llamarada intensa empezó a salir de la vela violeta y la mujer de la túnica dijo las primeras palabras de la noche.

—Estamos aquí para completar el ritual que hace cien años quedo inconcluso después de la muerte de Oshalis, la señora de la muerte roja.

—Una de estas dos mujeres recibirá su espíritu, mientras la otra será condenada a ser huésped de otro cuerpo hasta que la señora de la muerte roja culmine su propósito.

Pamela sintió mucho temor, trato de mover la daga que estaba dirigida a su pecho pero fue imposible, su mano estaba completamente estática, la mujer del cáliz yacía sonriente al otro lado del círculo, se había puesto de pie y sostenía la daga con fuerza como si estuviera dispuesta a clavársela

en el interior del pecho y acabar con su vida.

La mujer de la túnica se dirigió esta vez a Pamela.

—Durante una centena hemos esperado encontrar al huésped perfecto y ahora ha llegado el día en que la madre de la noche oscura renacerá en el cuerpo de esta mujer que empuña la daga sagrada hacia el corazón mortal que la mantiene entre los mundos.

La llama de las velas se apagó y la mujer del cáliz se clavó el artefacto en el pecho hasta caer muerta. La daga dorada se le cayó de la mano extendiéndose sobre las cinco rosas que ahora se habían tornado negras.

Pamela estaba demasiado asustada para salir corriendo y sus piernas al igual que su garganta se habían quedado petrificadas dentro del círculo, era como si alguna fuerza extraordinaria no le permitiera moverse y hubiera tomado el control de su cuerpo.

La mujer de la túnica encendió nuevamente la vela violeta que simbolizaba el espíritu de la gran madre oscura, tomó la daga del suelo y le clavo el puñal a Pamela en el centro del corazón dejándola muerta y rodeada de cinco rosas rojas. Pamela estaba tirada en el suelo pero el color del rostro y de los labios seguía intacto, la temperatura de su cuerpo estaba rodeando los 36, 5 grados y su cabello y uñas estaban creciendo de un modo exorbitante con el pasar de los minutos.

La mujer le levantó la blusa y con la daga le imprimió un símbolo similar a un trébol de tres hojas que labró delicadamente con la filosa hoja y curó posteriormente hasta que la marca fuera poco perceptible. Las heridas se le cerraron del todo aun cuando ni siquiera había pasado una hora.

El ritual había sido completado, la mujer que yacía en el cuerpo ya no era Pamela, este había sido ocupado por su nueva huésped la señora de la muerte roja, la madre de la noche oscura que había sido llamada con un ritual antiguo de fuego. Pasados unos minutos, los dos hombres la levantaron del suelo y le bañaron las heridas de las manos, luego le adornaron el cabello con pétalos y pedazos de mimbre dorado y le ofrecieron sus cuerpos en el anuncio del plenilunio naciente.

Pamela abrió los ojos y trató de ponerse de pie, su cuerpo estaba maltrecho y le dolía mucho el pecho. Después de un par de intentos finalmente logró llegar hasta la puerta, el círculo aún permanecía con las velas agotadas casi a totalidad y varias gotas de sangre que se encaminaban hacia la salida como únicos testigos. Definitivamente no había estado soñando y ahora debía intentar salir del sitio sin que la mujer de la túnica y los dos tipos que la habían acompañado durante el rito la vieran, si la atrapaban tratando de salir por la puerta posiblemente la

matarían.

Lo último que recordaba era la cara de la mujer mirándola mientras un dolor intenso en el pecho; como una punzada no la dejaba respirar, supuso que ellos habían pensado que estaba muerta y la dejaron tirada mientras huían con el cuerpo de la otra muchacha.

Si lograba salir de ahí le daría aviso de inmediato a la policía que muy seguramente la estaría buscando desde su desaparición, que a estas alturas ya completaba casi un mes. En un periódico que encontró en el suelo estaba la fecha del día; veintiocho de Agosto y la noticia estrafalaria de una malversación esta vez trazada por un político que además de corrupto según el periodista había resultado marica y se había volado para la capital bajo otro rostro y un seudónimo, toda una historia para tabloides. Pamela pensó que ella no era la única que había vivido un infierno y que al menos el de ella parecía haber terminado con la desafortunada muerte de una mujer inocente.

Su cuerpo tenía una pequeña herida en el pecho y un manchón de sangre que se le había traspasado al blusón blanco que llevaba puesto. En ese momento ya ni siquiera recordaba haber comprado ese horrible blusón que parecía quedarle grande y era más como la bata que usaban los doctores y algunos cuidadores en el psiquiátrico.

La puerta estaba abierta y después de esperar unos minutos se aventuró a salir de la casa, esperando que nadie la viera y que pudiera al menos llegar a una estación cercana. No reconoció el lugar de inmediato, la calle parecía un suburbio cualquiera de la ciudad y estaba completamente deshabitada. La presencia de un carro la alertó pero no tenía otra opción que acercarse y pedir ayuda, no tenía un peso en el bolsillo y obviamente en las condiciones que estaba, sería muy poco probable que alguna persona la ayudara.

El carro bajo la ventanilla y para su sorpresa una cara conocida se asomó desde el asiento del pasajero del frente de ese hermoso Ford color vino año cuarenta y ocho. Su ropa y su peinado eran distintos y tenía un brillo en el rostro que no había visto desde que había cumplido los quince. Era como verse en el espejo. Uno de los hombres que acompañaba a la mujer de la túnica estaba en el asiento del conductor pero ahora vistiendo un traje muy elegante y un par de gafas oscuras. La puerta trasera también se abrió, y entonces para aumentar su sorpresa, una mujer idéntica a la mujer de la túnica que ahora llevaba el pelo recogido, unos jeans casuales y una blusa plisada de cuadros le extendió el brazo nuevamente para que entrara.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 16

Capítulo 16

Ofrendas

El gordo Vásquez tenía todas las herramientas sobre la mesa, el alcohol estaba casi a punto de ebullición y la televisión a todo volumen. Los colganderos se movían con el viento y el olor del alcohol mezclado se impregno en todo el ambiente. Ninguno de ellos sabía que día era, llevaban días metidos en esa casa pero extrañamente a Maximiliano le habían parecido horas. El gordo escuchaba every breath you take y se preparaba un café negro en una de esas maquinitas.

Se veía diferente, parecía un ejecutivo, un hombre de negocios, el traje costoso al que no se le veía por ningún lado la marquilla y unos mocasines casuales, lo hacían parecer decente.

—No entiendo hermano como consiguió todo esto si usted era un muerto de hambre — dijo Maximiliano quemándose la punta de la lengua con el café negro que hervía en la taza.

— Pues mire, sencillo hermano simplemente ahora estoy del lado correcto.

Maximiliano no entendía el juego de palabras que usaba Vásquez, estaba tratando de descifrarle los mensajes entre tanta mierda y no era fácil concentrarse cuando no sabía que le había pasado a Antonio y para completar se había vuelto el prisionero en la casa de las ofrendas. El gordo no dejaba de hablar de las ofrendas que debes dar para recibir algo a cambio y que él al igual que todos nosotros también sería ofrendado algún día.

Maximiliano intentó razonar con el tipo que succionaba la vida de una planta extraña traída desde el centro del amazonas mientras se servía un poco de café con canela de la máquina de expresos.

—Vásquez, yo sé que no tengo la menor idea de lo que ha pasado durante estos años pero por favor suélteme y hablamos tranquilos como antes, como cuando éramos amigos y aprovechamos para fumarnos un poco de esa hierba tan buena que me dice Antonio que usted vende y me cuenta

que está pasando — musitó tratando de no despertar a la bestia.

—Hace rato que no nos vemos pero tengo que decirle que durante estos años yo también me he vuelto un hombre influyente, tengo un buen dinero invertido en varios negocios dentro y fuera de la ciudad y si nos ponemos de acuerdo le puedo hasta financiar esta vaina.

Maximiliano sabía que la única forma de salir de esa lugar era haciendo que Vásquez confiara en él. Durante su conversación notó que aún no se le había quitado esa rasquiña que le daba en el cuello y en la parte de abajo de las mejillas, cada vez que el gordo estaba estresado o ansioso se empezaba a rascar furiosamente hasta que se levantaba la piel. Cuando estaban en el bachillerato ya se le notaban las cicatrices, Antonio se le burlaba diciéndole que el gato de la casa le estaba haciendo de las suyas y lo tenía lleno de arañazos.

—Sabemos que le gusta gordo, que le metan las uñas —decía mientras todos los del salón le hacían mofa.

Al gordo no parecían molestarle las burlas y siempre que podía se reía, luego le daba un calvazo a Antonio y finalmente le echaba el madrazo acostumbrado para terminar la conversación.

Maximiliano empezó a pensar como disculparse, debía hacer que le acercara lo suficiente como para quitarles las llaves del cuello y luego sería cuestión de tiempo para soltarse las esposas.

—Hermano hace tiempo que quería pedirle disculpas por la forma en como el grupo y yo lo tratamos en el colegio. Sé que no es el momento pero me gustaría darle un abrazo, o al menos que usted me lo diera para saldar deudas.

Al gordo se le hizo bastante sospechosa la intención de Maximiliano y como era de esperarse se rehusó y en vez de eso le mando un trato que dejo a Maximiliano sin palabras.

—He estado haciendo algunas averiguaciones y según me han dicho mis muchachos su hembra tiene información que yo necesito y quisiera tenerla antes de que le llegue a la vieja bruja.

Maximiliano seguía sin entender de qué estaba hablando, pero en esos momentos le pareció que lo mejor era seguirle la cuerda hasta dar con algo que le ayudara a escaparse y a esconder a Pamela.

—Mi mujer ha estado desaparecida hace más de dos semanas y sé que tiene información importante que yo podría sacarle a las buenas sin

necesidad de que llegemos a malos términos.

—Lo único que sé, es que se llegara a donde tenga que llegarse hermanito —dijo el gordo tomando con una de sus manos un puro cubano que le había regalado uno de los socios cuando estuvo en la habana. Maximiliano sintió otra vez un escalofrío que le recorrió parte de la barbilla y hombros.

No habían pasado ni siquiera dos minutos cuando Antonio apareció por una puerta trasera que conectaba con uno de los cuartos. Maximiliano se sintió aliviado, el hombre se veía tranquilo, estaba bañado, cambiado, perfumado y además tenía una sonrisa de oreja a oreja que no le había visto en años.

Se veía diferente, al igual que Vásquez tenía un aire distinto y parecía como si algo hubiera cambiado en él, su mirada estaba fija y lo reparaba a cada paso como si no lo recordara.

—Hombre, se le ve muy bien, lo felicito logro convencer a este tipo de que terminara con la bromita —dijo Maximiliano dirigiéndose a los dos hombres que vestían como los hombres de negro.

Antonio se había acercado lo suficiente como para que Maximiliano notara varias heridas que tenía en las muñecas y en la parte inferior del cuello, además de un cierto almizcle que llevaba impregnado por todo el cuerpo.

Dos hombres muy similares al gordo lo acompañaban de cada lado y no dejaban de moverse al tiempo con él mientras recorría el lugar y buscaba un objeto al que Vásquez le llamo el amuleto.

El gordo parecía algo nervioso, por primera vez se le vio el miedo en la mirada, se retiró del lugar y se llevó consigo a los dos guardaespaldas. En ese momento Maximiliano aprovecho para pedirle a Antonio que acabara con la farsa y le contó que Vásquez tenía cierta información de lo que estaba pasando en las Orquídeas.

—Necesito contactarme con el informante de Pamela, según me alcanzo a decir antes de que desapareciera, el tipo vive en un monasterio cerca a Fusagasugá y tiene mucha información que según veo le puede interesar mucho a esta gente.

—Si logro convencer al tipo de darme esa información muy seguramente el gordo nos ayude a encontrar pronto a las muchachas.

Por primera vez Antonio se dirigió a Maximiliano de una forma bastante peculiar.

—Me alegra mucho volver a verlo don Maximiliano Vera pero me temo que su amigo Antonio o al menos lo que usted conocía de él no lograron sobrevivir.

Maximiliano manoteo varias veces intentando zafarse de las esposas y exigiendo a Antonio que terminara con la mofa.

—Deje de burlarse Antonio y sáqueme rápido de aquí, no ve que de algún modo la desaparición de su mujer y la mía están relacionadas con estos psicópatas y si no actuamos rápido la única manera en la que saldremos de esta mierda será muertos.

—Antonio lo miro, de golpe volteo el cuerpo y antes de que Maximiliano terminara la última palabra dejo en el suelo la corbata azul con líneas blancas que más le gustaba a Valentina, dos peniques de colección que había estado guardando desde que eran niños y un contrato de amistad que habían hecho cuando cumplieron catorce, luego salió y cerró la puerta con llave.

Para Maximiliano las cosas no podían estar peor, su mujer y Valentina continuaban desaparecidas, seguía estando prisionero y ahora su mejor amigo y aliado lo había traicionado y le había dejado una especie de ofrenda de las mejores cosas de sus vidas juntos, ¿Que significaba todo eso?

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 17

Capítulo 17

El comandante

Yo nunca me había sentido tan bien como ese día, el olor a sales de baño y a metanfetaminas inundaba desde la sala hasta esa horrenda habitación donde llevaba metido horas. Ahí estaba yo, sentado, cagando y esperando a que salieran las pepas, me las había tragado a las ocho y ya eran las dos y nada. El gordo empezó a golpearme la puerta, me la quería tumbar en la cara, yo le gritaba que no había acabado y que me diera más laxante. El maldito me tiro por debajo un trozo de mierda de perro y me dijo; ese es de lo mejor que tengo.

Bueno, ahora era cuestión de esperar. A este tipo nunca le había gustado demasiado pero aquí le tocaba, yo tenía la mercancía que había estado esperando por varias semanas y si me mataba corría el riesgo de que se explotaran dentro y perdiera al menos la mitad. Le había dicho que si se atrevía a tocarme, me iba de este mundo con todo y pepas.

El hombre era listo y no iba a permitir que yo le cagara el plan y que vinieran por él los Villegas para arreglar cuentas. Esos dos niños de papi y mami se le podían tirar la vida. Ellos allá en su mundo de gente pudiente viéndolo caer por las escaleras desde un televisor plasma de cincuenta y un pulgadas, mientras sus matones le pateaban el culo. Esas historias que saldrían al otro día en el periódico: "Vándalo, traficante y además obeso es aprehendido por los Villegas y su equipo de investigación" ni para imaginárselo.

Vásquez me estaba escuchando detrás de la puerta, el olor a mierda mezclado con el almizcle barato que tenía en el tocador llegaba hasta afuera y el muy terco ni siquiera así se me quitaba del lado. Pasaron como cinco horas, el primer partido de la liga inglesa había empezado como a las once, yo ya había entrado a esa hora y alcanzaba a escuchar los gritos de los muchachos del gordo cada vez que uno de los colombianos hacía una jugada y de eso ya habían pasado como tres; Liverpool vs Crystal palace, Everton contra el Manchester y creo que el último el Chelsea contra el Newcastle. Tres partidazos y yo cagando.

Finalmente salieron las treinta pepas, todas perfectamente envueltas y el gordo estaría feliz y yo rumbo a mi casa con treinta de los grandes. Eso sí era vida, botaría la casa por la ventana y mi Pamelita estaría feliz de verme, ahora si no podía decirme que no se casaba o salirme con excusas cuando viera el tamaño de la piedra que le pensaba comprar. Las limpié con ese líquido que me había dado Joaquín antes de salir de Buga, quedaron brillantes y listas para la entrega. El gordo se había cansado de esperar y finalmente se sentó para ver el último partido y tomarse unas *polas*.

Las entregué como me lo habían pedido, directamente al comprador, un tipo pequeñito y flaco con la mano llena de anillos, parecía un duende. Tenía los ojos verdes brillantes que me recordaron la esmeralda que le conseguiría a mi mujer para que ahora si lo hiciéramos oficial. El tipo se me quedó viendo un rato y miró una por una cada una de las cápsulas, están completas le dije para que me entregaran la plata y coger el primer avión para la ciudad señora. Llevaba como tres meses sin verla y ya no me aguantaba las ganas. Había estado muy juicioso como se lo prometí cuando salí a trabajar porque estábamos jodidos y había pensando dejarme por otro. Nunca me lo dijo pero se lo confeso a una de sus amigas en una conversación que yo le vi en el teléfono por casualidad cuando se estaba bañando.

El tipo era un tal Maximiliano, un man con plata que había estado viajando por todo el Valle haciendo negocios con sus boutiques de joyas, se había hecho conocido en el negocio de las esmeraldas y ahora era uno de los más reconocidos en el ámbito. Yo no pensaba quedarme atrás. Ese día en vez de hacerle algún reclamo me puse a investigar al tipo, viendo las conversaciones me di cuenta que mencionaba el nombre completo, su dirección y hasta el nombre de un perro caro que le había regalado un cliente, además del hecho de que el tipejo le había pedido matrimonio. ¿Cómo le estaba pidiendo matrimonio si apenas se conocían? Pues resulta que llevaban más de seis meses conversando.

El primer contacto fue el día que le había pedido que lo ayudara con una publicidad que quería montar en unas vallas de la ciudad de Cali y ella me había dicho que se vería con una de sus amigas. Según los *e-mails* y algunas conversaciones por un chat privado, el tipo le empezó a escribir desde que había visto sus fotos modelando ropa de una tienda en línea en una de las boutiques de una amiga suya y entonces quedó prendado, una absurda forma de llamar a las ganas que se le despiertan a uno cuando ella está cerca. Le hablaba con palabras que yo nunca usaba, era esmeraldero y para completar tenía dinero para pagarla diez veces las pepas a Vásquez si quisiera y contratarme a mí de por vida.

Yo también tenía lo mío, la conocía desde siempre y había sido su primer

hombre y hasta donde sabía el único.

Pamela y yo nos conocimos desde muy chiquitos, en el pueblo. Se la pasaba contándome sobre las ganas que tenía de ver a su papá, para decirle lo mucho que le había jodido la vida. Yo era el mejor amigo de Cristian; su hermano, ese sabía que yo escurría la baba por ella y solo me decía que hasta que cumpliera los dieciocho.

Y así se hizo, esperé hasta que cumplió la mayoría de edad y esa misma noche me le declaré, así como lo harían los hombres de verdad pidiéndole autorización al hermano y llevándole serenata. Ahorre como por tres meses del sueldo que me pagaba mi tío por ayudarlo en la panadería. Me quedaba hasta tarde ayudándole a limpiar las vitrinas y a matar los ratones, le entregaba volantes en el centro y hasta le hacía el cuarto cuando metía alguna de sus amigas en el almacenaje. En pocas palabras, ese hombre me adoraba.

Ese último mes me pago a tiempo y me regaló una caja de condones. Yo le había contado que mi propósito era pedirle matrimonio y llevarlo todo por lo legal, sin embargo el viejo me repetía que era por si acaso se me olvidaba antes del casorio. Tiene que cuidarse, no la vaya a embarrar y ahí si se le acaba... decía mientras me enseñaba a preparar los hojaldres y a rellenar los panes de avena. Vivía tranquilo con lo que la panadería le dejaba, los hijos ya estaban grandes y la mujer se lo había aguantado con todo y lo *mamón* que era. Claro que no sabía lo de las amiguitas del cuarto oscuro.

Ella y yo nos cuadramos esa misma noche, *eclipse total del amor* sonaba a todo volumen en la tienda y una de sus amigas la cantaba con la garganta ya desgarrada por el esfuerzo, yo la abracé y como el viejo había predicho, inmediatamente se me notaron las ganas. Ella estaba bastante querendona, se había tomado unos aguardientes y empezó a decirme que nos fuéramos para el cuarto. La fiesta era en su casa pero su mamá no estaba y la había dejado a cargo de Cristian. El hombre estaba demasiado ocupado metiéndole la lengua a la sobrina del alcalde como para fijarse en lo que estábamos tratando de hacer.

Subimos y fue como si nos conociéramos desde siempre. Ella estaba virgencita y dispuesta y yo trate de no ser brusco y llevarle el ritmo, parecía que no se cansaba nunca y fui yo el que no aguanto el voltaje. Como el viejo solía decirme cuando se emborrachaba y empezaba a contarme las historias con las muchachas del barrio; "se me quedó a media máquina el aparato, pero después le fui cogiendo el tiro".

Estaba completamente seguro que el tipo no le iba a dar la talla. Pamela era insaciable. Un día en el cumpleaños de mi papá mientras le estaban cantando el *happy birthday to you...* un total desastre, no bastaron varios años de burlas entre mis primos y mi mamá que creo yo, todavía no me

perdona no haber estado presente *disque* porque estaba enfermo y en vez de estar con ellos, me quedé como una hora en el baño. Ese mismo mes se murió el viejo. Por eso y por otras razones que no entendía mucho mi vieja nunca la quiso y creo que eso era lo que me daba más ganas de estar con ella donde fuera posible ; en fin todo lo que no había hecho nunca con nadie. Esas son cosas que no se olvidan, por más verde esmeralda que sea el sueño.

Ya estoy a punto de cumplir los cinco años que me dieron, me dictaron sentencia por cogerle el carro a patadas e incendiarle la casa al tipejo, me imputaron supuestos cargos de lesiones personales y daño en la propiedad, el huevón era amigo de uno de los jueces más reconocidos de la zona y claro le hizo meterme todo el peso de la ley.

Apelé como tres veces pero al final ya no me quedaba plata para pagarle al abogado que me contrato mi papá y preferí despedirlo y declararme culpable por una considerable rebaja de pena, con esto y un buen comportamiento reduje a tres años mi estadía en la bonita; una cárcel de minima seguridad en las afueras de Buga.

Cuando sali, no le dije nada a nadie, mi abogado de oficio fue el único en enterarse y así fue mejor, quería que siguieran pensando que iba a estar metido al menos los cinco años de la sentencia, aunque por Pamela, y me lo dijo el día del juicio, hubieran sidos muchos más. Estaba furiosa por la forma en que les había dañado el momento, seguro si llego unos minutos más tarde los encuentro en pleno ajetreo. Todavía se molestó porque lo cogí a puñetazos y casi lo mato, le prendí fuego a las cortinas y entonces se prendió toda esa mierda, luego para rematar el acto, salí con la cabeza hecha polvo a cogerle a golpes la carcacha que había acabado de comprar. Supongo que hubiera sido mejor haberlos felicitado y quedarme a ver si me tocaban las sobras.

Igual, ya pasaron tres años y durante estos no he dejado de pensar en el reencuentro, sé que ella se estará muriendo por verme aunque no me haya contestado ninguna de las cartas que le envié cada mes desde la cárcel, ya van como treinta seis. Sé que me extraña, al menos un poco, aunque no las haya ni abierto, de eso no estoy totalmente seguro pero lo supongo. Una amiga nuestra del colegio que vive también en la ciudad me dijo que no la había visto muy contenta últimamente y que el tipo como que le estaba dando mala vida.

En un momento así, lo único que sabía a ciencia cierta, es que después de estar en la cárcel lo único que podía hacer para ganarme la vida era algo fuera de la legalidad. Eso si quería ganarme el corazón de Pamela y que me viera como todo un capo. No tenía papeles actualizados y ni un peso en el bolsillo, estaba en la quiebra. Todo el dinero lo había gastado en abogados y trámites y en treinta seis cartas al portador. Ahí fue donde

apareció el gordo y me salvo la vida.

El man necesitaba que le llevara una mercancía hasta Bogotá, pero no podía pasarla por tierra o aire de la forma tradicional porque la policía le había estado siguiendo la pista muy de cerca. No quería dar el *papayazo*. Le parecía buena idea hacerlo como lo hacían los grandes narcos cuando necesitaban salir de las fronteras y mandarla para Estados Unidos o Europa. Aquí nadie se imaginaria que un micro traficante se iba a tomar tantas molestias.

El hombre sabía trabajar y no le importaba gastarse un par de pesos más de ser necesario. Se había ganado la reputación y el respeto a pulso, traía siempre la mejor *merca* y nunca se metía en líos por territorios o malos negocios y además parecía tener la suerte del diablo.

Por ahí decían que el man visitaba a una bruja y que la vieja lo había puesto a poner plata como las gallinas, además de protegerlo con rituales y unos talismanes que le habían ofrecido a la muerte. Lo hacía invisible contra sus enemigos. Según decían, el gordo le tenía todo un grupo a disposición para conseguirle todo lo que necesitaba, parecía que se habían hecho socios y ella lo protegía contra todo, además de llenarlo de plata y cada cuanto enviarle algunos mujerones.

Todas las mujeres que iban por temas de infidelidad al negocio terminaban en su cama, la vieja se las enviaba como embrujadas, la gente decía que salían como desesperadas del consultorio y terminaban allá. De ahí salían al menos tres cada noche. Algunas decían que lo habían hecho porque la bruja les había dicho que él traía la suerte encima y que cuando les dejara la semilla adentro, las iba a llenar de fortuna. Todas habían probado los menjurjes y los maleficios de la vieja y sin excepción alguna les habían funcionado. Los maridos terminaban arrastrándoseles y a muchos ya ni ganas les daba de estar con otras, los menos afortunados decían que ya no se les paraba con ninguna mujer y que la única persona que les aceptaba el defecto era la esposa.

El gordo me estaba sacando de una mala y mucho y tenía que agradecerse. Cuando el tipo cogió las cápsulas, no dude en abrir la boca para elogiar el negocio que sin duda había salido bien gracias a la gestión del comandante, como le decían al hombre. El comprador puso cara de contento y yo estaba dispuesto a todo. Después de eso, el comandante se mostró bastante dadivoso y me dio un anillo de esmeraldas que le había cambiado a uno de sus socios para no quitarle la vida. En ese momento supe que era la señal que me faltaba.

Joaquín me había dado un arma en el aeropuerto por si la llegaba a necesitar y solo en un caso de extrema urgencia. El arma también me la quede, y aunque aún no sabía si iba a ser necesario usarla, la hice bendecir por la bruja. El gordo no me quiso confesar que todo lo que la

gente decía era cierto pero me dijo que la bendeciría la propia muerte y luego de eso se la llevo unos días, volvió con ella y me la entregó en una fundita marcada con una frase extraña y unos dibujos bastante extravagantes.

Cuando iba a volver a Buga, me dijo que había averiguado que Pamela y el tipo ya no estaban allá, se habían venido a vivir a la capital y estaban viviendo por los lados de Teusaquillo. El tipo me averiguó la dirección donde habían estado viviendo los últimos tres meses.

Pamela odiaba que su mamá la hubiera vinculado al modelaje, estar posando trapos y llenándose la cara de menjurjes y pestañas postizas no era lo que realmente le movía el alma. Siempre decía que aprovechar todas las oportunidades, incluso aquellas que diferían ampliamente del exquisito moralismo con los que algunos nacen, no la hacía una mala mujer sino una mujer en búsqueda de respuestas que era diferente, viajando en su propia montaña rusa. Su consejo lo seguía a cabalidad, mientras estudiaba teatro en la escuela y actuaba en pequeños eventos en las verbenas navideñas, modelaba trajes de baño en una tienda en línea y se convirtió en lo que en el círculo llaman acompañante V.I.P, la mujerzuela de algunos de los hombres más ricos del país, cosa que según nos decía a mí y a su mamá era lo que estaba de moda.

Esa era la razón por la que se había decidido por él, un hombre viejo y con plata. Era claro que veía con él un futuro en el modelaje y su pase directo a la actuación profesional. No era amor, definitivamente no lo era. Pamela ya estaba por cumplir veinticinco en ese entonces y si no aprovechaba la oportunidad que se le presentaba en bandeja, sería demasiado vieja en unos años para la industria. Después de recordarla un rato y ennumerar las cientos de razones que me llevaron a tomar una decisión que seguramente nos cambiaría la vida, estaba más seguro que nunca que nuestro reencuentro sería de proporciones épicas, nunca antes visto.

Yo ya estaba listo para iniciar con mi viaje, en mi pequeña maleta, el retrato perfecto de la mujer de mis sueños, dos pequeñas estatuas de arcilla, elaboradas completamente de C-4 ; un nuevo explosivo plástico que había conseguido en un trueque con unos tipos extranjeros que conocí en la bonita y la hermosa piedra esmeralda a la que le había adaptado un pequeño detonador que al tener contacto directo con el calor del cuerpo, haría explotar todo lo que se le pusiera en un radio de dos kilómetros a la redonda.

Derechos reservados

Capítulo 18

Capítulo 18

Las nupcias del diablo

Pamela estaba impaciente, Maximiliano no le había formalizado el matrimonio y ya llevaban varios meses en la capital, parecía que se le había olvidado la promesa que le hizo cuando salieron de Buga. Aunque no era muy notorio, Pamela era una mujer bastante romántica y había soñado con casarse y con una boda con todas las de la ley desde que era una niña, cosa que no comentaba mucho para no sentirse cursi y evitar las continuas mofas de sus amigos. Era una mujer de detalles, para ella eran la clave de todo. La fiesta estaría ambientada con figuras de caballos en hielo y un color rosa oscuro en los diferentes tocados de los invitados, los vestidos de las damas de honor y un elemento secreto que tendría oculto antes de la noche de bodas debajo del vestido.

Muy a su pesar, Maximiliano había estado toda la noche pensando en algo muy diferente, un muy importante negocio estaba a punto de sucederse y si no se hacía presente se podría joder todo. No sabía cómo zafarse y le había prometido a Pamela que la acompañaría con todos los trámites y cursilerías que tanto le gustaban y ahora el negocio de su vida estaba por volverse mierda.

Poco le costó decidirse, una llamada de Antonio y estaba listo para salir volando de ahí diciéndole a su mujer que su madre estaba enferma y que le exigía que viajara de inmediato. La fama de la señora de Valencia había traspasado incluso la distancia, aunque Pamela no la conocía las constantes historias familiares que la involucraban la hacían ver como una mujer de cuidado.

Los tipos con los que se iba a ver Maximiliano también tenían fama de peligrosos, Antonio lo acompañaría durante todo el trayecto y estaría cuidándole la espalda aunque en el transcurso tendría primero que librarse de su mujer que no le hablaba hace tres días desde que decidió entrar al negocio. Maximiliano se había convertido en una piedra en el zapato en el matrimonio que apenas llevaba dos años y a veces parecía pender de un hilo. Valentina no lo quería ni un poquito, habían sido amigos en la

universidad, pero las cosas cambian y ahora parecían estar en bandos diferentes.

Los negocios de ese tipo siempre eran peligrosos, Antonio y Maximiliano sabían que era cuestión de tiempo para que algo grave sucediera, pero que se le iba a ser, le decía a Valentina, sí como dicen, esos son gajes del oficio. Habían pasado años sin novedad alguna, los días parecían tranquilos y el aire tibio todavía se les sentía en los zapatos. El negocio iba viento en popa y cada día recibían más de cien solicitudes de las damas y caballeros de media y alta sociedad dispuestos a pagar lo que fuera por una hermosa joya verde esmeralda.

Maximiliano necesitaba agrandar su negocio, había estado abarcando los departamentos del Valle y Cundinamarca en los últimos meses, pero todavía no era internacionalmente conocido. Le llegaban pedidos de varias ciudades y pueblos del país pero entre los trámites de envío, el pago de adecuación y embalaje se le iba más del 30% de las ganancias. El negocio estaba bien pero siempre había el riesgo de que la competencia se llevara los clientes.

Durante uno de sus viajes a Santa Marta, converso con un hombre que estaba dispuesto a invertir en el negocio y que para su sorpresa no le pidió aparentemente nada a cambio. Quería aprender del negocio de las esmeraldas y conocer de fondo todos los procesos que se llevaban a cabo en las procesadoras. Esa misma tarde se concretó la cita, Maximiliano voló temprano hasta Barranquilla y de ahí abordó un pequeño barco pesquero que lo llevaría a un lugar cerca de la ciénaga. El viaje duró unos cuarenta minutos en avión, pero el trayecto hasta el lugar de encuentro más de cinco horas. Maximiliano y Antonio estaban algo asustados, habían dejado las armas y los teléfonos en el hotel a petición del comprador, con cualquier equipaje adicional no sería posible tomar el barco y completar el negocio. Era un negocio demasiado grande como para dejarlo pasar.

En el pequeño barco había dos tipos que parecían extranjeros, uno de ellos hablaba español bastante fluido y el otro no parecía entender una palabra. George Timotti, un sueco que había zarpado el barco hace tres días y era uno de los hombres de confianza del comprador, hablaba pausado y dejaba caer la ceniza del cigarrillo exactamente en la mitad del cenicero mientras que el otro tipo un alemán de más de medio siglo con una cicatriz en la mano izquierda asentaba con la cabeza cada vez que oía la palabra esmeralda.

El barco era pequeño pero bastante lujoso, por fuera parecía un barco pesquero tradicional, pero por dentro era un pequeño hotel de lujo que le daba a Maximiliano la corazonada de estar siguiendo el camino correcto. En verdad esta gente parecía tener mucho dinero y sí las cosas salían bien, posiblemente se podría retirar pronto del negocio y dedicarse a

viajar por el mundo como lo había estado planeando hace años.

El calor era insoportable, llevaban más de ocho horas sin probar líquido y la insolación les empezó a afectar la cabeza. Pararon en una zona despoblada y los hombres a decisión unánime decidieron acampar allí mientras amanecía, les haría bien descansar un rato, comer algo sabroso e hidratarse un poco. Se quedaron en dos tiendas de campaña, Maximiliano no pudo dormir en toda la noche, Antonio tenía la temperatura por encima de los treinta y nueve y a pesar de que intentaron bajarla con algunas hierbas y agua fría, el hombre padeció sudores y pesadillas toda la noche. Maximiliano salió de la carpa antes de que amaneciera en búsqueda de algo que le bajara la fiebre y mientras caminaba por el lugar escuchó a los tipos conversar afuera de la tienda de campaña.

–El jefe dijo que llegaría temprano en la mañana y que él mismo se encargaría del tal Maximiliano, el esmeraldero, creo que es el tipo alto y de barba espesa –dijo el hombre que parecía no entender nada de español pero que según parecía lo hablaba a la perfección.

Maximiliano se metió rápido a la tienda y empezó a empacar la ropa y el dinero que habían traído para el viaje, todavía estaban a tiempo de tomar el siguiente barco que llegaba a las cinco y dejar ese lugar sin hacer negocio pero manteniendo la vida de los dos a salvo. No tenía claro quién era el comprador y porque se quería hacer el mismo cargo, pero las palabras del hombre le parecieron una clara señal para salir sin pensarlo.

Pamela estaba bastante preocupada, la salud de la mamá de Maximiliano y el hecho de que el matrimonio se realizaría en una semana y el hombre no aparecía, la tenían con los pelos de punta. Todos en el barrio estaban a la expectativa, las invitaciones ya habían sido impresas y Maximiliano llevaba dos días sin comunicarse con nadie.

Cuando se cumplió el tercer día Pamela decidió llamar a doña Eustaquia de Valencia, la mamá de su futuro esposo, ya eran tres días sin tener ninguna noticia y ya se había comido todas las uñas. La señora fue mucho más amable de lo que Maximiliano le había descrito, le explico con detalle que hace más de una semana que no hablaba con su hijo y que él llevaba años sin visitarla en la finca, casi desde que había dejado el pueblo en búsqueda de fortuna.

Ella prefirió no contarle nada a la señora que ya estaba bastante triste con el hecho de no haber recibido una sola visita en los últimos tres años, trato de enmendar algo lo que Maximiliano había hecho, diciéndole que él había estado tratando de comunicarse y que ahora se encontraba trabajando fuera pero que apenas terminara se casarían y ella pasaría a

ser parte de su familia. La invito a la boda y le envió una hermosa caja de regalo con un vestido lujoso dentro y un par de zapatos que le combinaban con el atuendo de fiesta.

Maximiliano siempre había sido un tipo muy misterioso, los negocios como la vida privada, eran un tema que poco se hablaba en casa. La mamá y el papá pocas veces habían sido tema de conversación y en cambio a eso, era algo que constantemente eludía.

Su papá había sido un reconocido vendedor de joyas, la razón por la que decidió continuar con el negocio de la familia. Empezó escavando el mismo en los socavones de Boyacá y según contaba con cierto orgullo, se había hecho solo. Todos los días durante tres años, había bajado en una jaula metálica acompañado de otros mineros a unos ciento veinte metros de profundidad tratando de conservar el aire para empezar con la búsqueda. Maximiliano decía que su papá muchas veces lo llevaba a las minas y lo obligaba a contener la respiración por casi dos minutos, un día estuvo a punto de morir y cuando su mamá lo denunció con la policía por abuso, tuvo que salir corriendo del pueblo porque amenazó con matarla y con quitarle los hijos. Le contó a Pamela que su mamá volvió una noche y se los llevo mientras el viejo estaba dormido, tuvo que sacarse una plata que había estado guardando por años y pagarse un pasaje para Bogotá, donde estuvieron viviendo dentro de un pequeño bus de transporte público abandonado al lado de la vía del tren, hasta que un hombre le dio trabajo a su mamá como muchacha de servicio y le permitió alojarse con los dos muchachos que ya pasaban los quince.

La horrible experiencia de las minas tuvo el efecto contrario en el esmeraldero, Maximiliano decidió dejar toda la historia de su padre atrás y buscar las minas más prosperas del país para ser el mismo el que socavara las montañas y encontrara las mejores piedras preciosas. La primera vez estuvo agachado por horas caminando por unos túneles de casi un kilómetro y viendo a más de un trabajador suyo muerto del susto y por la claustrofobia. Maximiliano escavo varias minas en el Cauca, Nariño y el Tolima a principios de los noventa y logro posicionarse como uno de los mejores recolectores del gremio. Después de un par de años, volvió al pueblo y decidió contratar a varios de sus amigos de la infancia, conocidos y amigos de su padre que había muerto en el noventa y cinco, luego de que una de las minas se les cayera encima a unos cincuenta hombres y matara casi a veinte.

La última navidad que recordaba, su mamá y él le habían regalado un pequeño canario para que su papá se lo llevara a las cuevas, los mineros decían que el pajarito les avisaba si faltaba el oxígeno y que cuando el animal se quedaba sin aire o moría era porque el aire en la mina era mínimo y debían salir de inmediato, algunos no alcanzaban y se quedaban acompañando al animal. Maximiliano decía que el papá llegaba varias noches contando las historias de los muertos en la mina y algunos que

según él habían enloquecido, luego se tomaba un vaso de chicha fría y guardaba el pajarito en la jaula.

Esa noche Pamela se quedó esperándolo hasta entrada la madrugada, Maximiliano no aparecía y el matrimonio se iba a realizar en apenas unos días. Como hace años no hacía, empezó a rezar y decidió ponerle una veladora a una imagen de Santa Bárbara que Maximiliano había traído del último negocio que había hecho en Paipa, un municipio de Boyacá, la patrona de los mineros lo había salvado de morir enterrado en una de sus minas y allí había logrado consolidar su fortuna.

Eran las dos de la mañana y una punzada profunda le estremeció el estómago. Maximiliano no había llegado todavía y ella no podía conciliar el sueño. Se puso a leer unos apuntes que había guardado y una fecha cercana le causo un escalofrío mayor al de imaginarse que algo malo le había pasado a su marido.

Era casi dieciocho de Septiembre y una cita en su agenda resaltaba con un raro color amarillo que le cansaba los ojos. Había dejado todo de lado por el ajetreo que le había traído el matrimonio, el tiempo había transcurrido muy rápido y se había olvidado por completo de la cita con la vieja. Ella no se andaba con juegos y aun si sabía lo de Maximiliano la obligaría a cumplir con el trato que ya llevaba cinco años de pactado y que había esperado pacientemente. Todo eso del amor y una mejor vida le habían hecho olvidar por un tiempo el verdadero propósito de viajar a la ciudad y escoger a Maximiliano como compañero, incluso muchas veces pensó que podía estar enamorada de él y que tal vez ese hecho cambiaría los términos de la negociación.

Nada de lo que había sucedido hasta entonces se trataba de una coincidencia, la vieja había cumplido con su palabra y ella debía dejar de pensar en la ausencia de Maximiliano y preparar a las niñas para llevárselas en la fecha acordada. Las tres hijas de su hermana mayor se estaban quedando con ella por las vacaciones y durante un año les había contado que apenas se convirtieran en mujeres harían parte de algo muy importante pero que deberían mantenerlo en secreto. Las niñas ya eran señoritas, se llevaban cada una un año y la hija mayor de la hermana; dulce, los últimos meses había estado haciendo muchas preguntas e incluso había empezado a escribir un diario donde especificaba con detalle los experimentos que su tía estaba realizando con ellas.

Una vez intento contarle a su madre, Pamela se percató del nerviosismo de la muchacha y decidió ofrecerle algo que verdaderamente llamara su atención por su absoluto silencio. Era una niña grande que no se tragaba tan fácil las historias que Pamela le contaba y empezaba a volverse una molestia. Apenas unos meses atrás su hermana había decidido volver de Chile donde estaba trabajando como maestra interina y recuperar a sus hijas, pero antes de que el avión despegara un fallo mecánico en una de

las turbinas hizo estallar el avión y unas semanas después la custodia completa de las niñas se le otorgó a Pamela en un tribunal de Buga. El padre nunca apareció, la familia de Pamela sabía que el tipo había visitado a las niñas tres años atrás y nunca más volvió a aparecer, algunos de sus amigos decían que el tipo había viajado a Argentina para buscar una mejor vida y que allá había conocido a una mujer con la que formó una nueva familia. Su hermana nunca habló de eso y cada vez que se daba el tema, lo cambiaba de forma asombrosa y terminaba contando alguno de sus chistes. Pamela no se había repuesto aun de su muerte cuando Estela y ella se cruzaron en el camino.

Eran otros tiempos y Pamela apenas y recordaba lo que le había sucedido pero estaba segura que a Estela no se le había olvidado. Durante varios meses se la pasó sentada en una silla de ruedas mecánica que su mamá le había comprado con los ahorros de toda la vida, la silla le permitía moverse sin problema con solo accionar un pequeño botón que funcionaba con el movimiento de sus ojos. Pamela tenía ocho años y Oreo; un caballo pura sangre, uno y medio. Se habían convertido en los mejores amigos, ella se la pasaba día y noche metida en la finca de los Álvarez aprendiendo a montar y preparándose para competir con Oreo en las regionales.

Oreo le pareció un nombre apropiado para el pura sangre de color azabache y pintas blancas en la parte baja de las patas. Era todo un semental y había sido domado por uno de los mejores ganaderos de la región, la niña se vinculó con él de inmediato y sus padres decidieron llevarla todos los días después del colegio para realizar el paseo acostumbrado.

Durante esa tarde, Pamela notó que Oreo estaba bastante inquieto y se negaba a caminar, le fue difícil que el animal obedeciera sus instrucciones y después de una revisión de rutina, el veterinario decidió que estaba listo para iniciar el entrenamiento. Solo unos minutos después, la niña se subió y empezó la caminata. El animal empezó a dar vueltas en círculo, a mover el hocico de un lado al otro y estornudar repetidas veces sacando de las cuencas de la nariz una espuma verdosa, empezó a caminar muy rápido y terminó botando a la niña al piso después de que el cuidador tratara de controlarlo y el animal aparentemente asustado se paró sobre sus dos patas traseras.

Pamela pasó dos meses y medio en coma, los doctores decían que la niña no volvería a caminar y que posiblemente había perdido todas las habilidades motoras y tendría que ser conectada a un respirador de por vida.

Su mamá desesperada buscó ayuda de todas las formas conocidas, ninguno de los doctores del municipio, la ciudad o el departamento pudieron dar con una cura que permitiera que su hija volviera a ponerse

de pie, hablar y jugar como una niña normal.

Estela era una mujer solitaria que se había instalado en el barrio Catedrales de la ciudad de Buga y según decía la gente tenía poderes especiales. La mamá de Pamela había sido una católica practicante toda su vida y buscar ayuda con una bruja no era una opción viable, sin embargo ya habían pasado dos años y ver todos los días a su hija en esas condiciones, diez kilos de peso menos y llagas por todo el cuerpo, la hizo replantearse la posibilidad de buscar en "esas cosas" un milagro que curara definitivamente a Pamela.

Durante una semana tuvo un sueño recurrente, Pamela se subía a un hermoso caballo blanco que la dejaba suavemente sobre lo que parecía una larga pasarela de moda y caminaba a su lado hasta que ella, ya toda una señorita era ovacionada por miles de aplausos y una lluvia de esmeraldas la cubría por completo, luego se despertaba sudando mientras Pamela respiraba a su lado con gran dificultad.

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 19

Capítulo 19

Morfeo

Ninguno dijo nada durante casi una hora que duro el viaje, Valentina estaba sentada al lado de la mujer de la larga cabellera que ahora vestía ropa bastante moderna y estaba llena de tatuajes, parecía otra persona. Era mejor no decir nada hasta que viera una oportunidad de hablar con Pamela o lo que quedaba de ella. La mujer que había conocido durante años se había esfumado, la ropa, el cabello rizado y una mirada cortante la hacían ver particularmente distinta a la artista algo rayada y meticulosa que había conocido en ese entonces.

Era imposible que no fuera ella, su rostro y cuerpo eran idénticos, posiblemente se trataba de algún estado hipnótico al cual habían llevado a Pamela, había leído en varios libros de psicología que la gente puede ser llevada a estados de hipnosis que cambien incluso su personalidad y hagan cosas que jamás imaginarían, era claro que estas personas conocían del asunto y todo esto del ritual sangriento y la supuesta muerte de las mujeres no eran más que un truco barato.

Habían entrado nuevamente a la casa, Valentina tuvo que esperar afuera por más de diez minutos y ya se le estaba congelando el cuerpo. El invierno había empezado con fuerza y los nubarrones de lluvia aparecieron sobre la casa cubriendo toda la zona. La casona había sido limpiada a totalidad y estaba reluciente, nadie le creería que horas antes dos hombres y una mujer habían cometido un homicidio.

La mujer que sostenía el cáliz y que unas horas antes estaba botada en el suelo de la habitación, estaba ahora sentada a la mesa en compañía de Pamela y los dos hombres que parecían sus escoltas y la invitaba con una amplia sonrisa a sentarse y a servirse de la cena.

Sus rostros se veían relucientes y sus vestidos tan modernos y hermosos como si pertenecieran a la realeza de la televisión o del cine en Hollywood. La mesa estaba llena de todo tipo de comida y las copas servidas con un delicioso vino tinto de una cosecha que casi completaba el

siglo.

Todo era tan extravagante e irreal que a Valentina le pareció que estaba en un sueño. Eso era, le habían inducido el sueño cuando entro en el auto y todavía estaría alucinando, acostada boca arriba mientras alguno de esos enfermos le estaría diciendo que no abriera los ojos y que les ayudara a limpiar todas las evidencias. Era más que lógico, por esos las habitaciones y la sala de la casa estaban impecables en el sueño y no había rastro de la mujer muerta que ahora departía durante la cena.

El sueño continuo y Pamela hablando con un acento extraño y unas palabras estrafalarias agradecían en una oración la posibilidad del retorno.

Sobre la mesa había copas de diferentes tamaños y cada una de ellas tenía un líquido distinto. Valentina solo pudo reconocer el olor irrepetible de un buen vino seco de uvas que estaba servido en la copa más grande pero de los otros dos recipientes no pudo dar con la receta. Las dos mujeres bebían de la copa pequeña que contenía un licor semitransparente y los dos varones tomaron de la copa mediana que parecía contener un líquido color sangre.

– Es sangre de cordero, si te lo estas preguntando, le dijo Pamela con la voz tranquila y tocándose repetidamente el estómago. Tú debes tomar de la copa más pequeña que contiene el licor seminal de estos hombres que hoy nos acompañan en la mesa. La sangre solo podrá ser bebida cuando te llegue el momento, le dijo nuevamente usando un acento antiguo y unas palabras elaboradas como de otro tiempo.

El sueño se ponía cada vez más raro y por más de un instante Valentina sintió como se le enfriaban las pantorrillas con el aire que se colaba por debajo de la puerta.

–El oráculo nos mostró tu nombre y tu rostro en un tiempo diferente a este Valentina, le dijo la mujer del cáliz sosteniendo la copa de sangre y llevándosela a la boca.

– Lo que has visto hasta ahora te ha llevado a preguntarte si estás en tu realidad o has sido sumergida en otra.

Las palabras de la mujer dejaron a Valentina en un estado de confusión más grande del que había tenido durante los casi treinta días de encierro.

–Las cosas que veras serán aún más desafiantes pero estamos seguros que el oráculo nos mostró el camino correcto y a la persona indicada.

Algo que no sabían muchos y dada la personalidad de Valentina y la fama que se había hecho con sus amigos y familiares para según ella evitar

burlas y comentarios innecesarios y el conocimiento de cosas íntimas que solo le importaban a ella, era el hecho de que se había mantenido virgen, Antonio y ella habían estado planeando el día del compromiso antes de que ella decidiera empezar a buscar trabajo como modelo y dejar de lado esas tonterías de la virtud.

A veces jugaban y en más de una ocasión estuvieron a punto de incumplir las normas, siete normas autoimpuestas que Valentina había escrito cuando cumplió los dieciocho. Para ella se había vuelto importante mantenerse pura para el hombre con el que finalmente llegaría al matrimonio. Antonio con los años se había convertido en un gran amigo y maestro y decidió que sería él, a quien se le entregara sin ningún miramiento. Para sus amigos cercanos, ella había perdido la virginidad cuando tenía quince o dieciséis, cuando a escondidas se había escapado con Oscar; el tipo de la agencia de modelos y se le había entregado para lograr que se la llevara a Europa con un contrato que al menos iría hasta cumplidos los veinticinco años.

La historia se escuchaba fascinante y a todas sus amigas y amigos les encantaba escuchar como ella se había arriesgado de esa forma y había terminado con un hombre que le doblaba la edad. Las continuas preguntas sobre cómo había sido no se hacían esperar y Valentina mostraba sus dotes artísticas inventando cada momento, cada pausa, cada palabra, que según ella Oscar le había dicho durante el encuentro, luego amenizaba la historia contándoles porque el hombre se había arrepentido de lanzarla al estrellato y como cualquier desgraciado se había volado de la ciudad y nunca más volvió a saber de él.

La cena no duro mucho y después de la segunda copa Valentina dejó de preguntar por miedo a que las respuestas de las mujeres fueran todavía más escabrosas. Los hombres permanecieron en silencio comiendo y bebiendo vino hasta que la conversación terminó, luego se levantaron de la mesa y se fueron en silencio hasta las habitaciones del segundo piso.

Después de que los hombres se fueron, las mujeres intentaron convencerla de que diera un pequeño sorbo de cada una de las copas para dormir bien, los licores le evitarían sueños extraños y el insomnio. No fue capaz de beberse la copa pequeña y apenas dio una probada a la copa con la sangre de cordero que rego sobre la mesa aludiendo que estaba ebria y debía irse rápido a la cama. La sangre le había manchado la blusa y parte de la cara y se sentía asqueada, debía salir de ahí lo más pronto posible para no levantar sospechas y tratar de seguirles el juego al menos un par de días. Aparentemente, su mejor amiga había sido atrapada por una especie de secta extraña de la cual debía ayudarla a salir, donde las mujeres y hombres bebían sangre de animal en copas de un finísimo cristal y se tomaban sin ningún reparo los líquidos que ella como una gran

mayoría de ciudadanos consideraban impuros.

Antes de que se levantara de la mesa para despedirse, pensando seriamente que cuando entrara en el cuarto el sueño terminaría y finalmente despertaría en la cama al lado de Antonio o al menos en ese horrible cuartucho con los ojos vendados y esperando que algo normal ocurriera, Pamela le dijo una palabras que le pondrían a pensar si realmente estaba siendo víctima de un sueño escalofriante y se quedarían en su memoria dando vueltas toda la noche ; "Todas estas cosas han pasado antes y volverán a suceder, antes y después de que los hombres logren entender que lo que nos ha sido negado por siglos será revelado finalmente a todos ".

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 20

Capítulo 20

Perros hambrientos

En el lugar apenas alcanzaba a escuchar su propia voz que se perdía entre los alaridos de los hombres y mujeres sedientos de sangre y los sonidos agonizantes de los caídos sobre la lona. Los dos contrincantes estaban detrás de una reja electrificada, no había reglas y uno de los dos adentro saldría muerto. Se alcanzaba a oler el sudor y la sangre desde la primera fila, casi se podían sentir los golpes. La doña era de las primeras en apostar y siempre lo hacía por Alish, su peleador favorito. Era uno de los peleadores más experimentados del lugar. Había estado peleando desde que cumplió los veintiuno y ya tenía al menos diez muertos encima. Las peleas pagaban bien y mientras te mantuvieras consciente hasta derribar al otro el pago estaba asegurado. La idea de Alish no era asesinarlos pero la primera vez que lo hizo se dio cuenta que la gente lo ovacionaba y las apuestas se duplicaban rápidamente. Sus puños y patadas valían su peso en oro y la doña parecía estar bastante interesada.

Esa noche pintaba particularmente complicada. El contrincante que lo esperaba era el más difícil al que se había tenido que enfrentar, el tipo era un animal, los que habían peleado con él, no solo murieron por los golpes propinados sino que les había quitado una parte del cuerpo y decían que al final que cada pelea se las entregaba a Estela Pérez alias la doña. Los rumores sobre las partes y la entrega de estas a una de las mujeres más poderosas de la ciudad habían sido esparcidos por algunos borrachos y cocainómanos que iban a ver las peleas cada noche y aprovechaban para abastecerse sin que la ley metiera las narices, la doña había pactado un intercambio que le daba inmunidad total en toda la zona.

Vásquez necesitaba un favor antes de dejarlo ir a buscar a Pamela y a Maximiliano. No le importaba lo que tuviera pensado hacer cuando los encontrara, pero sabía que apenas se fuera lo mejor era que no lo relacionaran con él de ningún modo. Esa noche lo enviaría a pelear contra Alish como preámbulo a la gran pelea de la noche, le serviría como sparring y la gente estaría encantada. Doña Estela estaría más que complacida con el espectáculo y entraría mucha más efectivo.

...

La clave de entrada era Aristóteles y debía entrar cubriéndose la cabeza al carro que lo estaría esperando abajo del edificio, Vásquez le dijo que la llevaría cubierta hasta que llegaran y que era para que su vida no corriera peligro. Si le dejaba ver donde estaba ubicada la casa, doña Estela y su marido le cortarían el cuello.

No sería tan difícil enfrentarse a Alish, el hombre jugaría un rato y luego saldría de ahí con algunas costillas rotas y uno que otro moretón en la cara directo a buscar a su mujer. Algunas peleas se hacían con armas antiguas emulando las peleas de los gladiadores romanos y si para ese entonces el peleador vencido solicitaba clemencia, saldría del lugar con los huesos rotos y la dignidad por el suelo, pero al menos conservaría la vida. Vásquez sabía que el hombre no era precisamente un peleador pero el salir del lugar vencido y humillado por su contrincante a pesar de las ganas que tenía de encontrarse con Pamela, no era opción.

Muy pocos sabían de la existencia del lugar, estaba ubicado a unos diez kilómetros a las afueras de Bogotá en uno de los lugares fértiles que había tenido la ciudad a finales del siglo XVI y que estaba libre de las inundaciones de los sitios más planos, además que como una particularidad, haber sido construido unos cuatro metros bajo tierra. Según decían algunos, el sitio había sido construido por un grupo de mujeres de un pueblo pequeño del estado de Nuevo Orleans en lo que en ese entonces se conocía como Nueva Inglaterra a finales de ese siglo. Las mujeres habían usado una receta del Electuario satánico para obtener la invisibilidad, donde metiéndose uno a uno a la boca los huesos de un gato negro previamente encerrado en un costal y cocido hasta que se le desprendiera la carne del hueso y mientras la mujer se miraba en un espejo, logro sacarlas del pueblo antes de que las encontrara la muerte. Las mujeres habían viajado a las Américas buscando refugio de la persecución y en conjunto con algunos nativos pertenecientes a la tribu de los Muisca en el altiplano cundiboyacense habían intercambiado conocimientos ancestrales y desde entonces, el lugar decían era reguardado por los espíritus.

Algunos vecinos del lugar decían algunas veces oír gritos y golpes fuertes en las noches pero la profundidad del lugar que a principios del siglo XX había sido restaurado por unos monjes de la región, evitaba que el estruendo de las peleas y las cosas que pasaban continuamente, fueran visibles.

Una noche, mientras conversaban entre tragos; la doña, su marido y Vásquez, a la mujer se le soltó la boca y empezó a decirles que ella había hecho parte del grupo de mujeres que construyeron el lugar y que una de sus hermanas había sido quemada en la hoguera acusada de brujería.

“Salimos cubiertas por el manto de la noche, envueltas hasta la cabeza con el ungüento sagrado, mientras nos alejábamos entre el rugir de las

herraduras de las bestias, escuchábamos los gritos espeluznantes de las hermanas del aquelarre que morían por cientos en la hoguera”.

Unas palabras que dejaron a Vásquez helado y a punto de cagarse de risa. Finalmente se asumió que la mujer estaba tan borracha que como hizo al día siguiente, negaría tajantemente haber dicho tal ridiculez, el marido tampoco recordaba nada sobre eso y jamás se había vuelto a tocar el tema. La mujer era una gran empresaria que conocía algo de las llamadas artes oscuras y en algún momento de su vida antes de obtener su fortuna había estado trabajando como pitonisa en un barrio popular de Bogotá, casi nunca se hablaba de esos días en que Estela no era conocida como la doña y se encargaba de preparar conjuros y maleficios para traer de nuevo al ser amado realizando endulzamientos y amarres que según decía la gente se había convertido en su fuerte. Era ridículo pensar que la misma mujer llevara más de cuatrocientos años viviendo y no se le viera ni una arruga.

La clientela iba en crecimiento y desde que la doña había empezado a hacer presencia en las peleas de Alish, la gente iba a verlos en masa. La mayoría de los visitantes eran clientes de Vásquez y habían visto al nuevo peleador una que otra vez participando en sus negocios.

La última vez que hablo con el gordo no le explico nada sobre lo que tendría que hacer en el lugar, solo le entrego una roca enorme en un anillo y lo envío a acompañar a uno de los choferes. Era evidente que le estaba cobrando el favorcito, una roca que superaba los miles de dólares.

Había hecho de todo por volver a ver a Pamela, hacer que volviera con él y casarse con ella. Si ganaba la pelea su mujer lo creería un héroe y el tal Maximiliano no tendría cabida. Tenía todo escrito en una pequeña libreta que había empezado cuando presto servicio y la ilusión por volver a su casa y pedirle matrimonio lo mantuvo firme. Era la segunda vez que escribía sobre volverse a encontrar con la mujer de sus sueños, desde que la había conocido supo que sería su mujer.

El lugar también era un reconocido lugar de apuestas, el casino principal era visible desde un delgado cristal que separaba los dos lugares tan diferentes como la noche y el día, el lujo y la elegancia de sus asistentes y la ausencia de gritos y sangre salpicada en los pasadizos lo hacía ver aún más curioso. Antes de empezar con la pelea, pensó en dejar algo asegurado para ella en caso de que perdiera la vida, era la única familia que le quedaba. Unos minutos antes de entrar dentro de la jaula, se dio cuenta que si le dejaba dinero para vivir bien durante toda la vida jamás podría olvidarse de él y esto automáticamente haría que su relación con el esmeraldero se viniera a pique. Aun con su muerte el tipo no podría poseerla.

Si lo pensaba bien, el lugar no le era del todo desconocido, ya había escuchado varias cosas mucho antes de llegar a ese momento. En uno de los viajes desde Buga escuchó como varios tipos de la región que solían beber con él en la finca y llevarle prostitutas que intercambiaban muchas veces por cargamentos decían que tenía un lugar de peleas clandestinas y que era todo un negocio redondo que dejaba mucha plata. Pensándolo bien, esa plata era mucho más legal y bien habida que llevando pepas en el estómago o vendiéndole afuera de los colegios a los niños. También escuchó que a veces uno que otro no resistía y entonces se le hacían los honores en el cementerio del municipio que era de propiedad de la doña. En ese momento le había parecido un completo chismerío de los perros guardianes de Vásquez y una forma perfecta de asustar a los incautos que se atrevieran a interponerse.

Los tipos decían que casi todos los que participaban en las peleas eran hombres de la calle, sin ningún rastro de familia, que habían sido rescatados de las drogas y que por cuestiones de la vida habían terminado ofreciéndose para trabajar para Vásquez como peleadores, algunos decían, eran enfermos terminales que solo buscaban la forma de morir dignamente. Otros, según ellos; la minoría, eran antiguos amigos de Vásquez que lo habían traicionado con embarques o mujeres y que terminaban peleando por la vida en las jaulas y finalmente muchos enterrados como N.N (nomen nescio: nombre desconocido).

La versión más lógica le pareció la que escuchó mientras viajaban a Cartago en una entrega de imágenes indígenas labradas en arcilla que estaban repletas de coca, decían que en verdad se trataba de peleas de mentiras como en la lucha libre y que el espectáculo que armaban era algo asombroso, luego detrás en los vestidores, los peleadores eran atendidos por algunas magulladuras y el curandero de la doña los dejaba como nuevos.

La más impresionante de las versiones y la última en el repertorio fue la que le escuchó a uno de los hombres del gordo hablando con su compañero de guardia y sin darse cuenta de que los estaba escuchando, dijo que en ese momento ya iban más de quince cuerpos y ya no quedaba espacio suficiente en las fosas, que el olor era insoportable y la mayoría de los cuerpos habían quedado destrozados. Luego de eso cuando se les estaban entrecerrando los ojos, escuchó risas y a uno de ellos decir “*Como me encanta la forma en que la gente aplaude y grita, algo jamás visto, las miradas del cazador y la presa, la vida y la muerte, el final inesperado*”

Copyright / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 21

Capítulo 21

Verdugo

Carlos Ceballos era un puertorriqueño que había llegado a Bogotá por asuntos legales. En su país lo buscaban por extorsión, hurto agravado e intento de homicidio. Se presentó a dos audiencias en San Juan pero en las dos, las pruebas presentadas por la defensa no fueron concluyentes. Durante ese año estuvo escondido en la casa de una amiga de su madre que le permitió quedarse máximo ese tiempo mientras lograba solucionar todo con la policía. Las dos eran muy amigas y la deuda que tenía quedaría saldada, si le ayudaba a esconder al muchacho .

Había sido madre soltera desde que su marido la había dejado con tres varones y una niña de brazos porque le había salido un muy buen trabajo en USA y estando allá les mandaría dinero. Años después y sin que ningún rastro de plata tocara a la puerta, ella se enteró de que se había ido con una noviecita que había conocido en internet y a la que le dijo que no tenía ningún compromiso. Años después también se enteró que él nunca había viajado a Estados Unidos y que realmente se había ido a Colombia, a la ciudad de Medellín donde se encontraría con la muchacha.

No le contó a Carlos la verdad sobre qué estaba haciendo su padre, en vez de eso trabajaba turnos extras en la lavandería y le decía que esa era la plata que les estaba enviando. Carlos apenas era un niño y ella no quería quitarle el ideal de padre que tenía.

Cuando cumplió los diecisiete decidió jugar beisbol en la liga de la escuela, era bastante bueno en el juego y tenía un brazo izquierdo estupendo. El zurdo Ceballos o el increíble le llamaban sus compañeros de equipo. Tenía un talento nato para eso, le gustó desde que era un niño y era algo que le recordaba a su padre. Lo poco que podía recordar de él tenía que ver con ellos sentados en la sala viendo un juego de la LBRPC y comiendo alguna de las delicias que le preparaba. Era uno de esos recuerdos bonitos que le habían quedado grabados y que luego se interrumpían por las golpizas que le metía cada vez que su equipo perdía.

A pesar de todo eso lo quería y lo recordaba con cariño, su papá no la había tenido fácil y no era su culpa, él tampoco ayudaba mucho. Cuando

terminó la escuela secundaria dejó el equipo y se dedicó a trabajar para ahorrar al menos cien dólares y poder comprar el pasaje de avión de ida a *Newyork city*. No le contaría todavía a su madre hasta tener comprado el pasaje y una carta que llenaría de recortes de todos sus juegos y algunos de los mejores de la liga en los últimos cinco años.

En la carta le describía como había sido su vida durante esos años que estuvo lejos, le contaba que también sabía que no se comunicaba nunca porque las llamadas a Puerto Rico eran demasiado caras y debía ahorrar para mandarles a él y a su mamá dinero suficiente, le agradecía el sacrificio que estaba haciendo por ellos y le contaba con orgullo como había logrado suplirlo bien como hombre de la casa, había espantado todos los "gallos" que se le habían querido acercar a la vieja y había mantenido el honor de la familia.

Su mamá lo seguiría queriendo y cuando se enterara del viaje, saltaría de la felicidad y de seguro le mandaría unas alcapurrias y mofongo para que se chupara los dedos. Hacía la acotación de que volvería por su mamá apenas pudiera. Se despedía diciéndole que estaba a punto de contarle a su madre y posiblemente cuando recibiera la carta, él ya estaría en el próximo avión para llegar a su encuentro. Había preparado la carta una semana antes para evitar inconvenientes, últimamente el sistema de correos había estado más lento que de costumbre y hasta que llegara a Nueva York pasarían al menos tres días.

Su madre le había dado una dirección postal de una tía suya que vivía en Nueva York hace ya varios años y que Carlos había conocido de cerca. Según ella su padre estaba viviendo con los viejos hace ya varios meses y según las cartas (que le llegaban una vez al año a Carlos y que ella pedía el favor a un amigo que las escribiera), él estaba muy bien y había conseguido trabajo en el restaurante del marido de la tía. El papá de Carlos cocinaba delicioso y había trabajado dos años en un restaurante local, también había estado estudiando durante ese tiempo cocina y repostería en las noches y sería fácil que Carlos lo imaginara en ese rol.

Carlos no culpó a su madre por mentirle, cuando se enteró de toda la farsa, ella estaba a kilómetros de distancia y el verdadero culpable de toda la situación se encontraba en algún lugar de un país lejano y desconocido.

Ese mismo día ya tenía orden de captura en el estado de Nueva York y en cuatro estados aledaños. Parecía que Carlos se había esfumado por completo, se dio un retrato hablado en televisión y un testigo anónimo dijo haberlo visto en el aeropuerto tomando un vuelo hacia el estado Massachusetts, en el que ya se había expedido una orden. Tenía orden de captura en los estados de Vermont y Connecticut simultáneamente.

Logro escabullirse durante varios meses en una pequeña ciudad del condado de Bristol llamada Fall River, llego allí porque unos extranjeros chinos le ofrecieron una buena plata por cuidarles un niño negro que habían adoptado en Canadá. Nunca les vio papeles o documentación que indicara que el niño había sido adoptado, no hablaba inglés ni español y parecía comunicarse en una lengua africana o de alguno de esos lugares que parecen estar a kilómetros.

Carlos se olío algo raro con lo del muchacho pero decidió continuar porque los chinos le daban la comida y le permitieron quedarse con ellos en su casa en el pueblo. Parecían personas normales con las cuales podría empezar de nuevo y nadie ahí parecía haberlo reconocido hasta entonces. Se rasuro por completo la cabeza y se dejó crecer la barba espesa y negra para que le cubriera medio rostro. También se compró unos lentes de contacto para cambiarse el color de los ojos y logro que un amigo de los chinos le cambiara el nombre y lo registrara como Smith Valencia. Sus rasgos eran demasiado latinos como para hacerse pasar por un gringo o un europeo, así que escogió un nombre local y el segundo apellido de su padre, así le sería más fácil usar la coartada de ser el hijo de un emigrante Colombiano casado con una mujer estadounidense.

Los chinos le ayudaron a conseguir algunos certificados de estudios de la Sunny River High school , una escuela cercana donde aparecía cursado solo hasta segundo ciclo de la educación secundaria, para luego complementar la historia con la situación de abandono que tuvo que experimentar por la cual no pudo seguir estudiando.

Le había contado casi toda la historia a los chinos, ellos le ayudarían para que se pudiera reunir con su papá y el mientras tanto les seguiría ayudando con algunos de sus negocios.

Antes de balear a la tía, había logrado sacar información suficiente para dar con el paradero de su padre, la vieja se vio obligada a darle la dirección en Colombia y ahí fue cuando perdió el conocimiento. Carlos pensó que la había matado pero según vio en las noticias, la señora como todo un roble, logro arrodillarse y arrastrarse hasta el teléfono para marcar al 911, después de que la policía y los paramédicos hicieran lo correspondiente, se hizo la revisión de la casa y se le tomo la declaración a los dos ancianos.

La anciana le dijo a la policía que el chico los había tenido secuestrados dos meses; tiempo en que Carlos estuvo viviendo con ellos y que se comunicaba con su madre a Puerto rico. En el detalle de las llamadas constaban llamadas realizadas a San Juan de Puerto rico al menos dos veces por semana y con la ayuda de un experto se logró rastrear el dinero que Carlos le enviaba semanalmente a su cuenta. Después de la investigación, se ordenó también orden de captura a su madre en ese país

por complicidad y concierto para delinquir.

Durante las declaraciones, el anciano al que se le había quemado el setenta por ciento del rostro le añadió a la historia una supuesta extorsión que el chico le había hecho amenazándolo con quemar el restaurante con él adentro. Le conto a la policía que él se presentaba en el local todos los días y mientras los otros trabajadores pensaban que el administraba el negocio y les ayudaba en la cocina, le estaba sacando plata a pesar de que le había ofrecido un buen sueldo y un trabajo decente. Los ancianos no escatimaron en detalles a la hora de declarar contra el hijo de puta que les había jodido la vida.

La mujer no volvería a caminar por causa de una de las balas que le había alcanzado la columna y otra que le afectó un riñón, le dañó por completo el órgano, obligándola a hacerse un trasplante y un proceso de diálisis de por vida. Al hombre no le fue mejor, su cara quedó desfigurada por las quemaduras y perdió la movilidad de medio rostro por daño severo en los nervios del tercio medio e inferior de la cara. Si colaboraban con su testimonio, recibirían una muy buena pensión por incapacidad y una serie de beneficios, además de integrarlos a un programa de protección a testigos en caso de que Carlos Ceballos quisiera volver por ellos y buscar venganza.

A Carlos no le quedaba mucho tiempo, en las noticias y las redes sociales circulaba una foto de un par de años atrás que muy seguramente le habían obligado a entregar a su madre antes de realizar el interrogatorio. Por falta de pruebas habían descartado complicidad y había sido absuelta una semana después de colaborar con la justicia. Debía viajar lo más pronto posible y ubicar a su padre, necesitaba un lugar donde quedarse y comida y el viejo era la única opción que tenía en ese momento.

Él no era un asesino ni se consideraba un mal hombre, nunca antes había reaccionado de tal modo, todo se había tratado de un momento de ira en el que sintió que se trataba de otra persona. No pensó demasiado en eso, igual, ni la policía Neoyorquina ni en Puerto Rico le creerían el cuento de que el crimen había sido perpetrado por alguien más.

Antes de viajar, el chino lo puso en contacto con un hombre de apellido Vásquez que trabajaba distribuyendo todo tipo de mercancía China y Europea en Colombia, Latinoamérica y parte del la costa este de los Estados Unidos.

El plan estaba dispuesto para esa misma tarde, Carlos aceptó de inmediato las condiciones, no sin antes llevarse un material importante que había logrado sacar durante esos meses de la cochera de los asiáticos. Se llevaría consigo más de cincuenta videos de pornografía infantil que el chino y su esposa producían y protagonizaban. El niño africano que según ellos habían adoptado aparecía en varios de los videos

y era evidente que lo tenían en contra de su voluntad. La única forma para vincular a los chinos con la trata de niños eran los cientos de videos que se encontraban escondidos en la cochera.

Carlos no pudo dormir, la idea de dejar al chico sin avisar a la policía para sacarlo de esa casa y encerrar a esos hijos de puta le rondo la cabeza hasta entrada la madrugada. No era una decisión fácil y un contacto erróneo con la policía podría ser el fin de su libertad y así menos podría hacer por el muchacho. Los chinos lo tenían en sus manos, eran ellos quienes le darían el dinero para viajar a Colombia , lo entregarían en las manos confiables de un dudoso vendedor de mercancía, además de retenerle el pasaporte.

El día había llegado y lo único que podía hacer era intentar volver pronto o idear una forma para que alguien sacara al muchacho y registrara la casa. Se había llevado apenas un quince por ciento del material que había guardado, aparte de algunos gramos de cocaína y mas o menos una libra de marihuana que el chino había estado vendiendo en sus ratos libres. Carlos suponía que el resto del tiempo se encargaba de comprar a los niños por la red y producir las películas, luego venderlos en algún lugar donde esos enfermos se reunirían para comprarlos como mercancía. Ellos hacían cosas mucho más aberrantes y él era quien debía salir huyendo.

Antes de irse esa madrugada y sin que el sol hubiera salido todavía, dejo sobre la mochila del niño un cuchillo bien afilado, una carita feliz en un nota con una frase que su mamá le decía siempre antes de irse a dormir; "Que el ángel de la guarda te acompañe", posiblemente ese pobre niño no entendería la frase, respecto al cuchillo, tal vez en la noche abriría sus inocentes ojos, se levantaría y apuñalaría a su ángel de la guarda por dejarlo a merced de los monstruos.

Copyrigh/ 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 22

Capítulo 22

Dechrau (Inicio)

Alias la doña era una mujer bastante atractiva, había acabado de cumplir los sesenta y algunos habitantes del pueblo aseguraban que se veía así hace años. A pesar de su edad tenía a más de un jovencito y maduro detrás recogándole las migajas a la mujer más poderosa del municipio. Estela, que era su nombre de pila, había regresado de Bogotá hace más de tres años, compró una de las haciendas más grandes en las afueras de la ciudad de Buga y se estableció criando ganado y dedicándose a la agricultura.

Algunas mujeres de la zona decían haberla visto varias veces muy elegante y mucho más joven asistiendo de la mano de un hombre de tez morena y bastante alto a las fiestas que el alcalde realizaba en su casa en Andalucía. La mujer negaba por completo los rumores y nadie había podido probar cuando supuestamente salía en las noches y se encontraba con su amante y de como si tuviera veinte años menos, asistía de gala a la fiesta más prestigiosa de la región.

Se le había relacionado con varios de los ganaderos de Barragán, una de las zonas ganaderas más prosperas del Valle. Incluso se llegó a decir que se había vuelto la amante del alcalde y que justo por el tiempo en que se conocieron en una de las ferias, la mujer del tipo había adquirido una enfermedad mortal que se la llevo en dos meses y medio.

Todo rumores que a la fecha habían sido imposibles de comprobar, decía el abogado de la doña, mientras hablaba de su defendida en una de las demandas por unas cuatrocientas hectáreas que estaba peleando con la administración gubernamental.

Dinero tenía por montones, muchos caza fortunas habían intentado sacar supuestas guacas que sus mismos hombres habían enterrado en los amplios terrenos que abarcaban unos diez kilómetros y un supuesto tesoro que según las leyendas, ella misma había traído de Europa cuatro

siglos antes.

Desde muy niña, la brujería y las artes oscuras le habían llamado la atención, desde muy pequeña, empezó a tener sueños bastante extraños, los cuales le era casi imposible revelar frente a sus amigos o familiares. En algunos solía verse desnuda frente a un espejo rodeada de un grupo de hombres con túnicas que la embadurnaban con un extraño ungüento. Durante semanas podía oler el fuerte aroma que en el sueño emanaba el raro elemento que le cubría por completo. Una vez intento contarle a su mejor amiga de sexto grado, pero apenas le toco el tema, la niña se hecho a reír y Estela se sintió demasiado avergonzada como para continuar con el relato.

Decidió que era mejor guardar el secreto y esperar a que con el tiempo pasara las horribles pesadillas. En algunos sueños viajaba a un lugar desértico en un cuerpo distinto al suyo, y se reunía con un grupo de hombres y mujeres vestidos como guerreros que instantes después eran subidos a una pila de madera y luego quemados vivos. Esas eran las peores, continuamente se despertaba sudando y empapada en lágrimas.

Cuando empezó el bachillerato ya pasados dos años en los que los sueños habían desaparecido por completo, una extraña marca le apareció en el cuello y ella por miedo a que su papá, un hacendado machista y violento la cogiera a golpes, decidió cubrirla diariamente con un poco de maquillaje y con una rara gargantilla que cuando era apenas una bebé, según su madre, su abuela le había dejado en la cuna.

No estaba segura pero la extraña gargantilla empezó a despertar en ella extrañas sensaciones y fue entonces cuando durante casi un año se le manifestaron ciertas facultades psíquicas donde según ella, podía comunicarse con los muertos y ver sucesos que pasarían en el futuro. La familia de su madre creyó por un momento que la muchacha se estaba volviendo loca, después de varios análisis y revisiones psicológicas se le determino un síndrome leve causado por estrés que causaba ciertas sensaciones extra corpóreas y alucinaciones.

La mamá era un poco más escéptica y decidió sacarla de la escuela para que tomara clases particulares con una doctora que había llegado de Bogotá y que era toda una eminencia en lo que al estudio de la mente se refería. También acudió a la iglesia, la parroquia del barrio donde la había congregado desde muy niña y había cumplido a cabalidad con todos los sacramentos. El padre; un tipo bastante rudo y conocido en la región, no podía permitir que su hija y su familia anduvieran de boca en boca, entonces a pesar de los ruegos de la familia entera, decidió encerrarla por un tiempo en un cuarto de la casa bajo llave, intimidando a la muchacha con golpearla si se comunicaba o veía a alguna persona.

Fueron años bastante difíciles para Estela, pero también los mejores para aprender sobre las artes mágicas.

Durante casi un año, la muchacha se leyó cuando libro de brujería encontraba en la biblioteca, el papá, había estado recibiendo donaciones los últimos tres años y muchas de ellas se habían hecho en libros variados para ser usados en las ferias, el tipo siempre creyó que fomentar los textos en plenas fiestas patronales lo harían ver ridículo y decidió dejarlos en el olvido. Muchas noches Estela escuchaba las voces que provenían aparentemente de algunos libros, había estado sola más de doscientos días y el confinamiento le estaba haciendo perder la poca cordura.

Decidió entonces hablar con su mamá y prometerle que iría con ella a la iglesia para que el padre Octavio; uno de los sacerdotes más antiguos y consagrados del pueblo, le diera algunos consejos y buscara la forma de volverla al camino. Durante muchas noches desesperada ante la idea de estar encerrada más tiempo sin ver a nadie y olvidada por el mundo, pensó que sería definitivamente mucho mejor, si se recluía un par de meses con el viejo cura y pensaba una forma para que su familia le creyera.

En la iglesia le decían que había sido poseída por un espíritu oscuro e inmundo, que le hacía ver visiones y las falsas revelaciones sobre el futuro. El día que Estela le revelo al sacerdote que su ama de llaves sufriría una grave enfermedad que la tendría postrada por varios meses y que en ese tiempo el contrataría a una menor de edad con la que se acostaría sin su consentimiento, el hombre le quemó las manos y la recluyo en solitario por una semana. A las tres semanas, la vieja enfermo gravemente y el sacerdote fue acusado de violación por una muchacha de catorce años que decía haber sido violada por el tipo mientras le ayudaba con las labores de la iglesia.

El sacerdote decidió no contarle nada a nadie, Estela le había contado solo a él sobre las premoniciones y sería fácil convencer a la madre de que todo había sido un invento de la muchacha que por escaparse, se había confabulado con la niña de catorce y habían decidido dañarle la carrera y la reputación. Los miembros de la iglesia se sintieron indignados y le pidieron a la arquidiócesis de la zona que expulsara a la muchacha de la iglesia y como en tiempos de antaño la considerara maldita.

Su mamá la llevo nuevamente a la casa con miedo a que la gente beata del pueblo decidiera tomar represarías contra su familia y escondió a Estela de sus familiares más cercanos para evitar más rumores. Hasta del padre de Estela tuvo que esconderla un tiempo para evitar que el hombre la golpeara como muy seguramente lo haría hasta casi matarla. Siempre había sido muy violento con la niña y esto solo podía terminar en tragedia.

La muchacha continuó con los sueños todo un mes antes de cumplir quince años, los sueños se hacían cada vez más largos y le costaba más despertar de ellos.

Uno de los sueños más repetitivos era el de Estela interactuando con un hombre poderoso que exhalaba fuego por la boca y la poseía violentamente, luego de eso ella era llena de un poder inmenso de color oro que le había entrado por su sexo y se había disipado por todo el cuerpo. Después de recibir ese inmenso poder, esa misma noche levantó a uno de los muertos que en su sueño, parecía estar participando de una sangrienta batalla ocurrida en un tiempo distinto al presente. En varios de sus sueños se comunicaba en una lengua extranjera y su cuerpo desnudo era usado para estrambóticos encuentros sexuales con distintos hombres y mujeres que parecían adorarla.

Muchas noches la mamá de la muchacha se despertaba con los gritos y el llanto de Estela, quien le decía no recordar el sueño o tener explicación de lo que le estaba sucediendo. Para su madre se había vuelto cada vez más difícil el controlar la situación y después de que la muchacha le conto el ultimo sueño, decidió llevársela al cura para que le sacara el demonio.

Esta vez el sueño fue más esperanzador y Estela pensó que su mamá entendería lo que le pasaba cuando le contara con lujo de detalles lo que le había sido revelado.

Durante las dos siguientes noches siguientes, Estela había soñado que caía sobre una pila de flores coloreadas de los tonos del arcoíris y en un acto conmovedor varias mujeres desnudas la rodeaban mientras danzaban y se elevaban hacia el firmamento. Luego el sueño se fragmenta en dos partes y ella al igual que las otras mujeres, aparece en un viejo bosque siendo perseguida por cientos de lobos que alcanzan a las mujeres, les desgarran la piel y le quiebran los huesos. Antes de que uno de los lobos la alcance y con la firme intención de matarla le parta el cuello, un hombre hermoso que dice llamarse *Prometeo*, le entrega una inmensa llama azul que le enciende las palmas de las manos y pies, el vientre y el rostro.

Cuando se levanta, su rostro, sus palmas de pies y manos y su vientre medio, tienen un espectacular brillo, como si un ángel le hubiera derramado escarcha de oro. Despierta tan entusiasmada que decide contarle a su mamá el maravilloso sueño donde un hombre precioso y radiante la había salvado de ser comida de lobos y de gusanos. Todo lo contrario a lo que Estela hubiera imaginado, su mamá queda atónita y sale huyendo del cuarto directamente a la casa sacerdotal, no llega hasta pasadas las ocho de la noche y extrañamente ni siquiera se asoma para

darle las buenas noches.

El cura llega pasadas las tres de la mañana y con su mamá de testigo se la lleva a la fuerza y la mete en un carro negro como de funeraria. Le pone en la nariz una gasa blanca empapada de cloroformo y le inyecta algo que arde al entrar en contacto con la sangre que la deja inmobilizada. Después de unos segundos pierde el sentido.

En su primera reunión con el párroco, el hombre le explica que por órdenes de su familia, tendrá que pasar ahí al menos un par de meses para que él y su diócesis traten de sacarle el demonio. Desde ese día y trece meses más, Estela no supo de su familia y solo hasta el día en que cumpliría sus quince años, su mamá por sugerencia del sacerdote decidió sacarla del encierro para que celebrara con los suyos.

Para celebrar su regreso, la madre preparó una fiesta donde estaba invitado todo el mundo. En la reunión presentaría a su hija saludable y contaría el testimonio de la liberación de los seres impuros que habitaban su cuerpo. El sacerdote le había contado que durante tres noches, desde las tres de la madrugada y por casi dos horas, él y sus elegidos, habían hecho una serie de exorcismos para sacar unos siete demonios que poseían a la muchacha. La lucha había sido terrible pero al final habían podido liberarla durante la tercera noche con luna llena.

Estela nunca había visto el tal exorcismo, en cambio sí había estado escuchando por varias noches, la reunión de hombres y algunas mujeres que entraban en la casa cural, también el olor a hierbas bastante fuertes y muchas velas prendidas que encerraban a mujeres desnudas dentro de una especie de círculo, imágenes que de inmediato le hicieron pensar en los libros que había estado leyendo sobre brujería. Su mamá jamás le creería tal cosa y si le contaba algo de lo que había visto, oído y escuchado, la mandaría definitivamente a un centro psiquiátrico donde no saldría nunca. Estela había escuchado que en esos lugares drogaban a la gente para hacerlos perder el sentido y eran sometidos a terapias de prueba a las que los hospitales más prestigiosos enviaban a sus mejores estudiantes. La doctora que su mamá había contratado hace varios años, le había contado sobre personas sanas que entraban por síndromes de estrés o depresión y que según los especialistas del lugar habían tenido recaídas muy fuertes de las que no habían podido salir.

Durante los cinco años que llevaba recluida con el sacerdote, Estela había comprendido que debía mantener en secreto todas las manifestaciones paranormales que se le daban despierta y en sueños y que se hicieron más fuertes y frecuentes después de su cumpleaños número quince. El viejo párroco ya casi tocaba los ochenta y Estela se había dado cuenta que era un tipo bastante quisquilloso, los alimentos y bebidas que se le servían a la hora de la comida, debían ser sacados específicamente de la huerta que la vieja ama de llaves de la iglesia cuidaba sigilosamente.

Pasaba horas preparándole los jugos y los vegetales que debía comer al menos tres veces por semana para que no se le parara el corazón, el viejo había tenido ya dos infartos y un tercero podía ser el definitivo. Estela se ingenió una manera para que la anciana la dejara entrar a la cocina para aprenderle los secretos y poderle cocinar al cura. Le hizo creer que estaba demasiado agradecida por lo que había logrado con ella, que quería ser ella quien continuara cocinándole al párroco hasta que ella volviera de sus vacaciones y para que ellos no tuvieran la necesidad de meter a una mujer desconocida y poner en peligro la seguridad de un servidor de dios.

Durante varios de sus sueños, mujeres y hombres en diferentes tiempos y lugares le habían mostrado plantas y raíces que servían para lograr conciliar el sueño hasta inhibir el dolor durante las torturas. El conocimiento ancestral de las artes mágicas se le empezó a hacer presente primero en sueños. Durante tres días cuando la luna estaba en creciente, Estela salía a la huerta y después de comprobar que el sacerdote estaba completamente dormido, cogía raíces y partes de plantas a las que ella había aprendido a usarlas en diferentes formas. Fueron meses de preparación, cuando el cura decidía meterla en el cuarto oscuro, Estela aprovechaba para meditar por horas, durante ese tiempo llegó a salirle de su cuerpo, cuando le sucedía buscaba la forma para visitar a su madre y ver cómo iban las cosas en su casa. Las meditaciones profundas la llevaban a estados de inmersión donde podía conectar los sueños más recientes y tomar información que no recordaba y que normalmente le era muy útil. Para no despertar sospechas sobre lo que le estaba pasando y que ahora de alguna manera podía controlar con su mente, le decía al sacerdote que durante el encierro, aprovechaba para hacer oración y pedir perdón por sus pecados y que en más de una ocasión el espíritu de dios se había manifestado diciéndole que mostrara su agradecimiento y sirviera a su siervo.

Aprendió a manipular al viejo, cada día le contaba alguna de sus historias fantásticas en las que ella era la más devota hija de dios y durante años mantuvo al anciano bajo la influencia de algunos hechizos que increíblemente había logrado aprender a través de sueños lúcidos.

Estela nunca tuvo la intención de dañar al anciano, por eso era sumamente cuidadosa sobre las cantidades y la frecuencia en que le suministraba algunos de los bebedizos que a veces lo llevaban a un sueño profundo y en otras ocasiones llenaban de visiones su mente buscando que el viejo sintiera el mismo desespero del que ella había sido presa por años. De uno u otra forma conseguiría escaparse y buscar a la mujer de la que no sabía ni el nombre, pero que se le había estado apareciendo en cada sueño que había tenido desde que tenía trece.

Una larga cabellera dorada que casi le tocaba los tobillos y unos ojos verdes brillantes que encandilaban cuando se le intentaba mirar directamente, eran los únicos rasgos que había podido ver durante los

sueños, después la mujer era muerta en la hoguera y su cuerpo cubierto por una sangre oscura casi negruzca que llegaba hasta donde estaba Estela, cuando sentía que estaba a punto de morir asfixiada por el líquido viscoso que tenía la densidad del óleo, se despertaba.

Esa noche había dormido al viejo, el párroco no se despertaría hasta la mañana siguiente y ella tendría el tiempo suficiente para realizar un conjuro para el que se había estado preparando por semanas. Todo estaba listo, la luna llena brillaba en el centro del cielo y el libro había sido abierto y ungido como decía el manual del iniciado.

Dechrau: Inicio en Galés (perteneciente al grupo de lenguas celtas)

Copyrighth /2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 23

Capítulo 23

Endulzamiento

Estela abrió el libro de magia y encantamientos de la Dra. Patricia Álvarez Ontario, la historia de una mujer colombiana que según decía al inicio del texto había enloquecido al empezarse a manifestar en ella una serie de maleficios que una vieja bruja de un pueblo de Texas en la frontera Mexicoamericana le había estado haciendo desde que su ex pareja había decidido empezar una nueva vida a su lado.

A Estela le encantó la idea de que una persona tuviera el poder suficiente para vencer a sus enemigos y enviarles todo tipo de maleficios. Se leyó el libro completo en una noche y después tres o cuatro más sobre rituales y ocultismo de la misma autora. Cuando llegó al título; "*el camino del iniciado*", una especie de ansiedad que no había sufrido en años, se le hizo presente y estuvo tres días leyendo el texto sin comer ni dormir. Al cuarto día y ya casi sin fuerzas, se bebió y comió todas las porciones de alimento que encontró en el piso de la habitación y que en su mayoría ya habían sido comida para las ratas. La falta de sueño sobretodo, empezó a afectarle la memoria y por temor de olvidarse de los conjuros cuando saliera del encierro, empezó a escribirse en el cuerpo algunas palabras claves que le recordaran fácilmente los procedimientos.

- Sangre
- Cuchillo sin usar
- Ave degollada
- Cordero blanquecino
- Dominio
- Inmortalidad

Esta última le impresionó tanto que empezó una nueva búsqueda en los textos restantes sobre cómo mantenerse joven, cambios de forma en animales y mantener la vida eterna o algo que se relacionara con la idea constante buscada por el hombre de detener el paso del tiempo, le horrorizaba volverse vieja y si la magia le brindaba la inmortalidad y la

juventud eterna estaría dispuesta a todo.

Según el libro, el iniciado debía estar dispuesto a realizar el ritual tal cual lo exigía el príncipe de las tinieblas, conocido comúnmente como el diablo, Belcebú o Baphomet. No sería fácil la comunicación y solo lo lograría si hacía que él atendiera a sus invocaciones. A Estela seguía llamándole mucho la atención la posibilidad de gobernar las mentes de otros y el no morir pero no podía evitar llenarse de miedo cada vez que pensaba que el iniciado debía estar dispuesto a darle su cuerpo y espíritu al señor oscuro para que este tomara posesión por completo.

Para realizar la iniciación era necesario que un brujo o la reina del Shabbath realizaran el ritual que llevaría al novato o neófito hacia la iniciación en las ciencias secretas. Esto significaba un problema para Estela que aún no había conocido a una sola persona que conociera sobre brujería o al menos tuviera idea de lo que le estaba pasando.

Era una época difícil y en el pueblo la gente le creía solo a la iglesia y más de uno la señalaba de loca mientras juraban que el sacerdote le había logrado sacar seis de los siete demonios que se suponen se habían adueñado de su alma y cuerpo. Según su vecina; la señora Dora Barreros la mujer más chismosa conocida en kilómetros a la redonda, el último exorcismo se le había efectuado a la muchacha acabados de cumplir los quince y durante una ceremonia a la que habían asistido solo algunos de los más respetados miembros del pueblo, la mamá de la muchacha y un extraño hombre de nombre Carlos. La señora Dora recordaba con detalle la ceremonia que había sido auspiciada por el padre Bocanegra y que había durado aproximadamente cuarenta y cinco minutos, luego de eso se había tenido que retirar porque su marido estaba en cama con fiebre y no supo más al respecto.

El detalle con el que la vieja contaba sobre un raro ritual que había sido llevado a cabo al día siguiente de su fiesta de quince y del cual no recordaba nada en absoluto, le hizo pensar a la muchacha que de alguna manera el sacerdote conocía más sobre las artes mágicas de lo que le había contado. En más de una ocasión le preguntó porque un sacerdote de la iglesia tendría alrededor de cien libros en los que de una u otra manera se trataba el tema de la brujería, a lo que generalmente el sacerdote contestaba haciendo referencia a un grupo de europeos que le habían donado los textos a cambio de que les permitiere quedarse durante una semana en la casa rural de la parroquia, la cual coloquialmente se conocía como el monasterio. Los tipos le habían donado doscientos libros para la biblioteca del pueblo y el párroco pensó que sería una muy buena forma de acercar a los fieles si trataba temas demoniacos fundamentado en las mismas historias contada por los protagonistas. La historia parecía convincente, ¿Para qué tendría un siervo de la iglesia uno o cien libros de

brujería, magia y ocultismo?

Estela dejó pasar el evento con el padre y decidió enfocarse en practicar varios de los hechizos y conjuros que había estado aprendiendo de uno de los libros de la Dra. Álvarez, que además de hablar sobre psicología y relaciones personales, tenía una amplia gama de libros de ocultismo donde contaba abiertamente experiencias personales que le habían cambiado la vida. No había vuelto a publicar desde el año 2014 y en su último libro, el cual había sido tildado como conspiranoico, había incluido algunas hojas de su diario original donde contaba haber sido iniciada en la brujería y haber matado un hijo suyo no nacido para cumplir con los parámetros de la orden.

La doctora fue puesta en manos de los mejores psiquiatras y especialistas en salud mental de las ciudades de Washington y Nueva York, su carrera se estaba yendo a pique y su representante había perdido millones de dólares en contratos y conferencias en los últimos tres meses. Fue alejada del público y en el 2016 apareció muerta en su casa en Hudson Square Nueva York, donde residía desde que su carrera empezó a tomar forma y se casó con un gran empresario de la gran manzana. Ese mismo año salió un libro inédito que según su publicista había escrito durante una época muy difícil de su vida que la llevo al auto destierro y el suicidio.

De eso ya habían pasado dos años, Estela se imaginaba siempre que Álvarez la podía haber guiado en su proceso de no ser por la decisión repentina de tomarse un frasco de pastillas para dormir y terminar en su cama muerta a las tres de la mañana y viendo desde donde sea que se pueda ver después de que uno ha muerto, a su familia rapándose una a una las posesiones por las que había trabajado tanto. Eso no le pasaría a ella, ya había sufrido demasiado encerrada en ese lugar y ya era hora de que las cosas se inclinaran a su favor. Jamás permitiría que la gente se enterara de su secreto y en cambio viviría una vida llena de lujos y poder entregados a ella por la magia y todos los secretos que celosamente guardaban los cientos de brujos y brujas vivas y muertas desde hace siglos.

Esa tarde durante la emisión del noticiero de las siete, vio una noticia que indudablemente le hizo pensar que Álvarez seguía con vida. En los libros de magia se hablaba de hechizos para cambiar de forma, edad y hasta levantarse de la muerte, además de la tan anhelada juventud eterna. Uno de los periodistas; entrevistaba a una mujer de unos veinte años, con cabello rubio y gafas oscuras de aviador, la mujer tenía golpes visibles en las mejillas y el costado derecho del cuello que decía le había propinado la policía cuando la capturó y le imputó robo a mano armada y asesinato en primer grado. Cargos que por supuesto Leslie Ramírez alias "la mona" como le decían en la televisión, negaba completamente.

Había sido capturada entrando a un banco con una especie de espada o lo que parecía serlo en la mano derecha, en la cámara de video del banco se veía a Leslie acercándose a la caja y solicitando al cajero la entrega de 10 doblones de oro que había guardado en su cuenta y mostrando la identificación de la fallecida Patricia Álvarez Ontario, (psiquiatra que había sido encontrada muerta unos meses antes en su casa en la ciudad), y vestida con la ropa con la que la mujer había sido enterrada. Un evento aún más extraño para las millones de personas que veían atónitos la noticia.

La mujer fue enjuiciada y sentenciada de sesenta años a cadena perpetua y tendría derecho a apelar ante un tribunal de justicia durante los dos siguientes años al juicio. El juicio duro casi un mes y fue transmitido por la televisión nacional y varios canales extranjeros. Las pruebas eran contundentes y la mujer sería encerrada por el resto de su vida a menos que aceptara haber matado a Álvarez y tratar de acceder a una pena más baja. La mujer de nacionalidad también colombiana pidió ser extraditada a su país para ser juzgada por un tribunal en la ciudad de Bogotá y en presencia de sus amigos y familiares.

Después de que manifestantes se presentaran todos los días durante los veintiocho días que duro el juicio alegando la falta a los derechos de Leslie como ciudadana extranjera, de pruebas contundentes y los más de diez casos de corrupción en los que estaban envueltos el juez y tres miembros del jurado, la corte de justicia no tuvo más remedio que anular el juicio vigente y repatriar a Leslie hacia Colombia y esperar a que en la ciudad capital se le realizaran las investigaciones y se culminara del caso.

La mujer no era como cualquier otra, aparte de sentirse identificada porque también era colombiana, Estela noto que las manos y parte baja del rostro de Leslie Ramírez, eran idénticos a los de la fallecida loquera y escritora. ¿Cómo podría haber sacado el cuerpo después de meses y que la ropa que vestía el día que la atraparon en el banco estuviera en perfecto estado, fuera idéntica a la de la occisa y con un brillo que normalmente se ve en las prendas nuevas? ¿Podría tratarse de una admiradora de Patricia queriendo hacer un homenaje robando un banco cualquiera en su nombre y vistiendo las prensas idénticas con las que había sido enterrada para dejar su memoria en el recuerdo del público?

Según le habían dicho a la prensa, Patricia había sido enterrada y a los pocos días había sido sacada de la tumba y cremada por petición de su mamá, un evento que causo mayor conmoción en la prensa y que fue documentado al menos en cinco de los más publicitados periódicos del mundo. Este hecho hacia menos probable que se tratara de una exhumación o profanación del cadáver y el uso posterior de la ropa que lógicamente después de meses, estaría roída por los bichos y descolorida

por el paso del tiempo y el exceso de tierra.

Lo único que quedaba y parecía sacado de la ficción pura, era la posibilidad de una transformación de su cuerpo en una persona más joven y con rasgos totalmente diferentes que le sería imposible reconocer incluso a sus propios familiares.

La doctora Patricia se había tatuado un búho negro en la espalda cuando terminó la universidad y lo había dejado consignado en su libro autobiográfico "*endulzamiento*"; un libro donde relataba varias de las experiencias extrasensoriales que había tenido y por lo que según su manager y exesposo, la mujer había decidido quitarse la vida. El búho había sido dibujado a la perfección mientras ella se miraba en el espejo de la habitación principal y aunque en el libro el dibujo estaba al revés, se alcanzaban a notar dos detalles que a Estela le parecieron únicos.

Los ojos del animal habían sido dibujados uniendo las figuras de siete animales distintos de los cuales Álvarez había escrito en su único libro ganador de un Best seller "*El inicio de todo*" que más que dejarle un premio en la repisa, la catapultó a la fama y fue ahí precisamente donde llegó a niñas como Estela que simplemente buscaban respuestas y sin dudar el libro de la psiquiatra graduada en ciencias ocultas de la mente y otras artes les dio todas las que necesitaban. Como queriendo mostrar en su tatuaje muchas de las cosas de las que hablaba en los libros, dejó un escrito en el ala derecha del animal en una lengua muerta hablada por los pueblos antiguos Celtas conocida como galés.

La inscripción escrita de derecha a izquierda decía: "*Oh, tú el más sabio y hermoso de los ángeles, Dios traicionado por la suerte y privado de alabanzas. ¡Oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria!*" El tatuaje llevaba además una insignia en la que dentro parecía estar escrita la palabra bruja en latín "*saga*" y una figura de serpiente de cabeza y cola. El tatuaje de un búho podía ser fácilmente de los tatuajes más populares y comunes entre las personas que habían decidido marcarse la piel con este arte e incluso la figura que Patricia se había hecho en la espalda era bastante similar en varios aspectos a los encontrados en internet, sin embargo los detalles que eran más que evidentes en el diseño de la doctora y la inscripción que cuidadosamente también había incluido en su primer y último libro dejaban muchas dudas sobre si la mujer que pronto llegaría a Bogotá y sería juzgada por hacerse pasar por la supuesta bruja, tendría el mismo tatuaje en el omoplato izquierdo.

La acusada llegaría en tres días y mientras Estela preparaba todo en su búsqueda personal, seguir con sus planes de escape e intentar conseguir una maestra para el importante ritual a tiempo, tendría que sacar el tiempo necesario y una excusa convincente para visitar a la reclusa y comprobar que según Estela, era la misma Patricia transformada por el poder de lo oculto y además la mujer perfecta que había estado buscando

para elaborar el rito de iniciación.

Copyrighth / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 24

Capitulo 24

Suerte roja

La noche transcurrió con cierta calma, las luces se apagaron antes de la media noche y Valentina trato de conciliar el sueño mientras las palabras de la mujer todavía le burbujeaban en el estómago. Siempre había sido una escéptica, su vida había estado dominada por lo que culturalmente se considera como el plano físico, aquello que se puede ver, tocar y oler, no pensaba ni por un momento que lo que estaba ocurriendo fuera algo real, más bien estaba segura que desde hace horas su mente divagaba y solo era cuestión de esperar a que todo se detuviera.

No recordaba nada de lo que había sucedido antes de ver a Pamela en el asiento delantero del carro, incluso la forma en la que había logrado llegar a la habitación le era ajena en los recuerdos.

Entre tanto silencio una súbita explosión de sonido inundo todo el sitio, por un momento se sintió incapaz de ubicarse en el espacio exterior o de siquiera reconocerse en un espejo, había entrado en una especie de trance y fue entonces cuando una mujer abrió furiosamente la puerta con lo que coloquialmente se conocía como *terrón de azúcar* y antes de colocarlo delicadamente sobre la punta de su lengua, le ato los pies y las manos.

Algo sobrenatural estaba sucediendo frente a sus ojos y en ese momento le fue imposible diferenciar lo que era real y lo que muy seguramente estaba sucediendo solo en su imaginación. No era la primera vez que le sucedía, antes del secuestro Valentina había tenido algunos episodios extraños y que causaron revuelo en la familia cuando apenas era una niña pequeña. Cuando tenía siete años, uno de sus amigos imaginarios, que en total eran cinco, trato de incendiar su casa con su madre y su abuela dentro, su padre había salido temprano esa mañana pero tuvo que

devolverse a la casa cuando recibió una llamada de una mujer que le avisaba sobre un accidente que estaba a punto de pasar y en el cual morirían su esposa y su hija.

El papá de Valentina también era un escéptico, desde muy pequeña se acostumbró a escucharlo hablar desparpajadamente sobre las creencias que denominaba estafalarias pero ese día sintió algo extraño en el pecho que lo obligo a devolverse.

Su madre en cambio creía que la magia estaba en todo y que tenía el poder de crear o destruir según el uso que se le diese. Para ella más que un accidente, Valentina había sido el objetivo de un espíritu, posiblemente el del rebelde del bisabuelo Macario, un tipo que había trabajado en la finca cuando ella era una niña pequeña y que realizaba actos de brujería en la cornisa de su habitación y que la niña veía en cosas demasiado extrañas cada vez que salía la luna llena. Nunca dijo nada sobre la afición de Macario o del inmenso temor que al ir creciendo le producía mirar al hombre invocando espíritus y realizando actos que el solo recordarlos, producían en su cuerpo miles de escalofríos.

Su madre fue más indulgente con ella, su papá en cambio le dio una paliza esa misma noche y le dejó claro que no se mencionaría más la existencia de amigos imaginarios o cualquier cosa que tuviera relación con eso, además de amenazarla con mandarla a un internado si seguía con esa zarta de estupideces. A pesar de las golpizas, la niña continuó asegurando por años que ella no había causado el incendio y que en realidad lo había perpetuado "gato"; un niño de unos ocho años que se le aparecía todas las noches.

.....

El papelito o terrón de azúcar tenía un sabor amargoso y un tanto desagradable. Minutos después de haberlo consumido se le adormecieron las manos, la cara y finalmente las piernas y no le quedó más remedio que tirarse al suelo porque le era imposible soportar el peso de su propio cuerpo.

Desde ahí veía como algunas de las personas presentes parecían flotar en el aire y adentrarse en unos círculos multicolores que giraban sin parar, luego de eso, empezó a sentir mareo y una sensación de estar perdiendo el control de todo, además de una necesidad de reírse a carcajadas.

Hace años había escuchado en un programa de la BBC, que los efectos del LSD y otros componentes de los ácidos incluían; alucinaciones, distorsión del tiempo, alteraciones de la percepción en general, intensificación de los sentidos, entre otros. También que podían durar incluso doce horas y que

podían producir desde la dilatación de las pupilas, aumento de la temperatura, la frecuencia cardiaca y la presión arterial hasta efectos psicológicos que eran más conocidos como "viaje".

Tenía que ser, eso era lo que Ricardo Santos, un amigo del colegio vendía en el recreo y camuflaba entre los bombones con chicle, las empanadas mixtas y el especial del día; unos dulces de anís maravillosos. Había sido la primera vez que se había embriagado sin probar una gota de licor. Esas papeletas pasaron a ser la sensación en la entrada del colegio, Ricardo decidió venderlas sin reparo después de que el rector decidiera expulsarlo al descubrir lo que le vendía a los estudiantes durante sus tiempos de ocio. Para completar la osadía finalmente se ligó a la hija del tipo y monto varios videos pornográficos donde la muchacha mostraba más que sus dotes histriónicas.

Las papeletas eran bastante llamativas, contenían dibujos varios que a Valentina le parecían curiosos y hasta excéntricos, le gustaba coleccionarlos y varias veces le había pedido a Ricardo que le regala alguna que otra "fichita" como le llamaba para dibujarla y añadirla a su larga colección de "esperpentos".

...

La alucinación se hacía cada vez más severa, ahora le era imposible identificar los rostros de las personas o diferenciar las figuras, una serie de caras distorsionadas que bailaban frente a ella en una habitación gigante al ritmo de una preciosa melodía de gaitas mientras ella trataba de recordar como bajarse del cielo con *Lucy y los malditos diamantes*.

Una orgia sin precedentes empezaba a sucederse entre todos los asistentes a la extraña fiesta.

Valentina estaba completamente extasiada, sin dudarlo se quitó la ropa y se lanzó en los brazos de uno de los hombres más hermosos que había visto y se entregó a este con total desenfreno.

El acto fue lujurioso de principio a fin, después de horas ella seguía sumergida en una depravación que le había hecho cometer actos pecaminosos de los que jamás se consideró capaz. Se vio a sí misma envuelta en un ritual, en una extraña manifestación de otros mundos que definitivamente no podía estar ocurriendo. Estaba aterrorizada, por un momento había sido presa de las pasiones humanas más bajas y cómplice directa de vejámenes que estaban completamente en contra de sus creencias y su sentido moral.

Tenía que dar aviso a la policía sobre lo que estaba sucediendo en la casa, ya había intentado escapar una vez pero como si no pudiera evitarse, término metida nuevamente en ese lugar y esta vez haciéndose partícipe

de un ritual sangriento y decadente.

Una de las mujeres presentes esbozo un par de palabras y de repente todos dejaron de lado lo que estaban haciendo para escucharla atentamente. Valentina supuso que era la líder y que sería de gran importancia concentrarse y escuchar a fondo lo que estaba a punto de decir.

La mujer se dirigió al grupo de personas que en ese momento llegaban casi a las trescientas.

Un hombre blanco como de treinta y tantos subió a un improvisado altar que varias mujeres y hombres habían preparado en el centro del salón. Una de las mujeres desnuda sobre una de las mesas, se levantó, le vendó los ojos al hombre que tranquilamente le devolvió el favor cortando una de sus muñecas y dejando caer su sangre en uno de los tres recipientes. La acción se repitió con doce hombres más, cada uno atado en el altar, desnudo y a la merced del improvisado aquelarre.

El hombre se paró mirando hacia el norte, abrió las manos y estas le fueron cortadas en las palmas dejando que su sangre cayera en un pequeño recipiente que estaba debajo. El líquido le fue pasado uno a uno a los doce hombres que le rodeaban en una especie de ovalo. Todos bebieron del recipiente mientras que el hombre se retiraba despacio con la ayuda de un artefacto puntiagudo la venda que le cubría los ojos.

Marcos Álvarez Sanabria, era el nombre del hombre que miraba fijamente al público y que durante ese semestre del año había encabezado las encuestas televisivas para la presidencia del congreso. Valentina lo había visto un par de veces en televisión mientras hablaba de recortes de presupuesto y una que otra reforma que salvaría al país de una recesión. El tipo había sido portada de las revistas más importantes del país y era considerado uno de los hombres más ricos de Latinoamérica según la revista Forbes.

Valentina lo recordó de inmediato, la noche anterior al secuestro, Antonio y ella habían estado viendo un programa de farándula donde se le realizaba una nota especial por la serie de eventos de carácter filantrópico que el congresista había realizado desde el año 2015. "Un buen samaritano" "Un líder nato" y otros sobrenombres con los que la conductora del programa había decidió "bautizarlo".

Su historia política había estado llena de muchos "baches" a causa de innumerables pruebas que dejaban al congresista muy mal parado frente al electorado. Desfalcos y robos del presupuesto local eran situaciones que mucha gente acostumbraba ver en las noticias todo el tiempo, sin embargo el hombre había sido acusado no solo de desfalcar los recursos de la nación sino de participar en reuniones secretas donde según testigos

frecuentemente existía presencia de menores.

El diputado paso por un corto proceso que culminó con el cierre del caso por falta de pruebas y se presentó una acusación de oficio por calumnia y difamación hacia la fiscalía, la cual termino exonerando al funcionario y llevándolo a encabezar las elecciones.

Valentina estaba simplemente perpleja, durante semanas había creído firmemente que todo se trataba de un mal sueño, una experiencia por drogas o incluso una recaída desde su reclusión en Montesano. Solo había cuatro personas que sabían sobre los siete meses que había pasado en el pabellón II y solo uno de ellos había estado presente desde el secuestro hasta entonces.

Eso la llevo a pensar en primera instancia que Pamela había orquestado todo eso desde el momento en que se conocieron en el sanatorio y que había sido ella la gestora del auto secuestro y su desaparición. También podía haber sido el mismo Maximiliano llevado por la ambición y la necesidad de participar en cuanto negocio turbio se le atravesara por el camino.

No solo se trataba de un secuestro, la presencia del político además de las cientos de cosas extrañas que estaban sucediendo le dió a pensar miles de posibilidades, incluso que Antonio había sido capaz de entregarla a esa mafia con tal de congratularse con Maximiliano y subir de categoría.

La cabeza le daba vueltas y las cartas ya habían sido puestas sobre la mesa, ya no estaba bajo el efecto de ninguna sustancia o en estado de indefensión atada y sumisa en un cuarto oscuro y en definitiva el asunto no era ni vagamente producto de su imaginación.

Necesitaba respuestas pronto y sin pensar demasiado y producto de lo que muchos llaman epifanía, supo en ese momento quien le podría aclarar un poco el panorama.

Copyrigtyh / 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 25

.....

El lector

Nunca pensé llegar a este momento, pero si no consigno los eventos que están sucediendo, es probable que mañana lo haya olvidado todo. Si alguien lee esto y logra llegar a mí antes de la última luna llena del año, espero logre descifrarlo antes de que esto nos termine por matar a todos.

Copyrigh / 2006014216244

Derechos autorizados

Capítulo 26

Capítulo 25

El loco

Agosto 25 de 1995

Durante las lecturas he estado muy atento, estoy muy concentrado en cada detalle como la doña me dijo, los movimientos de los labios y la pronunciación de las palabras para tratar de encontrar el código oculto y la marca del amuleto sagrado. La tarea se me está complicando un poco, el lector ya no tiene fuerzas después de tres días sin probar bocado y yo francamente, ya me estoy cansando de seguir instrucciones.

El hombre y yo llevamos días conviviendo, se ha vuelto un placer para mí escuchar sus historias inverosímiles plasmadas en los libros sagrados que tan celosamente había guardado por años. El lector parece ser un hombre de confianza, algunos creen que lleva siglos siendo el guardián de los libros y que de una forma u otra, eso le había permitido mantenerse con vida por tanto tiempo.

Cada día de la semana me lee un texto diferente, un pedazo de relato que parece al oído inofensivo pero que según el conocimiento que he podido adquirir en los últimos meses, me dice que es seguro que contenga una parte del amuleto al menos y parte de su contraseña.

La historia sobre una simpática gata siamés que escribió un libro, la señora *Fifí bigotesgrises*; una historia donde un monje tibetano llamado Lobsang Rampa dijo haberse conectado telepáticamente con su gata quien termino escribiendo el libro, fue la que más me gusto de las que me leyó hoy pero todavía no logro entender como el maldito código podría estar encriptado en esta historia tan fantasiosa.

Copyright / 2006014216244

Derechos autorizados

Capítulo 27

....

28 de Agosto de 1995

El tipo me ha leído esa historia tres veces esta semana, ya casi me la aprendo de memoria. Realmente siento que piensa que soy el hombre más tonto del mundo, cada día le cambia una parte a la historia y le agrega un nuevo personaje. Yo por supuesto que me he dado cuenta de cada una de las tretas de este lector de pacotilla pero no le digo nada porque debo hacerlo pensar que me tiene confundido para cuando por fin se descuide, yo acceda directamente al número.

El día se me ha pasado bastante lento, el lector ha dormido por horas y la doña me ha estado presionando con revelar mis indiscreciones sino consigo dar con el libro donde se encuentran las siete estampas; siete figuras geométricas que al unirse darían la forma al amuleto y el poder absoluto a quien logre decodificar el código que esconde. Si pudiera tener el código, solo ese número de seis cifras podría resarcir el daño.

Todavía debo entender de lleno como funciona, he escuchado que si no tengo la fuerza suficiente, el amuleto terminaría destruyéndome y apoderándose de mi cuerpo, si eso sucede no podría ... creo que todavía no estoy listo para escribir sobre algo que desconozco demasiado, podría caer en manos peligrosas y ahí entonces se acabaría todo.

Debo ser cauteloso, el lector está cerca de levantarse y esto es lo único que no puede leer en todo este arrume de libros viejos, amarillos y malditos.

Copyright 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 28

....

29 de agosto de 1995

Hoy le pregunte al lector con cierto temor sobre los rumores de que varios de los libros habían sido ofrecidos al diablo. Soy un muchacho que está llegando a sus veinte y me preocupa que me esté involucrando con una cuerda de locos satanistas.

Trate de que no se me notara el temblor en la voz ni en las rodillas, por si las dudas llevaba el escapulario del divino niño que mi abuelito me regaló hace años y que a escondidas he llevado colgándome en el cuello para sentirme protegido.

El tipo no me contestó, cambio la conversación y entonces me empezó a contar sobre uno de los libros que según él le habían marcado la vida. Las pupilas se le pusieron más grandes y por un momento me pareció ver en ellas un brillo extraño y un color rojizo que le inundaba la esclerótica.

El nombre del libro me hizo recordar las historias de Arturo y los caballeros de la mesa redonda, un nombre bastante peculiar para un texto que según sus palabras lo había remontado a otro mundo. Excalibur; la espada del rey Arturo, era el nombre del texto que según me dijo contenía información secreta que solo podía ser decodificada por algunos pocos y al que él había tenido acceso desde que era muy joven.

Ya casi está anocheciendo y el nombre del libro me dejo pensando, no encontré nada parecido en la biblioteca y tengo el presentimiento que este podría contener parte del amuleto sagrado. He escrito toda la noche sobre lo que me ha contado y creo que no dejaré mucha información sobre este tema porque temo que alguien más pueda rastrear el libro y dar con su paradero.

Según el lector, el libro no fue publicado pero el conocimiento que contenía le fue compartido solo a un selecto grupo de personas. Después de eso no dijo una sola palabra más, se tumbo sobre la cama y mientras dormíamos decidió dejarme en la almohada una pequeña advertencia.

Las hojas que mencionaban algo sobre el extraño libro fueron quemadas sobre la cabecera de mi almohada y cada uno de las hojas de mi diario, quemadas en las puntas como un mensaje de lo que podía pasar con

ellas.

Capítulo 29

....

Agosto 30 de 1995

Hoy el tipo no ha querido leer absolutamente nada, esta cabizbajo y apenas comió algo del pan con avena que le mandaron de afuera, se la ha pasado escribiendo símbolos en un cuaderno deshojado que estaba aquí antes de que yo llegara. Yo ya me encuentro exhausto, creo que el tipo lo está notando y lo disfruta. Me mira fijamente por minutos y francamente creo que no es más que un pobre loco que quien sabe a qué cantidad de vejámenes ha estado expuesto y que al final no me dará sino dolores de cabeza.

Ya son casi las tres de la tarde y la doña mando por mí para darle información sobre el maldito amuleto, uno de sus matones me está esperando en la puerta y tiene cara de pocos amigos. Estoy escribiendo mientras me observa, no sé cuánto tiempo me quede y de verdad espero que estas frases no se conviertan en mis últimas palabras.

Copyrigh / 2006014216244

Derechos autorizados

Capítulo 30

Capítulo 26

—Tengo la noticia que estábamos esperando jefe. He estado buscando a estos tipos por más de dos meses y parece que hay un posible informante que tiene información sobre lo que le paso a Hilda Gutiérrez.

—Dice que se encontró un cuerpo más o menos por esa fecha y que unos hombres vestidos con túnicas lo golpearon muy fuerte y se llevaron el cadáver de la muchacha.

—Las evidencias coinciden del todo jefe, el tipo puso una demanda unos días después de la desaparición de la muchacha y luego se le reporto como desaparecido casi por siete meses. La familia fue interrogada pero nadie sabía sobre el paradero del hombre. Según la versión inicial, tuvo que esconderse todo ese tiempo porque le advirtieron que si se contactaba con alguien lo iban a matar.

—Según los archivos, en el lugar se encontró un suéter color caqui que llevaba puesto el día en que desapareció y una cadena de oro golf que tenía dibujado un pentagrama.

—La mamá de la victima dijo que la noto rara todo el mes y que durante casi un año había estado visitando según ella, una iglesia donde según la madre un sacerdote le había practicado varios procedimientos que estaban haciendo que su enfermedad desapareciera, la señora muy devota del divino niño y la virgen del Carmen le creyó a la muchacha e incluso llego a enviarle limosnas al párroco que dijo nunca pudo conocer, porque su hija se negaba a que otra persona interviniera en el proceso.

—Todo se está aclarando Fernández y esta es la oportunidad de coger a esos hijueputas.

Las evidencias se habían perdido durante el proceso y el agente encubierto Ángel Pérez había estado tratando de recolectar evidencias con la ayuda de su supervisor Macario Fernández; un ex agente antidrogas que había sido degradado por comprobársele una estrecha relación con

uno de los mafiosos mas importante de la ciudad de Cali.

Este caso era lo que necesitaba para que lo dejaran en paz y recuperar su prestigio.

Fernández había encontrado un tipejo que estaba dispuesto a hablar por poca plata y que posiblemente los llevaría al grupo de asesinos que según parecía, pertenecían a una especie de culto urbano de adoración al demonio.

...

El muchacho estaba parado en la estación esperando a que Fernández saliera y empezara con la entrevista, a plena vista se le notaba el nerviosismo, la forma en que la taza de café que tenía en las manos le bamboleaba de un lado al otro casi cayéndosele encima y dejándole gotas del líquido por toda la camisa, denotaba que el hombre estaba escondiendo algo.

—Me llamo Adrián Hernández Valencia, tengo veinticinco años y vivo en el barrio La candelaria de la ciudad de Bogotá. Fui acolito y coordinador de eventos de la iglesia Santo Cristo en el barrio Ricaurte durante cinco años y en este momento me encuentro prófugo de la justicia porque se me acusa de haber asesinado al cura Nicolás Sarmiento párroco de la misma iglesia.

El muchacho no paro de hablar por más de dos minutos mientras la secretaria tomaba nota de la declaración juramentada y anexaba los documentos al caso numero 000234, el caso del *vampiro*.

—Yo vi cuando los tipos se la llevaron, uno que tenía un tatuaje en el brazo del dios griego Prometeo con una llama en su mano, me pateo el estómago con fuerza y como pensó que me había dejado inconsciente decidió dejarme botado en la parte de atrás del parque de los novios. Me repuse rápido, durante muchos años practique boxeo y estaba acostumbrado a que me arrojaran a la lona.

—Mientras los tipos se llevaban a la muchacha, yo los observé de lejos y me escondí detrás de una tienda que estaba cerrada a esa hora tratando de que no me vieran y poder ver exactamente a donde la llevaban. No crea que no sentí miedo, me temblaban las piernas y creo que sentí algo de orina que me goteaba en los calzoncillos, pero aún así continúe siguiéndolos por unas tres cuadras arriba.

Sus dientes rechinaban mientras lo decía.

—Necesito que si me pasa algo...

El agente paro un momento y le ofreció un cigarrillo, le pidió que se calmara un poco y le ordeno un vaso de agua para que recuperara el aliento. El muchacho estaba muy pálido y sudaba profusamente como si estuviera gravemente enfermo.

— ¿Se siente bien muchacho? Lo veo muy pálido y siento que le está faltando el aire.

El tipo había llegado corriendo a la estación después de que Pérez se pusiera en contacto con él y le pidiera se acercara para dar su versión de los hechos. Como era de esperarse le ofreció protección y le prometió un juicio justo en el caso del asesinato del párroco.

—Señor agente no me estoy sintiendo bien y necesito que me escuche rápido y luego me lleve al hospital más cercano para que me atiendan — le dijo.

No pasaron ni cinco minutos y entonces Adrián empezó a convulsionarse en el suelo arrojando por la boca una babaza negruzca y unos bichos blancos y largos parecidos a gusanos.

—Es mejor que llevemos a este *chino* al hospital jefe porque no quiero que termine muerto en la estación y nosotros terminemos siendo los responsables. Fernández lo alzo con ambos brazos y lo metió en la camioneta, no era la mejor hora para tener una emergencia semejante, la calle séptima estaba completamente colapsada y les faltaban más de veinte cuadras para la cincuenta y una con trece. El muchacho no se le podía morir en turno y menos en su supervisión, eso sería el final de su carrera.

Eran las cinco de la tarde, el muchacho mostraba cada vez más signos de hipoxia y fue entonces cuando Fernández decidió llevarlo a un lugar poco convencional que había conocido cuando era pandillero. Pocos conocían su complicado pasado y las razones por la que había terminado como agente encubierto de la policía y luego ocupando varios puestos de alto rango en la B.W.

El único recuerdo que todavía conservaba sobre esos días; los zapatos púrpuras, descansaban en un lugar de la casa que solo él conocía. Era la primera vez que pensaba en las siglas en doce años.

Pérez estaba demasiado angustiado como para contarle que llevarían al muchacho a un lugar donde se encontraría con fenómenos que le serían imposibles de entender y con los que él hace mucho no se enfrentaba. El camino se hacía eterno y el muchacho todavía inconsciente, respiraba cada vez más despacio y el miedo de que se les muriera y verse

involucrado en esa mierda los sacaba de sus casillas.

Llegaron a lo que de afuera parecía una librería, *la luna roja* era el nombre que resaltaba entre las charcuterías, carnicerías y uno de los colegio de mongas más prestigiosos de la ciudad hace unos años atrás.

— Mi mujer hizo todo el bachillerato en ese edificio que ahora parece estar abandonado, nos veíamos tres veces por semana y apenas nos quedaba tiempo para darnos un par de besitos y hacernos arrumacos y para que ella me contara que su mamá le seguía diciendo que fuera monja. Toda una aventura — dijo.

—Excelente relato Pérez — dijo el agente con voz mal entonada, pero necesito que se concentre y me ayude a bajar al muchacho. Siga derecho hasta la librería, empuje suavemente la puerta y deje que sea yo el que hable en todo momento. En los ocho años de estar trabajando a su servicio, Pérez nunca lo había visto tan descompensado.

El lugar estaba bastante tranquilo, una pila de libros organizados alfabéticamente sobresalían en una serie de columnas ubicadas a ambos lados de la habitación y un olor a incienso y hierbas aromáticas inundaba todo el lugar. Una mujer vestida de blanco hizo sonar una cortinilla de bambú que estaba ubicada en la parte de atrás de la vitrina. Fernández se acercó rápidamente y le dejó en los brazos al muchacho que tenía los labios morados y le temblaban todos los músculos.

Pérez estaba bastante asustado, llevaba dos años estudiando criminalística y le faltaban tres para recibirse como médico forense pero hasta ahora no se había sentido tan vulnerable. No era momento para cagarse del susto y darle la razón a Fernández que llevaba años recriminándole su falta de astucia y valentía.

La señora se acercó en una forma muy familiar y le dio un tierno beso en la mejilla a Fernández como si lo conociera de años, le pidió a Pérez que acercara al muchacho a la vitrina y luego se adentraron por una puertita de madera ubicada entre las esencias florares y los cientos de velas de colores que le daban un aire de misterio.

—Por teléfono me dijiste que este muchacho era un informante ¿Verdad Macario? — dijo la anciana tocándose la cabeza.

—Si vieja — dijo Fernández con un tono de respeto que no se le había escuchado en años.

— El muchacho estaba a punto de contarnos sobre como ubicar al asesino y ahí fue cuando se cayó y empezó a botar baba por la boca.

— ¿Y a qué vienen tantas preguntas?

— Necesito que me lo sanes vieja.

La mujer les pidió a los agentes que subieran al muchacho a una plataforma de dos metros de largo y que estaba a unos veinte centímetros del suelo.

— Haré lo que se pueda Macario pero no te prometo nada. Me temo que este muchacho fue conjurado con magia negra y no sé si la contra que le estoy haciendo funcione para algo.

— ¿Magia negra? ¿Conjuro? —Pensó Pérez mientras trataba de que Fernández y la anciana no notaran el sudor frío que le bajaba por las patillas.

La mujer se cubrió la espalda y la cabeza, tomo dos velas; una de color marrón y otra verde y las encendió colocándolas a cada lado del muchacho que había sido rodeado con muchas flores.

—Mmm, necesito que me alcances dos espigas de incienso de la trastienda, una debe ser de opio y la otra de amapola. Pérez no entendía una sola palabra de lo que le decía, sin embargo le pudo más el susto y salió corriendo con rapidez hacia la trastienda para traer los elementos.

La bodega estaba llena de todo tipo de artefactos, insectos y animales guardados en conservas de vidrio como encurtidos pululaban por todo el lugar y libros de magia y hechicería ubicados en la parte alta de la estantería, acompañados de lo que desde abajo se veía como huesos humanos y órganos.

Entre tantas cosas se le estaba dificultando la búsqueda de las espigas, ni siquiera estaba seguro de cómo se veía una espiga de incienso y como podría diferenciar la de opio o la de amapola. Sin que supiera como, las benditas espigas le aparecieron en frente como si fueran ellas las que lo hubieran estado buscando. Sin pensarlo dos veces cogió las dos primeras en la fila y se apresuró a salir para entregárselas a la anciana.

Cuando regreso, sobre el altar Fernández estaba poniendo una cebolla y un ajo y estaba esparciendo sobre Adrián unas hojarasca verdes secas, la anciana le tomo la mano y luego de quemar una de las espigas empezó a decir en voz alta:

“Padre celestial, en el nombre de tu hijo, nuestro señor Jesucristo, te doy gracias por los bienes y dones recibidos, te pido perdón por mis múltiples fallos y errores, y solicito tu intervención, ayuda y protección para que

sanes a Adrián. Amen".

Seguida de dos respiraciones profundas unas palabras que darían preámbulo a lo que estaba a punto de suceder:

"Padre celestial, en el nombre de tu hijo, nuestro señor Jesucristo, te doy las gracias por ayudar, proteger y sanar a Adrián, solicito tu perdón para sus múltiples fallos y errores, y te pido que este ritual llegue a buen término, si es correcto, bueno, positivo y está dentro de tu voluntad"

—El ritual se ha completado por hoy, el muchacho debe quedarse conmigo hasta que la próxima luna llena se haya manifestado y en su presencia debemos realizar dos veces más el mismo procedimiento.

—En caso de que no funcione, tendremos que hacer lo que has estado evitando por años — dijo la anciana mirando a los ojos a Fernández.

En la cara del agente se dibujó una extraña mueca y unas gotas de sudor se le dibujaron en la frente, seguido a esto, le pidió a Pérez que se retirara a su casa.

Después de eso y pasados trece meses y catorce días, no se le volvió a ver ni en su casa, por la comandancia o en sus alrededores.

Copyrighth 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 31

Capítulo 27

Abracadabra

Estela decidió esperar en el aeropuerto el arribo del vuelo 747 proveniente de la ciudad de New York y no perderse ningún detalle de la llegada de la supuesta bruja. Habían pasado dos semanas desde que planeo con detalle que ella y la mujer misteriosa tuvieran un encuentro casual y estaba ansiosa por que se diera el evento.

La mujer apareció, estaba vestida con un hermoso vestido color negro y como había visto en televisión, el tatuaje del búho se alcanzaba a ver entre las tiras delgadas que le colgaban de los hombros, era realmente hermosa. Estela sintió una gran conexión de inmediato y desde que se ubicó en el *baggage claim* hasta que salió por la puerta no le quitó los ojos de encima.

Era una oportunidad única, Estela estaba segura de que esa jovencita era nada más y nada menos que la doctora Patricia Álvarez, quien ahora habitaba ese cuerpo y por alguna razón había fingido su muerte.

Afuera del aeropuerto la esperaba un carro antiguo. El chofer, un tipo bastante mayor salió del automóvil haciéndole una serie de señas a la mujer que parecía tratar de no ser reconocida. Estela abrió la puerta trasera y se deslizó suavemente sobre el asiento, era bastante menuda y delgada y le fue simple ocultarse sin que se dieran cuenta.

La casa era más convencional de lo que Estela se hubiera imaginado, dos pisos, un vecindario cualquiera en los suburbios, una muchacha de servicio esperando en la puerta y un perrito caniche llamado Tobi. Luego de saludar al perro y a la muchacha, el chofer parqueo con cuidado en un pequeño garaje lleno de cachivaches, no era lo que esperaba; linternas, una aspiradora de los años sesenta y un cofre de madera con un candado gigantesco. Para su suerte, el chofer olvidó cerrar el carro y Estela aprovechó el momento para salir sin hacer demasiado ruido.

Era claro que quería pasar desapercibida, su casa estaba llena de objetos viejos e inservibles que por supuesto no usaría una bruja con poderes semejantes. Tenía un perro y muchas fotos familiares colgadas a lo largo de una escalera que daba al segundo piso, una vida común como la podría llevar cualquier oficinista de la ciudad oscura.

Las fotografías habían sido alineadas por orden cronológico y en cada una de ellas, la mujer a la que había estado siguiendo por días, aparecía. En las fotografías se podía encontrar la creme de la creme; cantantes y actores famosos, políticos de varias naciones del mundo y personajes que según la opinión pública hace años que habían pasado a mejor vida.

Al terminar la larga lista de fotos, una pequeña mesita de cedro color caoba. Sobre ella; el libro del satanista, el decálogo del brujo.

....

Todo estaba en calma, había un silencio absoluto en la casa como si en realidad no estuviera habitada por seres humanos. Estela tendría tiempo de sobra para averiguar todo lo que necesitaba saber al respecto, el libro sobre la mesa sería su primera llave de entrada. En la contraportada del libro el siguiente párrafo; *"A través de las ciencias ocultas, Satán ofrece toda clase de poderes y la posibilidad de dar rienda suelta a todos sus deseos, incluso aquellos de gran perversidad que habiten en su corazón"*.

Dra. Patricia Álvarez Ontario

Estela siempre había sido una niña devota de la virgen, el niño Jesús y el sagrado corazón, herencia directa de sus padres que no habían dudado en enseñarle todo lo que había que saber para que su alma fuera salvada de los infiernos. Ahora sin pensarlo ni saber el motivo, ante sus ojos se mostraban ante ella caminos diversos y tan distintos a lo que hasta el momento había conocido que sin darse cuenta se metió de lleno en la lectura del texto hasta entrada la madrugada.

Se quedó dormida, un ruido fuerte hizo que se levantara de golpe, el libro estaba tirado en el suelo y un fragmento de vidrio redondo que posiblemente estaba adentro quebrado en ambas partes. Definitivamente estaría en problemas si Patricia se levantaba y la encontraba con el libro.

Ella no parecía ni de cerca una satanista, una mujer oscura adoradora del diablo y autora de barbaries con animales, vírgenes y niños como le habían contado. Todo lo contrario tenía una hermosa casa en la que cada cosa parecía estar en su lugar, un sitio donde se sentía mucha paz y además contaba con la compañía de un perrito caniche muy dulce y un

gato de nombre Mayo.

La semana había transcurrido y Estela parecía no decidirse a hablar con la mujer que salía todos los días a las ocho de la mañana y regresaba del trabajo pasadas las cinco. Su alacena estaba llena de dulces y galletas, además de todo tipo de legumbres, granos y cereales. Todo un sueño para la jovencita que había tenido que vivir con muchas privaciones y una familia controladora.

La doctora no parecía una mala persona, durante los siete días en los que había estado conviviendo con ella, Tobi y Mayo, había visto con mucho gusto, el cuidado que tenía con sus plantas y animales, además de una fijación por la luna, las velas aromáticas y los libros de magia. Hábitos bastante ajenos a los que su familia y ella habían tenido por años.

El día en que la luna se llenaba por completo había llegado y sería el momento perfecto para revelarse a la mentora. Sería breve en su presentación y le pediría amablemente que le enseñara sobre la magia y las artes mágicas y la iniciara como hechicera. La doctora estaría sonriente y dispuesta como la mayoría de los días en que se tomaba un café negro y se sentaba por horas a conversar con Mayo y Tobi sobre los planes que tendría para la semana siguiente. Todo sería perfecto.

La noche llegó más rápido que de costumbre, Estela se había puesto la mejor ropa y se dispuso a presentarse a la hora de la cena. Llevaba consigo un pastel de frutas, que había escuchado días antes, era de sus favoritos. La doctora llegó un poco más temprano ese día, se alisto un baño caliente y decidió irse a la cama sin pasar a saludar a los animalitos que la esperaban en la parte alta de la escalera. Se tomó una bebida caliente y se sentó en un pequeño balcón en el que se podía ver una inmensa luna. Con una voz calma llamo a Mayo y a Tobi y los sentó a cada lado.

Estela esperaba inquieta detrás de la puerta el momento preciso para salir y de alguna manera evitar que la mujer pegara un grito, llamara a la policía y todo su plan se fuera directo al caño.

Mayo se había quedado dormido en el regazo de la doctora y cuando Estela salió detrás de su escondite, el gato le salto encima como poseído por mil demonios. Patricia se abalanzo sobre el animal y se lo quito a la adolescente que temblaba del susto.

— ¿Quién eres tú? Le dijo la mujer tratando de calmar al animal que estaba como enloquecido.

—Mi nombre es Estela Arredondo, le dijo la adolescente esquivando

nuevamente los arañetazos de Mayo.

—Sé que usted no me conoce pero necesito con urgencia que me ayude doctora.

—No sé a qué te refieres, no soy doctora, soy agente de bienes raíces y esta es propiedad privada niña — dijo con un cierto brillo extraño en los ojos.

La doctora parecía molesta, sus manos temblaban y las heridas que Mayo le había causado en manos y rostro le sangraban profusamente.

—No quería asustarla, solo le pido que me escuche un momento y si después de lo que le tengo que decir decide llamar a la policía, con gusto yo misma me entrego sin resistencia —dijo la muchacha secándose las pequeñas gotas de sudor que le caían de la frente.

La confianza de la muchacha le recordó a Patricia sus años de adolescencia.

—Sé que usted es la Dra. Patricia Álvarez Ontario, he leído gran parte de sus libros sobre magia y hechicería y creo que usted es la persona indicada para iniciarme dentro de las artes mágicas. Nadie más sabe que estoy acá, me escape hace días y la he venido siguiendo desde que descubrí que usted no es una mujer común y corriente.

El hecho de que Estela tuviera información clasificada le causaba temor pero era innegable que la muchacha tenía un espíritu poderoso y que en definitiva era una bruja nata.

Patricia decidió preparar un segundo café oscuro e invitar a sentarse a la adolescente de mejillas enrojecidas que aun después de varias horas no quitaba su cara de asombro.

— Si te quedas en esta casa Estela y decides aprender todo lo que conozco sobre las artes oscuras y la magia, tienes que estar dispuesta a aceptar que consigo vendrán responsabilidades que en este momento te serán difíciles de imaginar pero que llegado el momento, te llevaran a cometer actos sin precedentes — le dijo Patricia, tocando amorosamente el talismán que le colgaba delicadamente sobre el pecho.

—*Abracadabra* es su nombre y es uno de los talismanes más antiguos y poderosos — dijo mirando directamente la hermosa luna llena que se ponía sobre el horizonte.

El artefacto tenía un forma triangular y dentro escrita varias veces la palabra; *abracadabra*. Por la otra cara llevaba un rostro y en un círculo

con tres formas de cuerpos inconclusos.

—Un elemento interesante doctora —dijo la adolescente acercándose demasiado a ella para intentar tocar el elemento grisáceo.

— Mantén tu distancia niña, este objeto al igual que lo que estoy a punto de mostrarte son baluartes mucho más poderosos de lo que hasta el momento hayas imaginado.

El corazón le latía más rápido y las manos le sudaban profusamente mientras trataba desesperadamente de que la doctora no se percatara de su nerviosismo. El gato; Mayo las miraba desde la parte baja de la escalera, como previniendo lo que estaba a punto de desatarse sobre la casa.

Siendo las doce de la noche y con la luna llena en su máximo esplendor, una sarta de nubes negras se posaron sobre la vieja casa y el aire que se adentraba por los pequeños socavones de las ventanas se respiraba completamente denso. El libro sobre la mesa se abrió frente a los ojos de Estela que miraba estupefacta como la mirada de la doctora, el color de sus ojos, sus facciones y su cuerpo parecían estar sufriendo una metamorfosis. Las puertas se cerraron con fuerza y la muchacha de repente se vio atrapada dentro de la casa sin una posible escapatoria.

—No sientas miedo muchacha —dijo Patricia con una voz más madura y transformada en la mujer que Estela y el mundo habían visto tirada en la cama de un hotel barato. Su cuerpo maltrecho y pálido acabado por un puñado de barbitúricos que según los tabloides le habían succionado la vida a la prometedor científica, estaba intacto, inmaculado. Mayo y Tobi, quienes dormían tranquilamente debajo de la mesita color caoba, corrieron de inmediato a su encuentro.

—Los animales no ven lo que nosotros vemos o queremos ver Estela, ellos reconocen la energía que vive dentro de esta materia que al igual que todo lo que está conformada de ella, se puede transformar con el conocimiento correcto — musito Patricia, dejándose caer bruscamente sobre el sofá de la sala.

— ¿Recuerdas cuando Jesús era perseguido y uno de sus discípulos lo beso en la mejilla para que lo reconocieran los soldados romanos?

—Que tiene que ver esa historia con lo acaba de pasar aquí y ahora —dijo la muchacha chasqueando los dientes y mordiéndose todas las uñas. Acabas de convertirme en otra mujer frente a mis ojos.

Estaba demasiado asustada como para creer por un momento que todo eso estuviera pasando en realidad.

—Tiene todo que ver— dijo Patricia con una voz serena y asomando a Mayo por la ventana. En un texto egipcio de hace mil doscientos años encontrado hace poco tiempo se menciona una versión distinta a la que se nos revela a través de las sagradas escrituras, en la historia los soldados romanos le dicen a Judas; "*¿Cómo lo arrestaremos, si no tiene una única forma, sino que su apariencia cambia? Algunas veces es negro, otras veces es blanco, otras es rojo, algunas veces tiene el color del trigo, algunas veces es pálido... algunas veces es joven, otras veces es un hombre viejo...*" Fue entonces cuando al besarlo en la mejilla, los soldados supieron que ese hombre era el nazareno, lo que siguió después de eso, creo que ya lo sabes de memoria —dijo de nuevo la mujer que lucía bastante cansada y entrecerrando un poco los ojos.

Una versión que en realidad a Estela en ese momento le pareció un poco ridícula y bastante inverosímil.

—Algo diferente a lo que nos han contado, ¿No crees? —le dijo la mujer esbozando la misma sonrisa que tenía cuando hablaba por horas con los dos cuadrúpedos.

—En fin muchacha, son muchas las cosas que verás y aprenderás aquí y deberás ser temeraria, abrir tu mente a la comprensión absoluta de las cosas que no has podido ver, lo que en todas las culturas se ha denominado como fe.

Entre los sucesos que en cuestión de unas pocas horas había sido participe y su sueño de ser una gran hechicera, existían cosas que ni siquiera ella misma concebía como posibles.

Sin embargo al despedirse de la doctora se dio cuenta que era la primera noche en semanas en la que podía dormir tranquila, el miedo y la duda se habían disipado, todo aquello por lo que había llegado hasta ese lugar se estaba dando a pasos agigantados y aún abrumada por los acontecimientos, cerró los ojos y se soñó haciendo eso, magia.

Baggage claim: Zona de equipaje.

Copyrigh 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 32

Capítulo 28

Caperucita roja

Pamela se había vestido de acuerdo a la ocasión y pasaría desapercibida por entre los dos gorilas que custodiaban la seguridad de las Orquídeas. Se había quedado de ver con Lucinda; la informante que llevaba trabajando dos años en el club y que había sido testigo de infinidad de cosas raras que venían sucediendo. Lucinda le había dicho que era desplazada de la violencia y que por su cambio de sexo y la confesión pública que hizo en el pueblo, los grupos al margen de la ley la sacaron amenazada después de matar a sus padres y a su hermano pequeño. Desde ese momento nunca más había regresado y ahora en las Orquídeas esperaba tener una segunda oportunidad.

Un hombre de nombre Carlos Ceballos había estado visitando el club las últimas dos semanas y llevándoles a las muchachas unas capsulas de color violeta que según él, les permitiría tener un mejor desempeño durante los shows en vivo y recibir hasta el doble de propinas. Al principio la mayoría de las chicas estaban escépticas, hasta que Sofía, alias "la chiqui" una de las más antiguas bailarinas del sitio, decidió hacer la prueba.

Esa noche trabajo dieciséis horas de corrido sin que se le notara el cansancio, se veía lucida y más radiante que nunca, además de que se llevó entre otras cosas más de mil billetes verdes en propinas. La rutina de la chiqui era poderosa, sumando a que era de las mujeres jóvenes y hembras de nacimiento que quedaban aún en el club, su rutina era la más osada de todas.

Cuando era adolescente había sido gimnasta y le impregnaba a la rutina movimientos de destreza impresionantes que dejaban a más de uno con la boca abierta, además de advertir que se aparecía totalmente desnuda contoneando desde el primer acto cada una de sus hermosas curvas. Todo un espectáculo para los sentidos. Tenía un hijo pequeño, que bien tendría

diez o doce años y que según ella, era hijo de uno de los hombres más poderosos del país, cuestión que no era de creer mucho entre sus compañeras de escenario.

Toda desnudista sueña con ser la mujer de un hombre rico y la chiqui no era la excepción, se la pasaba gritando a los cuatro vientos que cuando tuviera cierta cantidad de dinero en el banco y su hijo estuviera lo suficientemente grande para entender, contrataría en una agencia a un detective para encontrar al supuesto tipo que la embarazó cuando apenas estaba cursando cuarto de bachillerato. Los tipos que visitaban las Orquídeas eran en su mayoría hombres de clase media, muy pocos encajaban en el perfil de semejante prospecto.

Cada tanto, el club se llenaba de hombres particulares; algunos de ellos pertenecientes a la iglesia, el senado de la república, las instituciones más respetadas del país entre otros, una gama de personajes que dejaban miles de dólares en una noche. Cuando se reunían el club cerraba sus puertas dos o tres veces al año dando apertura a un evento sin precedentes.

Desde afuera el evento parecía un encuentro común entre grandes ejecutivos precedido de shows especialmente preparados por las muchachas y acompañado de los mejores licores. Sin embargo durante las sesiones que a veces duraban hasta el siguiente día, se les prohibía hablar de cualquier cosa que hubiera tenido lugar esa noche.

Pamela había estado conversando con Lucinda durante toda la noche y Marcelo; su amante y manager parecía estar sospechando. Se acercó con dos *sex on the beach* y tarareando de mal modo, *take a bow* de Madonna, le sugirió que interrumpiese la conversación para hacerle un *lap dance* a un extraño tipo de vestido claro, corbatín vino tinto y zapatos purpura.

Pamela había estado grabando toda la conversación con un Tascam DR-05V2; un dictáfono que Maximiliano le había conseguido en uno de sus viajes al viejo Manhattan. Le sería realmente imposible sacar el artefacto del club sin la ayuda de Lucinda y sin que los de seguridad se percataran de su existencia, por ahora solo le quedaba guardar el moderno dispositivo en el casillero de la bailarina usando las dos llaves que le había entregado minutos antes de irse con Marcelo.

...

Lucinda estaba enamorada, desde que había salido del pueblo no había conocido a un tipo tan gentil y apasionado como Marcelo; un guardaespaldas bastante rudo oriundo de Boyacá que había tenido que huir de la violencia en los años noventa. El tipo era el encargado de cuidar a las bailarinas mientras y después de que terminara su acto. Fue así que

Lucinda y el guarda espaldas de Ceballos se conocieron.

Él sabía que Lucinda no había nacido mujer y aun así la invito a salir la primera noche que vio su acto de *la mariposa*; uno de los más famosos en los clubes de striptease. La bailarina parecía volar por los aires mientras unas hermosas alas doradas le salían desde la espalda baja, pasaban por el torso y terminaban casi tocando y arrojando escarcha a los espectadores de la primera fila. Un baile sumamente delicado que dejo boqui abierto al machote. Durante horas le conto sobre su trabajo con Ceballos, su niñez en un corregimiento comandado por paramilitares y su escape peliculesco. Lucinda sintió temor de contarle su pasado tal y como habían ocurrido las cosas, Felipe Arias no era un tipo que había pasado por las mismas penurias, ni se había visto involucrado en escapes de ese estilo en que la vida corre muy alto riesgo, solo era otro *maricon* escondido tras una fachada de hombre impecable que había decidido salir del closet, dejar a su mujer y esconderse en un bar de desnudistas. No era una historia que un hombre como Marcelo consideraría digna.

Después de horas de conversación, Lucinda decidió reinventarse, contarle una versión más fantástica y digna de una heroína de cuentos. Al fin y al cabo había guerreado su llegada a Bogotá, fraguado un plan para convertirse en mujer y estaba trabajando en uno de los mejores clubes para caballeros de la ciudad gótica. Para Marcelo, ella se había escapado de un régimen subversivo que la había obligado a trabajar arduas horas desde que era muy pequeña y habían matado a su familia en venganza por la elección de vida que había hecho desde que era muy joven. Para la historia, cambio su nombre de hombre para evitar que en uno de sus arranques de celos, Marcelo la investigara y diera con la versión que muy seguramente aun reposaba en uno de los diarios locales de la región.

Esa misma noche Marcelo le confeso que era heterosexual pero que de alguna extraña manera había tenido una conexión con ella y con su baile, su historia de vida le parecía fascinante y estaba dispuesto a dejarse llevar por sus instintos, esos que le decían que debía quedarse a su lado. La historia más romántica que Lucinda había experimentado en toda su vida.

Así, habían pasado seis meses largos y la pareja se había mantenido firme a pesar de los millones de chismes que parecían ir y venir en el lugar, donde Marcelo, como todo un hombre, se acostaba con cada bailarina nueva que llegaba al sitio.

El club se había mantenido en pie gracias a sus bailarinas y a la excelente gestión del administrador que buscaba darle todo lo que pedía su querido público. Desde travestis, mujeres de familia un poco mayores, mujeres jóvenes, vírgenes adolescentes y transexuales como en el caso de Lucinda, la lista era interminable y los caballeros asistentes sabían que

allí, podrían cumplir todas sus oscuras y bajas pasiones.

"*Los hombres tenemos gustos variados*", decía el tipo mientras se tomaba un whiskey con Ceballos, "*y esto es lo que les brinda mi club, un excelente servicio, de todo un poco, incluso hasta los más raros encuentran desfogue a sus necesidades*". Y en definitiva así era, Marcelo parecía estar desfogando con Lucinda y con todas las muchachitas menores de dieciocho que llegaban dispuestas a hacer plata de la buena.

Lucinda se decía comprensiva, esa noche antes de irse con Marcelo, le había confesado a Pamela que había noches en las que lloraba tanto que debía salir con gafas oscuras y unas largas pestañas que casi no le dejaban ver el escenario. Ahí fue donde nació Azufre, su personaje mas aclamado. Finalmente le sirvió para ganar más adeptos y hasta para tener un show privado en la plataforma de Youtube y empezar a ganar por ambos lados, "un negocio redondo" le decía a Pamela mientras se limpiaba las lágrimas y se volvía a colocar las pestañas.

...

Lucinda no había vuelto en toda la noche, Pamela se cansó de esperarla en los vestidores y fue ahí cuando decidió volverse a su casa y descansar un rato. Antes de recoger sus cosas debía guardar la grabadora en el casillero 207 sin que nadie la viera. El pasillo estaba atestado de gente y Marcelo, que ya no estaba con Lucinda, conversaba alegremente con Carlos Ceballos, un tipo extranjero proveniente de Puerto rico, el cual ella misma había señalado como el principal vendedor de la extraña sustancia.

Los dos tipos estaban lo suficientemente borrachos como para percatarse de la presencia de otra bailarina más entre el público presente. Entro en el baño y se desnudó con rapidez y como nunca pensó que lo haría, salió casi como Dios la había traído al mundo. Un pequeño hilo dental dorado le cubría una parte del coxis y una peluca naranja le caía sobre los senos cubriéndolos parcialmente. Se mojó la garganta con un whisky seco y se dirigió con la mirada gacha directamente hacía los dos hombres que se golpeaban entre ellos los hombros y reían a carcajadas.

— Preciosa porque no nos haces un baile de esos que suben los ánimos a cualquiera, le dijo Marcelo con la mirada lasciva y palmeándole las nalgas repetidas veces.

—Esta preciosura debe ser de las acompañantes de su amigo el de los zapatos de maricon, ¿Cierto Carlos? , dijo nuevamente Marcelo

palmeándole fuerte la espalda a Ceballos.

—Déjela pasar más bien *huevon* que la señorita debe estar quebrándose del frío, dijo Carlos acariciándole el rostro a Pamela a la que efectivamente le estaban temblando hasta los huesos.

No se acordaba exactamente cuál de las puertas era la del vestidor de las chicas pero tampoco se podía dar el lujo de titubear frente a los dos tipos que le miraban el culo mientras trataba de no caerse en los tacones de aguja que le había dejado Lucinda en el baño.

Se decidió por una de las puertas, la que estaba exactamente de frente, la abriría, dejaría la grabadora y saldría a toda prisa.

La puerta le trajo a Pamela más de lo que estaba buscando, no había mínimo rastro de Lucinda pero si de varios diáconos de la iglesia y miembros de los partidos políticos más importantes del país que disfrutaban sonrientes de actos lascivos donde se incluían como actores principales niños y niñas. La imagen era grotesca, ninguno de los niños estaba siendo abusado directamente por los adultos que los observaban de la misma forma en que los asistentes miraban a las bailarinas desnudas mientras se metían las manos entre los pantalones y les metían billetes en medio de las tetas, pero para el caso era prácticamente lo mismo.

Ella no podía revelar quién era o salir despavorida del sitio, eso levantaría sospechas entre los asistentes que la llamaban embelesados para que se dejara tocar el cuerpo o se incluyera dentro del acto deplorable. Tenía que ser lo suficientemente inteligente como pasar desapercibida y aprovechar el momento para dejar constancia de los eventos aberrantes que se ocultaban tras las puertas de las Orquídeas.

El primero en la fila era el senador Gustavo Paquiva, uno de los abanderados de los derechos de los niños y que como plan de campaña había hecho uso de los casos aterradores de cientos de niños dentro de los suburbios de la ciudad que estaban según él, siendo reclutados por grupos de satanistas que llevaban a cabo miles de atrocidades en nombre de sus ritos de culto. Una noticia que lo puso en los tabloides haciendo crecer su popularidad un cien por ciento. En una semana era el senador más nombrado en los programas de radio y televisión y según los expertos, estaría encabezando la lista de elecciones para la presidencia del año siguiente.

El tipo se había lanzado al senado de la república en el año 1998 y después de tres intentos en que se había quemado en las votaciones, finalmente logro una curul en uno de los partidos nuevos que por comienzos del año 2000, empezaba a posicionarse fuertemente dentro de

la política derechista.

Toda una parafernalia lo había considerado uno de los periódicos nacionales independientes que intento sacar a la luz algunas denuncias de niños que confesaron haber sido abusados por el doctor Gustavo mientras asistían a uno de sus seminarios "la niñez y el futuro". Fue noticia una semana y todos los periodistas trataban de conseguir declaraciones donde el senador debutante explicara las horribles acusaciones. Nunca hubo pruebas y se finalizó el caso alegando que la madre de uno de los niños involucrados había orquestado toda la campaña de desprestigio después que el senador se hubiera negado a contratarla para uno de los eventos más importantes en la ciudad. *"La señora se presentó como todas las demás, ciento cuatro comedores de madres solteras que presentaron sus proyectos de alimentación para todos, ciento cuatro señorita periodista de las cuales solo teníamos presupuesto para apoyar a las mejores treinta, era imposible que todas pudieran participar y lo que es la vida, esta mujer que tuvo la oportunidad de presentarse y explicar todo su recorrido y la necesidad de la fundación a la que representaba no acepta un no por respuesta. Saque usted misma sus propias conclusiones"* Después de la entrevista, uno de los periódicos más afamados de la ciudad lo incluyo en su primera plana y todas las dudas frente a la reputación del senador fueron disipadas con el aire fresco de una historia de vida intachable durante sus cincuenta y cuatro años.

Pamela recordaba haber visto la noticia de la liberación del senador que lloro el día que mirando a la cámara del noticiero se declaró un hombre inocente. Apenas tendría diez años pero recordaba claramente al hombre que por primera vez veía llorar en cámara y como era de esperarse causo empatía en ella igual que en miles de colombianos. Ese año había decidido lanzarse como ministro de educación ganándole a su contendor por más de un millón quinientos votos.

Copyrighth / 2006014216244

Derechos de autor

Capítulo 33

Capitulo 29

Aquelarre

Me subí al carro lo más rápido que pude, el tipo que iba manejando escuchaba *it's to high to say good bye to yesterday* de los Boys II Men mezclada con el sonido que hace la lluvia cayendo en la ventana. Antes de salir de la casa me habían dejado un pasamontañas negro y una libreta que debí ponerme amablemente antes de iniciar con el viaje.

El pasamontañas estaba bastante ajustado y no se alcanzaba a ver absolutamente nada, antes de ponérmelo alcance a echarle un ojo a la libreta donde parecía, estaban escritos tres hechizos que llevaban por título "Hechizos para noches de luna llena" cada uno de ellos seguidos de una serie de cuatro números en la parte inferior del papel. La libreta contenía información clasificada y estaba firmada con las siglas B.W.

Mientras estaba en el carro pensaba en el significado de las siglas y todas esas palabras sin sentido que había alcanzado a ver y que en definitiva no se trataban de la receta para hornear galletas. Se me hizo una broma típica de Vásquez que posiblemente hasta ahora estaría bendiciendo la merca que salía directo hacia Alemania.

El tipo que estaba al lado tomo la libreta y con un tono burlesco empezó a leer en voz alta algunas de las anotaciones que tenía.

Capítulo 1. Teúrgia y Goercia

Para el lector: Las fuerzas que estas por descubrir serán inquietantes y deberás estar dispuesto a dar incluso tu vida en pro del nuevo conocimiento. Las dos formas están dispuestas en el corazón del mago o de la bruja y será esté quien decida el uso que deba darles según la

situación.

De forma abrupta paro de leer y regreso la libreta a su lugar, por más de diez minutos no se escuchó absolutamente nada.

Mi concentración en ese momento estaba en no ahogarme con el maldito pasamontañas y tratar de controlar el mareo causado por las miles de vueltas que nos llevaban por medio de lo que parecía un laberinto.

Uno de los hombres de adelante musitó que el lugar estaba cada vez mejor y que Aquelarre se había convertido en los últimos meses en uno de los lugares más visitados de la ciudad. Siempre tuve buen oído y sin la posibilidad de ver nada mis sentidos sin duda se habían agudizado y logre escuchar parte de la conversación con bastante claridad. El tipo de atrás me había recostado de espaldas a la silla y volteado la cabeza para que no me ahogara, estaba convencido que aún me era posible ver por entre las costuras.

El carro se detuvo y uno de los tipos me cogió del brazo y me levanto con fuerza, pude notar que casi no quería tener contacto y que se estaban pasando la responsabilidad entre ellos de llevarme hasta la puerta.

No sé qué les había dicho Vásquez pero yo no era un tipo peligroso, estaba un poco loco y esa locura me había llevado a tomar caminos inimaginables en algún momento de mi vida, y las mujeres, ese era mi otro problema; donde mi corazón se hubiera posado en una, me era casi imposible arrancarla. A pesar de todo eso, era un tipejo bastante normal. Claro, en faldas era lo último en lo que podía pensar cuando me dejaron en lo que parecía una puerta y un tipo con una voz gruesa me llamo por mi nombre.

Al fin me quitaron el pasamontañas, las puertas del famoso Aquelarre se abrían de par en par ante mis ojos. Era mucho más de lo que había podido imaginar. Las paredes estaban cubiertas por figuras estrafalarias de mujeres, hombres y animales de un tinte bastante peculiar. El pasillo era bastante angosto iluminado por luces de diferentes colores y se sentía una fragancia dulce a medida que se adentraba uno al sitio. El tipo de la puerta me había tomado el nombre completo y me entrego una moneda de color bronce con las mismas siglas que estaban en la libreta. El sitio extrañamente parecía estar en total calma. El silencio que se sentía, fue interrumpido bruscamente por la gritería que le seguiría a una puerta de metal de más de tres metros del alto. El lugar estaba lleno de jaulas, pequeñas, medianas y otras en las que fácilmente podría estar alojado el gorila más famoso de las películas.

En las pequeñas podías observar animales exóticos y uno que otro frasco con lo que parecían fetos de animales y humanos. En las jaulas medianas unas mujeres jóvenes totalmente desnudas que bailaban al ritmo de la

misma canción que venía escuchando en el carro y una frase que no pude evitar tararear *I don't know where this road is going to lead*, me dejaron frío por un momento. En ese preciso instante me di cuenta que no sabía dónde estaba metido ni para donde me llevaban, me sentí como un cordero que va directamente al matadero y por primera vez esa noche, sentí un profundo miedo que me heló la sangre.

It's too high to say good bye to yesterday de Boys II Men seguía sonando sin parar en mi cabeza, a pesar de que la música se había puesto un poco más lúgubre y se habían oscurecido las luces considerablemente. Las palabras que el tipo había musitado en el carro me retumbaron la cabeza, una extraña sensación se apoderaba de mí mientras intentaba subir las escaleras de acero que daban a un balcón de primera línea. Un tipo blanco con cabello rubio hasta los hombros y media cara tatuada salía del fondo de escenario y se adentraba en una de las jaulas gigantes. La algarabía del grupo de fanáticos que obviamente lo apoyaban desde la parte subterránea del sitio no se hizo esperar seguida de las demandas donde le pedían a gritos les arrojara algo al terminar la pelea.

Un tipo viejo y de aspecto fachoso, empezó a gritar que las apuestas se habían cerrado y que estaban dos mil a una a favor de Alish. La muchedumbre empezó a corear el nombre del tipo que mascaba las cabezas de alfileres y fragmentos de botellas mientras mostraba los músculos híper desarrollados a la fanaticada.

Se me estaba haciendo imposible respirar con normalidad, el referí sacaría una ficha de miles de ellas meticulosamente metidas en una gran esfera transparente. La ficha contenía cuatro dígitos que iniciaban con el número cero y que según el rango de poder del peleador terminarían con un número par al final de la cifra.

Yo estaba más que nervioso, por alguna razón presentía que de todas las posibilidades mi ficha estaría entre las cinco elegidas. Los cinco peleadores beta serían enfrentados entre sí y solo uno de ellos finalizaría con vida. Finalmente se enfrentaría con Alish y si lograba herirlo o dejarlo al menos fuera de combate haría parte del grupo de elegidos de la doña; una empresaria poderosa que observaba las peleas desde el palco y que yo había visto dos o tres veces en casa del gordo.

—Ficha 04452, Ficha 006728, Ficha número... y entonces, escuche el número que me había sido entregado en la entrada 005674 y un golpeteo en los oídos.

La escena se había hecho psicodélica, me tomaron por los brazos y me sacaron toda la ropa, me hicieron poner un pequeño short de color negro y un protector de dientes transparente, amarraron unas cintas a mis muñecas y me sentaron en una pequeña sillita del lado derecho de la jaula más grande. Intenté explicarles que no era uno de los peleadores y que

no tenía la menor idea de donde estaba, gritaba el nombre de Vásquez y de algunos de sus clientes pero no hubo ninguna reacción. Creo que ni siquiera me alcanzaban a escuchar con todos los chillidos y gritos que venían de las tribunas.

Los contrincantes sujetos a cada lado de la jaula más grande, esperaban ansiosos, había en ellos cierto dejo de tranquilidad y un sudor que les recorría la frente y les escurría hasta las rodillas. Yo continuaba gritando y entonces uno de los hombres de seguridad me metió una pastillita en la boca y todo alrededor se tornó blancuzco, como una neblina antes de la primavera.

No sentía las piernas ni los brazos y tenía unas ganas increíbles de asesinar con mis propios dientes a cada uno de los bastardos que yacían amarrados al igual que yo dentro y fuera de la jaula. El mismo sudor frío me recorría la espalda y corría profusamente por mi frente, el pecho y parte de las rodillas. Una psicopatía dijo uno de los asistentes que se tomaba la barbilla y se soltaba lentamente el nudo de la corbata. Un desorden mental que les está mostrando una realidad diferente a la que tú y yo vemos en este momento. Pobres infelices.

Las palabras del hombre me dejaron aún más acelerado e intentando soltarme las muñecas me laceré severamente la piel causándome una hemorragia masiva, eso al menos alcance a escuchar mientras me llevaban corriendo hasta la enfermería del matadero. Un cordero más muerto antes de tiempo, le decía el doctor a la doña que me miraba con repudio y me apuntaba con una calibre cuarenta y cinco entre los ojos.

—El tipo no se puede morir en este momento —dijo el doctor tocándose la cabeza desesperadamente y mirando alejarse a la mujer madura que estaba siendo escoltada fuera del edificio.

Todo fue como un sueño, yo en realidad estaba mirando todo desde afuera, la sangre corría por fuera de mis muñecas y un cansancio severo se apoderaba de mi cuerpo, dejándome ahí solo con una aglomeración de estrellas.

Sentí una punzada en el brazo que creo yo, me devolvió a mi cuerpo y una luz blanca me encegueció la mirada. Ochenta latidos por minutos, está regresando — dijo el tipo con la mirada en las alturas. Los latidos se normalizaron y entonces fui llevado a un cuarto de recuperación donde muchos hombres dormían plácidamente. No era el cielo pero casi.

Uno a uno entraron los muertos en el combate y el ultimo en caer fue remendado por una de las enfermeras que antes de irse le metió la lengua en la boca y se dejó toquetear un poco debajo del vestido.

El efecto de la anestesia se me había pasado por completo pero no me convenía mostrar signos de recuperación antes de lo esperado. Los doctores me trataban con mucho cuidado y la doña me visito al menos una vez esa semana, cosa que las enfermeras decían no había hecho nunca antes.

El hecho me dejo todavía más preocupado pero opte por tomarme un descanso y tratar de soñar con Pamelita y con nuestro encuentro apasionado. Al igual que la linda enfermera me llegaría a ella y le metería la mano dentro del vestido haciéndola sentir cosas que jamás olvidaría. El maldito de Maximiliano ya no estaba en mis planes, si salía vivo de esta me la llevaría lo más lejos posible, nos cambiaríamos el nombre y empezaríamos de cero. No era seguro continuar como si nada sabiendo que estas personas tenían todos mis datos personales y conocían todos mis movimientos. El pensamiento me divago por un momento, Vásquez estaba implicado en esta horda de asesinatos y el muy maldito me había enviado a ese lugar a morir como un perro.

Un bajonazo me llego de repente, como cuando dejaba de consumir cocaína por días o semanas y me sentía del asco. Una sensación igual pero más intensa empezó a tomarse mi mente y la desesperación por salir a buscar la sustancia acelero el radio de mis latidos, de cien el conteo paso a ciento veinte.

Había estado limpio por meses, durante la última recaída, mi madre me había internado en una clínica de desintoxicación muy costosa, que finalmente me hizo querer dejar de consumir y volver a buscar al amor de mi vida. Todo un cuento de hadas que emocio a mi mamá y a mis tíos hasta las lágrimas.

La sensación de abstinencia empezó a acrecentarse y recordé que el tipo de seguridad me había dejado en la lengua una pastillita pequeña un tanto amarga que me dejo dopado por un instante. Después de eso los recuerdos eran borrosos, confusos y luego yo, ahí acostado en la cama tratando de soltarme las ataduras.

Por mi seguridad las enfermeras me habían dejado atado de manos y pies, el doctor recomendó que mientras no se estabilizaran mi cuerpo y mi mente sería conveniente dejarme amarrado por veinticuatro horas. No habría problema porque el medicamento que me habían inyectado horas antes me pondría a dormir profundamente toda la noche.

El sueño con Pamela había interrumpido el efecto, la suprema excitación que me produjo el pensar en ella, sumada a la ansiedad de los muertos y la cara de Vásquez llevándome directo a mi muerte, fueron el antídoto que erradico el medicamento. ¡Maldita sea! Cada segundo en ese lugar se

estaba convirtiendo en una pelea contra la muerte.

Trate de serenarme por completo, recordé unos audios de meditación que había escuchado con ella cuando estábamos planeando casarnos y nos sentábamos por horas en el parque milenario a observar a los patos. Los favoritos de ella eran los de cola negra y los míos los que graznaban alto cuando perseguían a una hembra.

El mercado está completo mi doña, dijo el doctor con una voz más aguda de lo normal y hablando bajo para no ser oído por la gente de afuera. Yo me hice el dormido y de alguna manera logre que los latidos se normalizaran y mostraran un ritmo cardiaco de noventa y cinco en el monitor, un excelente numero para un paciente en reposo. La palabra mercado me recordó a la deliciosa merca que se le vendía a los gringos y que nos dejó a Vásquez y a mí, cuantiosas sumas de efectivo.

En la parte de atrás del centro hospitalario habían sido guardados los cuatro cuerpos de los contendientes que habían muerto horas antes, un hombre custodiaba la puerta mientras que una mujer entraba regularmente y salía con una maleta hermética de esas que conserva la temperatura. Cuando Pamela había ayudado en el hospital del pueblo, un día tuvo que llevar a la casa una maleta similar donde al día siguiente sería almacenado uno de los riñones para el alcalde que había sido traído explícitamente para él desde la ciudad de Bogotá. El artefacto era muy similar, claro que se notaba que había sido cargado antes por la forma en que la mujer arqueaba el cuello y la espalda cuando salía del cuarto. El evento se repitió al menos cinco veces durante toda la noche.

Por alguna razón no me fue posible conciliar el sueño nuevamente, el medicamento había tenido un efecto adverso y la necesidad de consumir la sustancia nuevamente volvía a centrarse en mi cabeza por horas. El miedo y la incertidumbre de lo que pudiera pasar conmigo después de que ellos notaran mi mejoría, me llenaban de fuerza para atenerme a respirar profundo, decir un par de palabras y entrecerrar los ojos tratando de ver al universo.

La gritería del publico enardecido se escuchó hasta entrada la madrugada, si no me habían quitado la vida antes de enfrentarme con los supuestos guerreros adormecidos y drogados que entregaban su vida ennegrecidos por la furia que les causaba ese elemento, era porque en definitiva necesitaban el espectáculo, que corriera sangre, que salpicara en medio de las tribunas, el sudor frio de los que ven venir la muerte y la victoria absoluta de un ganador envuelto en la sangre de sus propios hermanos.

Había escuchado del control mental que se hacía en tiempos de guerra, experimentos que la CIA había supuestamente realizado durante la guerra fría, pero esto era ridículo. Años después mostraban descubrimientos donde se experimentaba a través del uso de drogas para inducir

contusiones cerebrales sin traumas físicos y el uso de anfetaminas que lograban en los pacientes un efecto alucinógeno estimulando el sistema nervioso central para finalmente modificar el comportamiento humano. Algo muy cercano a mi experiencia y la de los demás hombres previo a la pelea.

Era realmente absurdo, creer que en pleno siglo veintiuno y en un país como Colombia, unos personajes estrambóticos, asesinos a sueldo y poderosos de todas las categorías, estuvieran utilizando técnicas de mediados del siglo XX para controlarnos la mente y obligarnos a matarnos entre nosotros. Sería en definitiva más fácil meternos la idea de cumplir con el deber y enviarnos a la guerra con alguno de esos sermones baratos que se come casi todo el que se quiere sentir un héroe, o aún mejor, pagarnos con el preciado dinero por el que muchos de estos desquiciados venderían hasta su madre, colgándonos el fajo de billetes jugoso en medio de la lona y dejando que solos, llevados por nuestra amplia naturaleza animal, nos arrancáramos la piel unos a otros hasta dejar no más que los huesos. Finalmente la gran recompensa para el rey de las fieras y otra noche terminada con éxito.

Ya casi amanecía y mientras pensaba en las posibilidades que me habían llevado a hacer parte de este show macabro, mi cabeza empezó a tararear nuevamente y entonces, solo pude pensar en la maldita canción de los tipos de Filadelfia, Pensilvania.

Copyright 2006014216244

Derechos reservados

Capítulo 34

Capítulo 35